

AGUA TURBIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	<u>Pesetas.</u>
Ripios aristocráticos (6. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios académicos (3. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios vulgares (2. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios ultramarinos (primero, segundo, tercero y cuarto montón, 2. ^a edición; el cuarto montón nuevo, con el retrato del autor): cuatro tomos en 8. ^o ..	42
(Se venden separados.)	
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (3. ^a edición): cuatro tomos en 8. ^o	42
(Encuadernados en tela, 45.) (Se venden separados.) (Del tomo 3. ^o sólo hay en tela.)	
Des-trozos literarios: un tomo en 8. ^o	3
La Condesa de Palenzuela , novela.— ¡A buen tiempo! , idem.— Inconsecuencia , idem.— La prueba de indicios , idem.— Metamorfosis , idem.—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de Novelas menores	3
Capullos de novela (2. ^a edición): un tomo en 8. ^o ..	3
Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8. ^o	6
(Se venden separados.)	
Rebojos (zurrón de cuentos humorísticos): un tomo en 8. ^o	3
Historia del corazón (idilio). Agotada.	
D. José Zorrilla , estudio crítico-biográfico.....	4
Pedro Blot , traducción de Paul Feval.....	
Cuentos de barbería , edición ilustrada.....	
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENSA

Parábolas.

EN PREPARACIÓN

El Beato Juan de Prado.

Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín.

Ratoncito Nosemás, novela.

Fe de erratas, tomo V.

Diccionario de la lengua castellana.

Precios
DOLL
A

AGUA TURBIA

NOVELA

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48.

1903



R. 52422

+ 62125
G. 1079144

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.

AGUA TURBIA

I

FUNCIÓN DE LUJO

Se inauguraba la temporada y se estrenaba el *Otello* de Verdi; de modo que, siendo suficiente cualquiera de estas dos circunstancias por sí sola para que el Teatro Real estuviera brillante, figúrese el lector cómo estaría con las dos juntas, aquella noche, que era la del 9 de Octubre.

Los periódicos habían cuidado de llamar antes y con antes la atención del público sobre la generosidad del empresario, que teniendo asegurado un lleno para la noche de la apertura con cualquier ópera insignificante, y otro con el estreno de la última ópera de Verdi para cualquier otra noche de la segunda mitad del invierno, que es cuando el público empieza á vargüear, sacrificaba uno de esos llenos seguros en

obsequio de los aficionados, juntando en una noche estreno y apertura.

«La empresa del regio coliseo—había dicho un periódico de bastante más autoridad en música que en política—quiere este año colocarse á la altura del otoño excepcional que atravesamos, é inaugura extraordinariamente las tareas del extraordinario establecimiento donde inverna el arte italiano en todo su esplendor.»

«La verdad es—había dicho otro diario—que eso de inaugurar la actual temporada con el *Otello* de Verdi, no debe pasar inadvertido á los ojos de una crítica justa, respetable y razonada (y agradecida le faltaba añadir), y que dentro de la justicia, del respeto y de la razón, hay que aplaudir á una empresa que da la bienvenida á sus abonados poniendo en escena importantísima ópera, completamente nueva para el público madrileño», y que además regala butacas á los periodistas.

Este último razonable motivo de aplauso no le consignaba el periódico así expresamente, pero se podía leer entre renglones.

No menos expresivo andaba otro periódico, igualmente insustancial de ordinario, que había dicho cuatro días antes: «Como teníamos anunciado, la inauguración de la temporada del regio coliseo tendrá lugar el jueves de la presente semana con la ópera

nueva de Verdi en cuatro actos (¡así: Verdi en cuatro actos!), *Otello*. Su desempeño está encomendado á las señoras... tal y tal, haciendo su *debut* el tenor cual, acompañado por los señores tales y cuales. Los pintores Fulano y Mengano han pintado para esta ópera cuatro decoraciones. También se ha construído un numeroso vestuario y *atrezo*. La *demanda* de localidades para esta verdadera solemnidad musical, es extraordinaria. Para servir los pedidos de localidades, estará abierta la contaduría desde mañana á las horas de costumbre. Del éxito é interpretación de la ópera, tenemos muy buenas noticias. El maestro X ha dirigido los ensayos con su reconocido talento.»

Y como si todo esto no le hubiera parecido bastante, todavía remachaba el clavo diciendo el mismo día de la fiesta lo siguiente: «Para hoy, inauguración de la temporada del regio coliseo, no quedaban en contaduría más localidades que escaso número de *paraísos*. La representación de la ópera de Verdi, *Otello*, promete ser una verdadera solemnidad musical; el esplendor con que la empresa la va á poner en escena, merecerá elogios de todos los aficionados.» Y así, por este estilo, se habían expresado casi todos los demás órganos de la opinión... de sus redactores.

Ello fué que, entre el picante reclamo de los periódicos y la vanidad de la gente enriquecida que no há menester muchas excitaciones para acudir á cualquier parte donde crea que puede brillar y lucirse, llenaron aquella noche el Teatro Real á taque retaque. Todo Madrid, como solían decir en sus empalagosas crónicas de festines *Asmodeo*, *Almaviva* y *Monte-Cristo*, que por entonces se dividían el imperio de la frivolidad; todo Madrid, el Madrid divertido y holgazán que devora la sustancia de España, estaba allí dando fe de su existencia inútil. Todas las duquesas más ó menos auténticas; todas las marquesas más ó menos recientes; todas las condesas y vizcondesas y baronesas y señoras y señoritas de tal y de cual (generalas, ministras y banqueras, todavía sin título), cuyos nombres no se distribuían nunca en las imprentas de los periódicos que publicaban revistas de salones, habían acudido allí muy vestidas, que es como decir medio desnudas, porque en la jerga corriente en el *gran mundo*, *vestirse mucho* significa desnudarse los brazos, las espaldas y el pecho; todas mostraban sus regalados bustos, convertidos en escaparates de joyería; todas presentaban sus preciosas cabecitas, desocupadas generalmente por el interior, muy cargadas por fuera de perlas y brillantes.

Y en cuanto al sexo feo, dos cuartos de lo mismo. Todas las notabilidades, copiando otra frase de los mencionados cronistas, todas las notabilidades de la política, de la banca, de la milicia y del foro, es decir, todas las calamidades que obraban la ruína del país, se habían juntado allí á exhibirse y hacer ostentación de su opulencia y de su bienandanza.

Todo estaba lleno. En la sala de butacas no cabía, como se suele decir, un alfiler de punta. Las plateas remedaban á esas pinturas del purgatorio que suele haber en los humilladeros, donde asoman multitud de cabezas unas por entre otras. En el palco reservado al Gobierno se podía celebrar consejo de Ministros: ni uno solo faltaba. En fin, puede decirse que no había en todo el teatro un asiento desocupado.

Cuando empezaron á notarse los preparativos para levantar el telón, ese ruido ensordecedor, como de colmena al enjambrar, que se produce en todas las grandes reuniones por la fusión monstruosa de mil conversaciones dispersas, fué gradualmente debilitándose, fué bajando, se fué apagando, hasta que se quedó la gente como en misa.

La ópera no tiene preludeo ni introducción de ninguna clase. Verdi entra en escena como un trueno, desencadenando las

sonoridades de la orquesta en un formidable acorde que se apodera del público y le hace identificarse con la situación. La tempestad dura una escena; las exhalaciones se suceden sin cesar en la orquesta; las contras del órgano sostienen un pedal fantástico que muge continuamente como lejana galerna, y establece en la sonoridad instrumental una trepidación poderosa... Aparece Otello y entona un recitado de victoria: *Exultate*... El coro canta alegremente... Yago brinda; se embriaga Casio; cruza con Montano su acero; las mujeres piden socorro... Se oyen gritos de angustia, quejidos de dolor... la tempestad del cielo trasladada á la tierra... Y todo eso sin solución de continuidad, sin un momento de reposo. Vuelve Otello á la escena, donde luego se queda solo con Desdémona, y surge el duo de amor, sereno, ideal, de gran intensidad de sentimiento...

En cuanto concluyó el primer acto, se llenó de hombres el vestíbulo, ansiosos unos de hacer comentarios sobre la nueva ópera, otros de oírlos, y otros de fumar simplemente.

Por allí vagaba yo distraído, escuchando sin gran atención las insulseces que con más ó menos solemnidad proferían los tres ó cuatro sietemesinos que se daban por más inteligentes en música, cuando me encon-

tré con mi amigo Alvaro Villamoros; y como no nos habíamos visto desde Junio, nos dimos un abrazo muy apretado y nos sentamos en uno de aquellos divanes encarnados á contarnos mutuamente nuestras aventuras veraniegas.

Digo mutuamente y no digo bien, porque, en realidad, las mías no tenían cosa particular digna de contarse, y aunque la hubieran tenido, apenas hubiera podido contarlas, porque las de Alvaro dieron materia bastante, no sólo para aquel entreacto, sino para toda la noche.

Desde luego me pareció que á mi amigo le pasaba algo grave, porque ni la voz un tanto amortiguada con que me saludó me parecía su voz habitual, ni en su varonil y simpático semblante se veía la animación de otras veces.

—¿Qué te pasa?—le dije á la primera palabra con que me dió á entender que no estaba contento.

—Me pasa tanto—me contestó mirándome con tristeza y echándome el brazo derecho sobre los hombros,—me pasa tanto, que creo que no exagero nada si te digo que he sufrido más en este verano que en toda mi vida.

—¡Chico! ¿Tú que dices?... A ver, á ver: cuéntame tus penas, en la seguridad de que, si acaso no puedo quitártelas del todo, por lo menos las divides al medio.

—¡Gracias, hombre! Ya sé que me quieres, y créete que tenía verdadero deseo de hablar contigo para desahogarme. Ya sabes que me fastidia todo esto (y señalaba los corrillos de gomosos que teníamos delante); así es que en vez de mejorar el estado de mi espíritu adormeciéndome el sufrimiento entre el barullo de Madrid como yo esperaba, desde que he venido me aburro más que antes. No sé qué hacer ni por dónde salir de esta situación insostenible. No acierto á pensar en otra cosa. Desde que despierto por la mañana, sin casi haber dormido de verdad, ya estoy dándole vueltas al asunto, sin que se me ocurra nada de provecho. Formo cada día cincuenta resoluciones irrevocables... como las dimisiones que se estilan entre los personajes políticos, para revocarlas á la media hora ó á los cinco minutos, y siempre estoy lo mismo... Voy teniendo miedo de volverme loco...

—¡Hombre, no! Mejor lo hará Dios... ¿Qué te has de volver loco?... No pienses en eso ni se te ocurra idea semejante... Cuéntame, cuéntame...

—Ya creo que te dije la última vez que nos vimos en Junio, que pensaba irme con mi madre á tomar baños de mar á alguna playa retirada y tranquila de la costa cantábrica. A mi madre no la gusta el bulli-

cio. No quiere ya ir á San Sebastián, que se va poniendo cada vez más cursi; porque con eso de ir allí la corte, se llena de personajes políticos con sus respectivas *personajas*, que ayer ó anteayer, como quien dice, eran cualquier cosa, y hoy, con el disfrute de los sueldos fabulosos que cobran sus maridos, porque fabuloso y desvanecedor debe de ser el sueldo de cincuenta ó sesenta mil reales para la mujer de un telegrafista, verbigracia, que ayer tenía cinco mil con descuento, para la de un peón caminero que ayer cobraba dos pesetas diarias, para la de un peatón que cobraba cinco reales, ó para la de un traficante al por menor, que no la alcanzaba la sal al agua...; con el disfrute, digo, de esos sueldos fabulosos y de los sobresueldos, más fabulosos todavía, que les producen los gatupeños y las infamias corrientes, se ponen insufribles; y con ese afán por brillar y lucir que aqueja siempre á los piojos resucitados, van á todas partes cubiertas de un lujo ridículo. Conozco directora que parece un camarero vestido de criada, de esos que suelen salir por carnaval con una escoba muy grande en la mano ¡tan mal la sienta la ropa! y con todo eso, se cubre de collares de perlas y de alfileres de brillantes, y hasta en Agosto sale algunas noches con abrigo de pieles.

Además, el elemento mercachifle de la población, en su anhelo insaciable de aumentar las ganancias atrayendo cada año mayor número de forasteros, multiplica tanto los espectáculos, las diversiones y las fiestas, que aquello es un ajetreo insufrible, y en todo el día de Dios no le queda á uno un momento de descanso, ni por la noche apenas. De modo que hay que vestirse lo mismo que en Madrid, y más si me apuras un poco. Lo que es los hombres, desde luego. Porque mira: por la mañana tienes que vestirte para ir á la playa... Traje claro, alpargatas, sombrero de paja, sin chaleco, un bastón con corteza y un libro en rústica. Vuelves de la Concha á eso de las once, y se te permite sentarte un rato á la puerta de un café, porque hasta las doce no hay obligación de ir á ninguna parte. A las doce empieza el paseo con música en el boulevard, y parecía natural que pudieras ir desde la puerta del café según vienes de la playa; pero no, es preciso que vuelvas á casa y te vistas de otra manera: por lo menos tienes que cambiar las alpargatas blancas por unos zapatos amarillos; además, puedes descortezar el bastón, es decir, cambiarle por otro menos basto, ponerte el chaleco, y no está mal tampoco que te pongas una americana oscura; en fin, como en Madrid para ir á Recoletos los domingos

después de Misa. A la una se deshace el paseo; te vas á almorzar, y poco después tienes que volverte á vestir para dar una vuelta: á esa hora debes ponerte sombrero negro y chaqué, por lo menos, ó levita si hay concierto en el Casino. Todo esto sin perjuicio de que después de comer te vuelvas á vestir de frac, ó siquiera de smokin, para ir al Casino á bailar ó á jugar á los caballitos; y luego, entre una y dos de la mañana, te desnudas por cuarta ó quinta vez para meterte en la cama, con la esperanza de volverte á vestir y á desnudar otras tantas veces al día siguiente.

Así resulta la vida tan fatigosa como en Madrid, donde la opulenta ociosidad de la gente elegante es una ociosidad trabajosísima. Eso, dice mi madre que no es veranear, y tiene razón. Por eso la gustan para la temporada de baños las playas retiradas lejos del «mundanal ruido», como dijo Fr. Luis de León, donde pueda hacerse la verdadera vida del campo, la «descansada vida.»

Cuando andábamos discurriendo adónde ir, la dieron á mi madre noticia de que había una playa muy buena hacia el confín de Asturias con Santander, en un rincón de la costa, perteneciente á un pueblecín llamado La Blanca, en el cual no faltaban algunas casas decentes donde poder alojarse

con comodidad, y á mayor abundamiento, en la misma orilla del mar se había edificado recientemente una fonda pequeña, pero muy bonita, donde podría pasar bien á gusto una temporada quien no apeteciera fiestas ni diversiones. Y aun de esto no se carecía en absoluto, porque se podían hacer expediciones á las cercanas villas, ya de la parte de Asturias, ya de Santander, donde se celebraban fiestas no del todo privadas de atractivos, amén de las frecuentes romerías que había por el campo, y por los pueblecillos del contorno.

La gustó tanto á mi madre la descripción que la hicieron de la playa y del género de vida que podía hacerse en ella, que desde luego la ví muy inclinada á que fuéramos á probar fortuna; y cuando tras de algunas disimuladas exploraciones comprendió que á mí tampoco me disgustaba la cosa, porque la verdad es que en ese particular vengo á tener los mismos gustos que mi madre, se resolvió del todo, y emprendimos el viaje, que llevamos á cabo sin ningún contratiempo.

Al principio me pareció que había sido una excelente idea la de mi madre, una feliz inspiración de alguno de los ángeles de nuestra guarda: tanto me gustó aquello. Pero luego he visto que no fué sino una idea desgraciada, una inspiración del ene-

migo, pues sólo al demonio se le pudo ocurrir llevarnos por aquellos parajes... Lo que menos pensaba yo era encontrar en aquella soledad ningún quebradero de cabeza. Pero donde menos se piensa, el refrán lo dice, donde menos se piensa...

—Salta una novia,—le interrumpí.

—No, una novia precisamente, no—me contestó Alvaro;—pero una de esas mujeres de quienes dice un personaje de Zorrilla, en la comedia *Vivir loco y morir más*, lamentando la mala suerte del hombre en el mundo:

¡Ah! ¿Por qué nacen tan bellas,
Bajo formas de mujer,
Estrellas, que le hacen ver
El rigor de las estrellas?...—

Se había quedado Alvaro un momento callado, cuando sonaron unas palmadas.

Embebidos en la conversación, no habíamos oído los timbres ni nos habíamos dado cuenta de que nos quedábamos solos en el vestíbulo. Empezaba el segundo acto.

—No quiero quitarte de oír la ópera,—me dijo Alvaro levantándose.

—Como quieras—le dije yo;—pero más me interesa tu historia. Si quieres que nos quedemos aquí...

—No, no, vámonos adentro... Es ópera nueva... y á la verdad, ese primer acto pro-

mete. Ya te lo acabaré de contar en otro entreacto. ¿Dónde estás?

—A la derecha, hacia el comedio de la fila octava. ¿Y tú?

—Cerca del callejón, en la quinta. Yo te veré al salir.

II

LA PLAYA

Harto desigual le resultó la última producción al maestro Verdi, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que el *Otello* es obra de un septuagenario. Aunque también hay que advertir que acaso no sea tan imputable aquella desigualdad al autor de la partitura como al del libreto. El primer acto es sobrio, conciso y enérgico en la letra, y también musicalmente resulta hermoso. Pero en el segundo, en el que debía ir creciendo el interés á medida que se va entrando más en materia, sucede lo contrario: el interés decae, porque el libretista se equivocó lastimosamente, abandonando la acción principal de la tragedia de Sakhespeare para entretenerse en detalles sin importancia. Desdémona ha entregado su pañuelo á Casio, y el pañuelo dichoso es el que anda en danza en todo este acto y en el siguiente, entorpeciendo el desarrollo del

drama y achicando los personajes. Así, malamente zurcidos estos dos actos, no pueden interesar al espectador, ni pudieron inspirar al músico, que, si quiso hacer algo bueno, como el *Credo* de Yago, tuvo que sacudir en cierto modo la tutela del poeta.

El público escuchó el acto con recogimiento respetuoso, pero no encontró ocasión de entusiasmarse. Cuando cayó el telón y comenzaron á levantarse los hombres y á formar corrillos, sobre todos parecía cernerse, inspirando todas las conversaciones, la triste musa del desencanto. Los más benévolos y más optimistas se limitaban á pedir calma y suspensión de opiniones hasta poder juzgar en conjunto la obra; pero el acto en sí nadie se atrevía á defenderle. La explosión aquélla de Otello: *Ora e per sempre addio sante memorie*, era un chispazo de genio; pero fuera de ella y del *Credo*, no había ninguna otra cosa digna de encomio.

Cuando pude salir de mi prisión de entre las butacas, ya me estaba esperando Alvaro en el pasillo á la cabecera de la fila. Cambiamos nuestras impresiones en el sentido indicado, y poco á poco, como se va acercando á la playa un cuerpo inerte flotando á merced de la marea, nos fuimos acercando á la salida.

Difícilmente se puede formar cabal idea,

si no se ve, de cómo se pone aquel pasillo central en los entreactos. Los hombres que salen de sus asientos á fumar ó á charlar, se encuentran con los que han bajado de los palcos ó de más arriba á pasar revista al personal de las butacas, y aun con los que llegan de fuera expresamente á exhibirse allí y á darse tono, pues hay quien acude casi todas las noches muy puesto de frac y corbata blanca á pasar un entreacto en aquel pasillo para hacer creer que asiste á la función del Real con frecuencia. Es una de las formas ciertamente más inofensivas que toma la vanidad humana. En fin, el caso es que se reúne allí tanta gente, que no se puede andar apenas. Al cabo de un rato se forman dos corrientes, «lentas, pero continuas,» como diría el Vizconde de Campo Grande, una hacia adentro y otra hacia afuera, y tiene uno que ponerse en una de ellas y dejarse empujar, dejarse llevar pausadamente, bien hacia afuera, bien hacia adentro.

Cuando después de muchos apretones llegamos á sentarnos otra vez en el vestíbulo, Alvaro reanudó su narración de esta manera:

—Efectivamente, como la habían dicho á mi madre, en la playa de La Blanca, sobre la misma orilla del mar, hay una fonda muy bien situada y muy alegre, construí-

da hará unos quince años por el dueño del Espinadal, que es una casería que está en una valleja entre el mar y el pueblo. En aquella fonda nos instalamos mi madre y yo á últimos de Junio, encontrándonos la primera vez que salimos al comedor con otras ocho ó nueve personas: un coronel de Estado Mayor, retirado, con su mujer y su hija, una rubia esta última muy modosita y muy agradable; un magistrado de la Audiencia de Burgos, con un sobrino aspirante á la judicatura; un propietario de Riococo, con otra hija, morena muy simpática, con unos ojos muy habladores, sin que la lengua tampoco se quedara atrás, en fin, una campesina resuelta y franca y viva de carácter, que al lado de la hija del coronel venía á ser el reverso de la medalla; una señora muy gruesa, de Arenas de Cabrales, viuda de un Ingeniero de las minas de Andra, y no recuerdo si alguien más. Lo que recuerdo es que al día siguiente éramos ya amigos de todos aquellos comensales, pues todos eran personas amables y de buen trato.

Claro es que esto contribuía ya mucho á hacernos agradable la estancia; pero, además, el sitio no podía ser más hermoso ni más pintoresco.

Una arremetida poderosa del mar contra la tierra, formó allí una especie de con-

cha guarnecida de rocas desnudas, que á manera de centinelas gigantescos, echan el alto á las olas alborotadas, y las dicen: «Hasta aquí habéis llegado, pero de aquí no pasáis.» Detrás de este cordón avanzado de centinelas, y á corta distancia, está ya el grueso del ejército defensor de la tierra firme contra la invasión de las aguas: una elevada sierra, vestida de escardamulos y de otros arbustos de igual ó parecida aspereza, enseñando de trecho en trecho, por entre el oscuro verdor de su vestidura, fuertes dentellones de granito, como los soldados vestidos de invierno dejan asomar sus espadas por las aberturas del capote...

Al verificarse la antigua invasión, un destacamento avanzado se conoce que se descuidó un poco, tardó en retirarse y quedó prisionero. Y allí está todavía, alto, enorme, petrificado en medio de las olas, á unas doscientas brazas de la actual línea de combate. Allí está el *Castro*, como fuerte abandonado en tierra enemiga, convertido en mansión de gaviotas; mansión que parece, y que ellas han podido creer, segura é inexpugnable, pero que no lo es del todo. No: á pesar de su altura monstruosa y de sus tajos verticales, el *Castro*, el asilo de las gaviotas, no es del todo inaccesible á la humana planta, y por eso llaman en el pueblo á las gaviotas *gallinas de Nelón*, por-

que rinden á *Nelón* el producto que las gallinas suelen rendir á sus dueños.

»Este *Nelón* ó *Manolón* es un montañésote alto y forzado, zapatero de oficio, como la mayor parte de sus convecinos, pero que se diferencia de los otros en que tiene algo menos horror al mar, y todavía se embarca alguna vez, aunque no se aleje de la orilla. Porque lo que es los otros, ni eso: por muy rara que la cosa parezca tratándose de costeños, los de aquel concejo de Cima de Cueva no quieren cuentas con el mar para nada.

Refiérese allí que antiguamente todos los de La Blanca, Trascumbres y Sumango, que son los pueblos más próximos á la costa, eran pescadores. Perecían á lo mejor tres ó cuatro, ó media docena, víctimas de los furores del mar, que de vez en cuando se irrita y ejerce sus venganzas contra los que van á robarle las riquezas de su seno; lloraban las viudas y los hijos de los fenecidos, y los demás volvían al día siguiente á pescar tan campantes.

Pero una vez una horrorosa galerna volcó en un día todas las lanchas pescadoras de los tres pueblos y ahogó á todos sus tripulantes: la consternación fué general, y los que sobrevivieron á la catástrofe hicieron voto de perpetua abstención de la pesca. Las mujeres, que con los ancianos y los niños fué casi la única gente que quedó,

procuraron inspirar á sus hijos aborrecimiento al oficio y hacerles aprender otro. Los ancianos, al morir, aconsejaban á sus nietos que miraran al mar como su enemigo mayor, y no siendo para temerle, no volvieron á acordarse de él en la vida.

Estas predicaciones, repetidas un día y otro día, produjeron fruto, y el horror al mar dura todavía en el concejo, cuyos actuales habitantes son zapateros, ó canteros, ó carpinteros, oficios que se van á ejercer á Castilla desde que empieza la primavera hasta que va terminando el otoño, á lo cual llaman ir *á costera*, volviéndose con sus ahorros á pasar el invierno en casa. Nelón tiene oficio como todos los demás; pero no suele ir á costera porque tiene ya hijos que vayan, y es el único que se atreve á entrar en el mar, aunque no muy adentro: lo necesario para cobrar la contribución á las gaviotas.

Cuando bien le parece, se pone el hombre su cuévano á la espalda, se mete en su batel, empuña el remo y se dirige al Castro. Amarra el batel á un arbusto, y trepando por el peñón, agarrándose aquí á una grieta, allá á una rama, llega á lo cimero causando alarma general entre las aves que se levantan espantadas y comienzan á dar graznidos y hacer aspavientos, mientras Nelón, imperturbable, las va registrando

y desocupando los nidos hasta llenar de huevos el cuévano. Después torna á bajar del peñón, rescolgándose de las grietas y de las ramas, se mete en el batel, le suelta el amarre y vuelve á la orilla. Cuando se le acaba la provisión, repite la maniobra. Y aunque este pingüe rendimiento de *sus gallinas* no deja de excitar la envidia de los convecinos, ninguno se atreve á imitarle...

Aunque no tanto como á Nelón, también á nosotros nos eran útiles las gaviotas. Por de pronto, nos daban todos los días un concierto por la mañana y otro por la tarde. Ya se sabía: al salir el sol, le saludaban y celebran su esplendorosa aparición durante una hora con graznidos de alegría y de júbilo más ó menos acompasados, casi siempre menos, hablando con sinceridad. Y al ponerse, le despedían también durante otra hora con gritos de tristeza. Lo de la mañana era una oda, un himno de triunfo; lo de la tarde, una elegía, bastante menos insufrible que las de ciertos poetas *dolorosos* de esta última época. Esto era lo corriente, lo de todos los días, lo de repertorio. Pero el día que el mar estaba un poco picado, entonces el concierto duraba desde la mañana hasta la noche, y era mucho más vivo, más alborotado y más ruidoso: música wagneriana.

En los puertos de mar concurridos, ó dí-gase en las playas civilizadas, no se goza de este espectáculo, propio y exclusivo de las playas salvajes, porque las gaviotas, como los filósofos, huyen de la farsa mundana y de los refinamientos de la cultura.

A mí, especialmente, me entretenían mucho las gaviotas, y me estaba las horas olvidadas haciendo observaciones sobre los diferentes tonos de su graznar y los diversos movimientos que seguían á los distintos graznidos, de modo que casi las iba ya entendiendo el idioma. Ya sabes lo que se cuenta de aquel alemán que, desterrado á la Silesia, divertía su triste ociosidad observando los graznidos de los patos, que tanto abundan en aquellas lagunas, y decía después, cuando le fué levantado el destierro, que había llegado á entender el lenguaje de los patos mejor que el de los filósofos de su tierra. Lo mismo me pasaba á mí: entendía ya el lenguaje de las gaviotas casi tan bien como el de los periódicos y bastante mejor que el de la Academia.

III

LA APARICIÓN

Deliciosos fueron los primeros días de nuestra estancia en aquella ignorada playa del mar Cantábrico. Aquella soledad agresiva, arrullada por el monótono ruido de las ondas, mezclado á veces con los gritos de los pájaros marinos, y á veces con los acordes del piano...; aquello de contemplar la inmensidad del Océano viendo sobre ella deslizarse, ora una blanca vela, ora una negra columna de humo, desde un gabinete de una fonda, cuyos cimientos lamen las olas en la pleamar, cómodamente recostado en una mecedora, fumando cigarros y haciendo idilios, era de lo mejor que yo había soñado. Y luego, hallándose mi madre allí perfectamente, como el pez en el agua, completaba mi bienestar el verla á ella complacida y contenta.

Nos levantábamos á las seis, y si estaba la marea baja dábamos un paseo por la arena. Después que nos desayunábamos, mi

madre hacía sus devociones, más largas que de ordinario por lo mismo que no podía oír Misa, y yo leía un rato. Nos bañábamos entre las once y las doce en aquella hermosa playa, á donde concurrían, además de los ocho ó nueve bañistas que vivíamos en la fonda, otros diez ó doce que estaban alojados en el pueblo. Comíamos á la una, y después dormíamos la siesta. Por la tarde dábamos un paseo subiendo por la estrecha vereda hasta la casería, volviendo á bajar hasta el pueblo; y puestos allí en la carretera, nos íbamos unos días hacia el saliente hasta Trascumbres ó hasta la ermita del Cristo del Vado, y otros días hacia el Poniente hasta el *Bufón de San Justo*, que es una roca calcárea horadada verticalmente, por cuyo agujero, que se corresponde con el mar por una cueva, suele salir á veces, formando sonidos raros, el aire comprimido de abajo por las olas que se estrellan al pie de la peña, y á veces el agua misma del mar, formando pintoresco surtidor y regando el camino. Otros días nos dirigíamos desde La Blanca hacia alguno de los pueblecillos del interior, dejando la carretera y siguiendo alguna de las callejas que hay por entre las heredades cercadas de paredones cubiertos de zarzas, con unos racimos de moras que estaban diciendo: «comednos.»

En todos estos paseos, la coronelita, la propietaria, el juez en ciernes y yo, solíamos ir de vanguardia. Detrás de nosotros iban mi madre y la señora del coronel, que hablaba muy pausadamente y no andaba más á prisa que hablaba. Y más detrás todavía, formando la retaguardia, iban el coronel y el magistrado platicando de política, andando despacio y parándose á menudo, por lo cual los de la vanguardia, si no queríamos alejarnos demasiado, teníamos que suspender la marcha á cada instante. Todas las tardes nos reíamos mucho á costa del aspirante Juanito Martín, que era un pobre muchacho sin entendimiento. Hacía el amor á la de Rioseco muy tímidamente, y bien se explicaba su timidez, porque en cuanto se insinuaba un poco, la buena Rosa, que así se llamaba ella, con su franqueza campesina, le daba cada contestación que le dejaba frío; lo que nos hacía más gracia era que nunca la cogía desprevenida: siempre parecía que estaba en guardia. En cuanto él desprendía los labios, ya estaba ella saliéndole al encuentro con tanta discreción y oportunidad como si hubiera estado estudiando la contestación una semana.

También la mansa rubita, á pesar de su habitual dulzura, se divertía cruelmente con él y se las hacía pasar amargas, no

perdonándole exageración ni desacierto. Oyéndole una tarde sostener una cosa injusta y fuera de razón, le dijo muy seria:

—¿Y esa es la justicia que va usted á hacer cuando le coloquen?...

—¡Toma, hija, pues la que hacen todos! —dijo en seguida Rosa;—porque los jueces todos son mala gente.

—¡Ay, por Dios, Rosita!—dijo el aspirante:—no diga usted eso ni en broma delante de mí, que tengo que defender el honor de la carrera.

—¡Sí, bueno está el honor de la carrera! —replicó ella.—Unos montañeses que le suelen llevar á mi padre madera para cubas, decían que en su pueblo había un juez que se llamaba Wenceslao, y le llamaban *Véncese-á-un-lao*, porque siempre se alparceaba; y eso suelen hacer casi todos los jueces... Como que tienen por patrono á Pilatos, que hizo lo mismo. Aunque aquél siquiera se lavó las manos; que otros ni aun eso... Y bien reciente está el caso de otro juez que se convino con la criada de un señor que se murió, para fingir un testamento y partirse entre los dos la herencia quitándosela á la familia... Le digo á usted que el que más y el que menos...

—Habrá alguno malo—dijo el aspirante;—pero...

—Habrá alguno bueno—le interrumpió Rosa,—no digo que no haya alguno; pero...

—Hay buenos y malos, creo yo—dijo la formal coronelita;—pero usted, Martín, lo que tiene que hacer no es defender la clase   tontas y   locas, porque esas defensas de nada sirven ni á nadie convencen si se ve lo contrario, sino ser usted bueno cuando le llegue la ocasión, y, por su parte   lo menos, no dar motivo para que siga extendiéndose la mala fama...—

Volv amos de paseo   eso de las ocho, que era la hora de cenar, y nos sentábamos   la mesa, donde, además de encontrar el reparo material de las fuerzas corporales, mermadas con la expedición, encontrábamos, igual que en el paseo, el esparcimiento del ánimo en conversación agradable.

Después o amos un rato   Margarita, la hija del coronel, tocar el piano, que por cierto lo hacía como una profesora; y escuchábamos luego   la viuda del ingeniero, que no solía ir   paseo con nosotros porque casi no podía andar de gorda, referir las aventuras de su difunto marido en los Picos de Europa cazando rebecos y buscando minerales, y luego otro poco de música y otro poco de conversación, hasta que daba el reloj del salón las once, hora en que solíamos acostarnos.

Así pasaron los quince primeros días de

nuestra estancia en aquel rincón solitario, que á mí se me hicieron un soplo...

Cuando todo iba bien y nada parecía que pudiera venir á alterar aquella tranquilidad casi edénica, se apareció un día en la playa á la hora del baño, y con objeto, sin duda, de bañarse, una mujer como de unos veinticuatro á veintiséis años, vestida con elegante sencillez y extraordinariamente hermosa.

No acertaría de seguro á pintártela con exactitud aun cuando me lo propusiera; y no ciertamente por falta de claridad y precisión en el recuerdo, pues tengo tan presente su imagen que me parece que la estoy viendo; sino por falta de expresión adecuada. Para que te puedas formar idea de ella, te diré que era alta... y es porque aún vive ¡ay! para tortura de mi espíritu... te diré que es alta, delgada, esbelta, flexible como una mimbre, de finas y esculturales facciones, morena, un poco descolorida, así, de ese moreno ceniciento de las gitanas, y con unos ojos negros capaces de ablandar y aun de derretir, no ya un corazón de poeta como el de éste tu pobre amigo, sino un pedrusco de esos del antiguo empedrado de Madrid, que son sílice puro.

Llevaba consigo una doncella vieja mucho más morena que ella, con ciertos rasgos fisonómicos de mulata, que estuvo de

guardia á la puerta de la caseta mientras la joven se desnudó, mientras se bañó y mientras se volvió á vestir, y en compañía de la cual se retiró cuando hubo concluído todas estas operaciones, remontando la loma por el sendero que conduce á la carretera, y dejándome con grandísima curiosidad de saber quién fuese.

No tardé mucho en verla satisfecha, por lo menos en parte.

En cuanto entré en el comedor á la hora de costumbre, la hija del coronel y la del propietario, Margarita y Rosa, que estaban ya sentadas á la mesa y que tenían aproximadamente la misma curiosidad que yo, me acribillaron á preguntas.

—¿Ha visto usted á la bañista nueva?—decía la tímida y adorable rubita.

—¿Pues no la había de ver?—replicaba la de Rioseco.—¡Si no la ha quitado ojo!... ¡Si desde que puso los pies en la playa hasta que desapareció por el alto de la loma no dejó de mirarla!...

—¿La conoce usted?...

—¿Le ha gustado á usted?...

—¿Ha venido algún otro día?...

—¿Sabe usted de dónde es?...

—¿Qué edad la echa usted?...

Y así, por este estilo, continuaban interrumpiéndose la una á la otra y sin darme tiempo para contestar. Cuando le tuve,

las respondí que no la conocía, ni sabía de dónde era, ni la había visto nunca hasta entonces; y como todos los demás fueron diciendo lo mismo, una de las criadas que nos servían á la mesa se compadeció de nosotros y nos dijo que la señorita de quien hablábamos era una mejicana muy rica que había venido con su padre y con el aya aquella á conocer España, y estaba pasando una temporada en Trascumbres, donde decían si tenía parientes.

Trascumbres, que dista poco más de media legua de la playa, era hasta hace poco un poblacho mal situado en un casparal, donde cada casa estaba por su lado, sin forma de calles ni cosa parecida; mas de algunos años para acá, con el dinero venido de América, se está transformando en una población elegante y hermosa, con unos edificios tan suntuosos y de tan buen gusto, que para sí los quisieran algunas capitales de provincia. Hasta han hecho una conducción de aguas potables desde la sierra, que es una obra de primer orden.

Volviendo á la mejicana, pues también ella volvió á bañarse al día siguiente, y al otro, y al de más allá, te diré que el primer día me despertó la curiosidad, el segundo la ví ya con admiración, el tercero ya casi no sé lo que despertó en mí... yo creo que al tercer día estaba ya enamorado.

Mis lindas comensalas, que no eran desgraciadas ni mucho menos, sino bastante hermosas, cada una por su estilo, como se fijaban mucho en ella y en mí, no tardaron en conocer que la miraba yo con demasiada atención, y dieron en embromarme. De modo que casi no se hablaba de otra cosa en la mesa. Por un lado ó por otro, al principio ó al medio ó al fin de la comida, pero casi siempre al principio, salía la conversación de la americana, de quien la amable camarera seguía suministrándonos noticias poco á poco.

Por ella supimos que la americana se llamaba Amparo Cortina; que su madre, que era también de allá, había muerto siendo ella muy pequeña; que su padre era de un lugarucho de Peña-Montera, de familia que no tenía más que el día y la noche, y habiéndose marchado de chiquitín á Méjico á buscar fortuna, había logrado hacerla tan grande, que parecía cosa de sueño.

—No se sabe lo que tiene—añadía con fervor la muchacha:—dehesas llenas de ganado que no se las alcanza á ver el fin; lagunas tan grandes casi como el mar, con olas y todo, cubiertas de patos y de otras aves acuáticas; bosques de maderas preciosas que valen miles y miles, y además muchísimo dinero en los bancos rentando de día y de noche: de manera que esa señorita,

que es hija única, tiene de renta para el día de mañana que falte su padre, una onza de oro cada hora que dé el reloj.

Echó el coronel de Estado Mayor rápidamente la cuenta de memoria, tomando por base la pintoresca afirmación de la criada, y dijo:

—Vamos, de modo que ese hombre tiene un capital de unos tres millones y medio de duros... setenta millones de reales... Sí, eso es: dieciséis duros de renta por hora, trescientos ochenta y cuatro por día, once mil quinientos veinte al mes, ciento treinta y ocho mil doscientos cuarenta al año; y multiplicando este número por veinticinco, en el supuesto de que esa renta se produzca al cuatro por ciento, da un capital de tres millones y medio de duros aproximadamente... Bonito capital y bonita renta... Verdad es que también la niña es bonita, ¿eh, pollo?—dijo dirigiéndose á mí.—Pero aunque no lo fuera tanto... Un capitalito y una rentita así, mejoran mucho la presencia y hermocean considerablemente el semblante de la poseedora...

Tenía razón el coronel... Ya ves que yo, romántico impenitente, no soy sospechoso en este particular; pero, como suelen decir, á nadie le amarga un dulce. Así es que con aquellas noticias iba creciendo mi afición á la mejicana; porque si sólo por su

hermosura me gustaba ya tanto y la creía tan digna de ser amada y de que se hiciera por ella cualquier sacrificio, el que además de ser muy hermosa fuera muy rica, me parecía miel sobre hojuelas...

Dicen que las madres tienen el don de leer en el corazón de los hijos y adivinarles los pensamientos, y debe de ser verdad, porque sin haber hablado yo una palabra en el asunto ni mostrado interés ni atención, sino que, por el contrario, procuraba hacerme el indiferente y el desentendido, conoció sin duda mi madre que me estaba interesando y preocupando aquello, por cuanto, á pesar de su discreta moderación en el hablar, tomó allí parte en la conversación, dejando caer con naturalidad estas palabras:

—Pues no quisiera ofender á esa señorita ni á su padre, pero casi es imposible que un capital tan enorme, adquirido en tan poco tiempo, sea del todo limpio: ningún río crece sin enturbiarse...

Sonaban muy á prisa los timbres anunciando el comienzo del tercer acto; desfilaban, muy á prisa también, hacia sus asientos los que habían pasado el entreacto discutiendo acaloradamente las bellezas y los defectos de la ópera, y nos levantamos tam-

bién Alvaro y yo, dirigiéndonos hacia las butacas.

—De esto no hay que perder una nota—
dijo Alvaro:—hasta luego.

—Hasta luego,—repetí.

IV

UNA ROMERÍA Y VÍSPERAS DE OTRA

Volviéronse á formar los mismos grupos de comentaristas en el vestíbulo luego que terminó el acto tercero; y como también éste había sido lánguido y deslabazado igual que el anterior, la nota pesimista se acentuaba de tal manera, que había quien daba ya por del todo fracasada la ópera.

—Esto es una debilidad senil del maestro—se oía en un corrillo,—y como tal hay que tomarla. No comprende el pobre que los años no pasan en balde... Le engaña el corazón. Conserva la idea de la belleza artística; pero al darla forma, al llevarla á la ejecución, le faltan las fuerzas y resulta lo que era de esperar, un desastre...

—Más le valía haberse muerto—añadía otro del grupo—antes de haber dado esta nota de decadencia...

—Morir, no se muere uno cuando quiere, sino cuando Dios le llama—replicaba el

primero;—pero podía haber dado por terminada su carrera artística y haberse callado, haberse muerto para el público.

—Poco á poco, señores, poco á poco—dijo un conocido crítico musical acercándose al corrillo:—no se apresuren ustedes á enterrar al maestro Verdi amortajado en su última obra, no sea que todavía resucite... Esperen ustedes á oír el acto que falta, y cambiarán ustedes de opinión seguramente.

—¿Usted ya le conoce?—le preguntaron.

—Porque le conozco lo digo. He presenciado el ensayo general, y...

—Pues lo que es en este acto tercero—le interrumpió uno,—no nos negará usted que no hay nada que no sea vulgar, decadente...

—Tanto como nada... tampoco lo admito. Aquel *Dio te giocondi ò sposo* de la escena segunda, es bellissimo, y hay además, sembrados acá y allá, otros estimables destellos de inspiración artística. No niego que el acto es flojo en general, así como el segundo; pero tampoco pueden ustedes negar que el primero es un acto precioso, y el cuarto... ya me darán ustedes la razón cuando le oigan. Eso sí, tendrán ustedes que convenir en que es admirable, en que es una página de las más bellas y delicadas de la música moderna, página que

bastaría por sí sola para formar la reputación del autor, si no la tuviera ya tan grande, y para asegurar la vida de la ópera. Verdi crea una Desdémona suya, como Gounod creó en el *Fausto* una Margarita propia. Ya oirán ustedes la canción del sauce, que es una balada popular dulcísima... Ya oirán ustedes un *Ave María* tierna, sencilla, infantil, acompañada idealmente por una orquesta que penetra en el alma con las armonías inefables del órgano en un día de primera comunión... Una joya de esas que el arte recoge con veneración y conserva con entusiasmo. En fin, señores, el cuarto acto de *Otello* viene á ser la corona de la ópera, una corona refulgente que deslumbra y no deja ver los defectos de los actos anteriores...

—Le veo á usted tan entusiasmado—le dijo uno de los que le oían—como si se tratara de música wagneriana...

—Y no se trata de otra cosa—replicó el crítico con viveza,—porque no es otra cosa la música de *Otello*...

—¡Hombre!...—dijo uno.

—¿A ver, á ver?—dijo otro.

—Es cosa que está á la vista—continuó el disertante.—Fíjense ustedes en la evolución que ha venido realizando Verdi: en su larga carrera artística se distinguen cuatro épocas bien marcadas. La primera desde el

Nabuco hasta el *Rigoletto*; la segunda desde el *Rigoletto* hasta el *Don Carlos*; la tercera desde el *Don Carlos* hasta la *Aida*, y la cuarta desde la *Aida* hasta el *Otello*, pasando por la *Misa de Requiem*. Hay que fijarse también en que Verdi ha compuesto sus mejores obras por encargo ó por un motivo especial. Obra de encargo para la primera exposición de París fué el *Don Carlos*; obra de encargo para solemnizar la apertura del Canal de Suez fué la *Aida*; obra motivada por la muerte de Manzoni fué la *Misa de Requiem*... ¿Ha tenido Verdi algún motivo especial para volver al trabajo artístico ya en su senectud y componer el *Otello*? Indudablemente... Hacía tiempo que, conversando una vez con algunos amigos sobre materias de arte se había llegado á hablar de la música del porvenir, y había dicho el maestro: *No tengo miedo á la música del porvenir*. Alguien le recordó después su afirmación, y ha querido probarla y sostenerla de la manera más elocuente, componiendo una ópera de la escuela de Wagner. Por eso se ha dicho que el *Otello* de Verdi es una abdicación, y es verdad; pero es una abdicación especial, sublime. Puede decirse que Verdi ha dejado un cetro para empuñar otro y continuar reinando. El anciano maestro ha tenido que sostener una lucha contra su tempera-

mento, contra su educación artística, contra sus tradiciones... ¿Ha vencido en toda la línea?... Ya lo dirá la posteridad; pero vencedor ó vencido, es lo cierto que sale de la lucha cubierto de gloria...

—Tiene gracia—dijo uno de los oyentes queriendo aguarle al crítico el vino del entusiasmo,—no se puede negar que tiene gracia y que es original la idea de presentarnos á Verdi convertido en su vejez al wagnerismo.

—Tendrá toda la gracia que usted quiera, no me opongo—replicó el crítico,—porque la gracia y la verdad no sé que hayan estado reñidas nunca...

En esto sonaron las palmadas de alarma que anunciaban el comienzo del último acto. Había pasado poco tiempo desde la terminación del anterior; pero abreviaban el entreacto en consideración sin duda á las dimensiones de la ópera y á lo avanzado de la noche.

Alvaro y yo nos dirigimos, como los demás, á ocupar nuestras butacas.

—Después te llevaré al hotel ó á donde quieras—me dijo al separarnos en el pasillo central:—tendré ahí el coche.

—Bueno, muchas gracias,—le contesté, y me fuí á ocupar mi asiento.

Los informes del crítico musical resultaron ciertos. El acto cuarto gustó mucho.

Armonía trabajada magistralmente, instrumentación admirable. Se repitió el *Ave María* entre una tempestad de aplausos.

Al salir volvimos á ver al inolvidable crítico en el vestíbulo rebosando satisfacción y rodeado de amigos que le decían:

—Tenía usted razón, maestro.

—¡Muy bien, muy bien!

—Que sea enhorabuena.

—Gracias, señores, gracias—decía él á unos y á otros, añadiendo modestamente: —¡No parece sino que soy yo el autor de la ópera!... Aplaudan ustedes al gran Verdi... y al gran Wagner...—

Cuando llegó el turno á la berlina de Villamoros, nos metimos en ella, dando él esta orden al lacayo:

—Al hotel de R...

Momentos después, subiendo por la calle del Arenal, me dijo:

—El caso es que yo había de tomar algo, porque apenas comí... no tenía gana, como me pasa la mayor parte de los días; y luego, si me acuesto con debilidad, no duermo... Te dejaré en tu hotel y luego me iré por ahí á tomar alguna cosa.

—No: vamos ahora donde quieras—le dije:—no tomo nada, pero te haré compañía, y al mismo tiempo me acabas de contar esa historia... No tengo prisa de acostarme.

—Yo suelo ir á la chocolatería de la calle de la Visitación...—dijo Alvaro.—Si te parece...

—Sí: donde tú quieras,—volví á decirle.

Alvaro tiró entonces del cordón de aviso; se paró el coche, y al abrir el lacayo la portezuela, le dijo:

—A la calle del Lobo, esquina á la Visitación.

Llegamos á la chocolatería; nos sentamos en el cuartito alto de la derecha que da á la calle del Lobo; pidió Alvaro chocolate con pan quemado y un vaso de leche, y mientras le servían, reanudó la interrumpida historia en estos términos:

—Aquellas palabras de mi madre contra las riquezas adquiridas de repente, me hicieron meditar. «Ningún río crece sin enturbiarse», había dicho ella con encantadora sencillez, y dando yo vueltas á aquella frase toda la tarde y toda la noche, me figuraba ya el río turbio envolviéndome impetuoso en cieno de usuras y de rapiñas, á mí, que tenía un árbol genealógico sin una mancha en veinte generaciones... y formaba resolución de huir de aquella corriente oscura y fétida, de apartarme de aquel peligro, contrariando desde luego aquella inclinación perniciosa.

Pero al día siguiente, en cuanto volví á ver á la mejicana en la playa, comencé á

flaquear y fué deshaciéndose poco á poco el efecto de mis reflexiones. Para acallar la voz de la conciencia, me forjaba proyectos románticos de dar á los pobres, en cuanto me casara, todas aquellas riquezas de mal origen, quedándome sólo con la novia... Sofismas y engaños del corazón, que se agarran á todo lo que le gusta, y cuando se trata de arrancarle una presa malsana, se defiende como un desesperado.

Desde el primer día había conocido la mejicana que no me era indiferente, y desde el primer día comenzó á darme á entender que no la desagradaban mis aficiones. Correspondía á las miradas mías con las suyas, me sonreía ligeramente de vez en cuando, me seguía con la vista si me alejaba nadando por el mar adentro, de manera que siempre que me volvía á mirarla, se encontraban mis ojos con los suyos. Cuando era ella la que se internaba en el mar, pues también nadaba admirablemente, y yo el que me quedaba en la orilla, la sorprendía también á menudo mirándome con el rabillo del ojo para enterarse de si yo la miraba, como si para mí expresamente estuviera luciendo sus habilidades natatorias.

El día de la Virgen del Carmen, que era domingo, teníamos que ir á Misa mayor á Trascumbres, como todos los días de fiesta,

porque una Misa que solía haber en la capilla de La Blanca, era muy temprano. Y como era aquél el primer día festivo que venía después de la aparición de la mejicana, llevaba yo curiosidad y esperanza de verla á la entrada ó á la salida de la iglesia. La ví, efectivamente, por mi desdicha, pues me produjo una impresión más honda que todas las veces que la había visto antes. Acostumbrado á verla solamente con una *matinée* carmesí con lunas blancas ó con otra azul del mismo dibujo y sencillo sombrero de paja con un golpe de claveles, que era como se presentaba en la playa, quedéme deslumbrado, absorto, al verla entrar seria y majestuosamente en la iglesia con vestido de seda negro y con mantilla, puesta con una gracia inimitable. «Esta mujer, dije para mí, es irresistible: todo la sienta bien, y la última vez que la veo, siempre me gusta más... Creía yo que de ningún modo podía estar más hermosa que en el traje sencillo y ligero en que la ví la primera vez, y con éste de señora formal que se ha puesto hoy está mucho más hermosa todavía.»

Dos días después, el 18 de Julio, día de Santa Marina, había una romería en el campo, bastante lejos, junto á una ermita de la santa, en un sitio denominado la Pruneda. La víspera por la noche, en la mesa, se habló de ir; pero á las señoras se las hizo

que era demasiado lo que había que andar, según las noticias que nos daba la camarrera, y quedamos en ir solos los hombres. Salimos por la mañana con ánimo de pasar allá todo el día, pues nos habían asegurado que una fonda buena de la villa de La Festosa improvisaba allí cocina y mesas al aire libre y á la sombra de los árboles, donde se podía comer grandemente. Así era verdad, y por este lado no sufrimos quebranto alguno.

¿Estaría allá la causa de mis desvelos?... Yo sí lo esperaba, porque habiendo venido á conocer el país, parecía natural que no perdiera ocasión de verle en sus más características manifestaciones, como son las romerías. No me engañé: llegó poco después que nosotros, en un carricoche con otras tres amigas; y aunque, pensando ya encontrarla, no debiera haberme sorprendido el encuentro, me causó, sin embargo, agradabilísima sorpresa el verla vestida de aldeana, igual que sus compañeras, pues así acostumbran á ir á las romerías las señoritas de aquel país.

El traje de las aldeanas de aquella zona, la más oriental de Asturias, es de suyo gracioso, y sienta muy bien á cualquier mujer con sólo que sea un poco regularcilla, de modo que en una mujer hermosa y delicada y esbelta como ella, tenía que re-

sultar un prodigio de gracia. Se compone de una basquiña ó una falda, como se suele decir ahora, con muchos terciopelos estrechos por abajo, un justillo blanco muy apretado, y encima un dengue, que ya sabes que no es *manteleta con puntas*, como dice tu amiga la Academia, sino... dengue, con terciopelos estrechos también como la falda; luego una chaquetilla corta, que suelen llevar al hombro sin vestirla, muchas gargantillas, es decir, muchas vueltas de corales al cuello, y en la cabeza un pañuelo pequeño atado al moño, completan el airoso atavío.

El de Amparo Cortina ó el de *Payito*, como oí que la llamaban cariñosamente sus compañeras, tenía cierta gracia especial sobre los de las otras, ó me la hacía á mí por lo menos. La saya era de lanilla gris perla, y los terciopelos que la adornaban por la parte inferior, morados; el justillo era de damasco blanco con flores encarnadas; el dengue y la chaqueta, de la misma tela que la saya, con los mismos adornos; el pañuelo de la cabeza, blanco con orillas azules; llevaba además un cinturoncito estrecho con broche de brillantes, y tres vueltas de perlas al cuello...

Excuso decirte que desde que apareció en la romería no la quité los ojos: no miré nada ni á nadie más que á ella. Cogí del

brazo al sobrino del magistrado de Burgos, que ya te he dicho que era un pobre muchacho, y separándonos de los señores mayores, que se sentaron á la sombra de un roble carbajizo, ó de un *carbayo*, como dicen allí, nos dedicamos á seguir al grupo de preciosas aldeanas á todas partes. Entraron en la ermita á visitar á la santa, y entramos nosotros también; recorrieron los puestos de los vendedores de frutas, las tiendas ambulantes de quincalla y de juguetes, y nosotros siempre detrás á respetuosa distancia. Cuando el hermano de una de sus amigas, que era el que las acompañaba, eligió en el *restaurant* campestre mesa para comer, elegimos nosotros otra mesa próxima, nos fuimos á buscar á nuestros compañeros, y vinimos á comer cuando ellas, de manera que no sólo pude seguir mirándola durante la comida, sino que pude recrearme escuchando el timbre simpático de su voz en la conversación animada con sus amigas, apreciar su discreción y oír de cuando en cuando sus francas y alegres carcajadas.

A media tarde, cuando ya iba ofendiendo menos el sol, comenzaron las giraldillas, baile imprescindible allí en las romerías y fiestas de campo, muy bien discurrido y muy á propósito para tales ocasioces, porque se improvisa en cualquier parte sin

necesidad de orquesta. No sé si le conoces. Es un baile serio y decente, y al mismo tiempo muy animado.

Los que han de bailar forman un corro, agarrados de manos, quedándose uno dentro, y cantan un cantar popular cualquiera en determinada tonada con estribillo. Al concluir el cantar, el que está dentro del corro, si es hombre, se dirige á una mujer que le sirva de pareja, y bailan sin agarrarse mientras se canta el estribillo, al compás de éste, que suele ser el de la jota ó el del pasodoble. Concluído el estribillo, se sale del corro el que estaba antes, quedándose dentro el último que entró, y cogidos otra vez de las manos, dan vueltas hasta que empieza otro cantar y se repite la misma suerte. Cuando el corro es muy grande, para aguantar más á bailar, se quedan dentro dos personas, un hombre y una mujer, y al comenzar el estribillo, el hombre saca á bailar á una mujer, y la mujer á un hombre, que á su vez se quedan dentro para el cantar siguiente. Y aun los demás que forman el corro, si tienen mucha gana de bailar y no están cansados, se sueltan las manos al empezar el estribillo y bailan cada uno con la pareja que tienen más próxima, procurando no perder del todo la formación para volver á cogerse de las manos y á dar vueltas cuando el canto acabe.

Para evitar la monotonía, se cambia de tonada á menudo.

En cuanto vimos á Amparo y á sus amigas formando parte del corro, nos agregamos también el sobrino del magistrado y yo, protegidos por un joven de Santander que había sido condiscípulo de Juanito y conocía á algunas señoritas de las que bailaban. En aquel momento estaba la mejicana dentro del corro; comenzamos á dar vuelta, y uno rompió á cantar:

Eres de poco tiempo
Y eres hermosa; (*Dos veces.*)
Para mudar de estado
No hay mejor cosa. (*Dos veces.*)

Al concluirse el cantar, Amparo paseó graciosamente la mirada por el semicírculo que tenía delante, y fijó sus hermosos ojos en Juanito, que se puso colorado como una cereza, porque no contaba con aquella distinción, y los dos comenzaron á bailar mientras el corro siguió cantando:

A coger el trébole
Y el trébole y el trébole,
A coger el trébole
La noche de San Juan;
Y á coger el trébole
Y el trébole y el trébole,
Y á coger el trébole
Los mis amores van...

Como Juanito, al salir á bailar, estaba junto á mí, dejó por allí roto el corro: yo, en lugar de anudarle, procuré ensanchar la abertura y hacer que ésta cayera precisamente á espaldas de la mejicana para la conclusión del estribillo, de modo que al acabar de bailar y volver á formar en rueda, tuviera que ponerse á mi lado, y así lo hizo. La cogí la mano, la miré, me contestó con una mirada de conocido que era casi un saludo, y entonces me determiné á hablarla:

—Hoy los dos hemos hecho cinco en el baño,—la dije.

—Así es,—me contestó sonriéndose.

—Lo digo porque he tenido el gusto de ver á usted todos estos días en la playa...

—Sí, también yo le he visto á usted... Por cierto que es usted muy valiente... Se va usted por el mar adentro con una tranquilidad como si fuera por tierra firme...

—¡Vamos, que usted tampoco se queda en la orilla!...

—No; pero en comparación de usted...

—Le confieso á usted que yo me creía nadadora; pero ya he visto que tengo que renunciar á ese título, para quedarme de admiradora de usted.

—¡Ah! Es usted muy amable... y muy hermosa,—me atreví á añadir.

—¡Ay de mí!—dijo sonriendo con mucha

gracia:— también en lo amable me deja usted atrás... igual que en lo nadador...

Aquí llegábamos, cuando vino á interrumpirnos el diálogo el soso de Juanito, que quiso pagar inmediatamente la atención á mi bella interlocutora volviendo á sacarla á bailar, cosa que no sé si ella le agradecería, pero lo que es yo no se la agradecí nada.

Seguimos un rato cogiendo el *trébole*, y se cantó luego otra tonada, cuyo estribillo decía:

Al aire sí,
Al aire... re...
Los pajaritos en los árboles
Cantaban y decían:
Leré, leré, leré,
Morena resalada,
Yo me voy con usted...

Tras de repetir esto varias veces, salía uno con otra tonada, cantando:

La casa del señor cura
Nunca la ví como ahora:
Ventana sobre ventana
Y el corredor á la moda.

Y luego este estribillo:

Sal á bailar, buena moza;
Menéate, resalada,
Que tienes la sal del mundo
Y no te meneas nada,
Que la sal del mundo tienes
Y menearte no quieres,

repitiendo estos dos últimos versos hasta media docena de veces cuando se quería obligar á los que estaban en el corro á bailar mucho.

A lo mejor saltaba otro cantando en otro tono:

¿Cómo quieres pecando
Subir al cielo,
Si pecando se baja
Para el infierno...?

Y al cantar seguía inmediatamente esta nueva letra:

Arriba Manolillo
Y abajo Manolé,
De la quinta pasada
Yo te liberté.
De la que viene ahora
No sé si podré...
Arriba Manolillo
Y abajo Manolé.

Y si por casualidad se llamaba Manuel el que bailaba, se le estaban repitiendo los dos últimos versos cinco minutos, hasta concluir con universal, franca y estrepitosa risada.

También se cantaba otro estribillo que decía:

Esos claveles
Que en tu jardín los tienes sembrados
Blancos, azules y colorados...

Y otro que empezaba:

No estabas allí...
No estabas, amor...

Después este otro:

Cantando
Los pajaritos
En el verano
De la rama más alta
Que tiene el árbol,
Decían:
Abajo, abajo,
Y arriba, arriba,
Casarme quiero
Contigo, niña;
Arriba, arriba,
Y abajo, abajo,
Casarme quiero
Contigo, majó.

Y luego vuelta á coger trébole, muchísimo trébole... Con el trébole cogido aquella tarde, dada la gran fuerza alimenticia de la apreciable forrajera, hubiera habido para cebar todo el ganado del contorno...

Excuso decirte que durante la tarde volví á estar varias veces en el corro al lado de la americana; que la saqué varias veces á bailar, y ella á mí; que hablé mucho con ella, aunque sin atreverme á decirle nada de sustancia.

Antes, cuando me parecía imposible llegar á hablarla, por lo mismo que lo desea-

ba mucho, estaba yo firmemente resuelto á aprovechar la primera ocasión para decirle sin ambages que estaba de ella perdidamente enamorado. Pero esto, que se dice tan bien y tan fácilmente cuando no es verdad, es muy difícil de decir cuando se siente, cuando es cierto; y para mí fué del todo imposible, porque la emoción, el respeto, el verdadero amor, me hacían un nudo en la garganta cada vez que intentaba expresarme en ese sentido. De manera que hube de contentarme con hablarla de lo animada que estaba la romería, de lo hermoso que era el sitio, y de cuando en cuando, de lo hermosa que era ella, de la gracia con que bailaba, de lo bien que estaba con todos los trajes, incluso con el caprichoso de aquel día; en fin, cuatro frivolidades y discreteos sin importancia. Pero de todos modos, volví muy satisfecho de la expedición, porque había hablado por primera vez con Amparo, éramos ya conocidos, casi amigos; podía acercarme á hablarla donde quiera que la viese, declararle mi amor cuando quisiera, y lo que es más, tenía esperanzas de ser bien recibido, porque había estado conmigo sumamente amable. Me creía yo ya el hombre más feliz del globo terráqueo.

A la mañana siguiente, cuando la mejicana fué al baño, Juanito y yo nos acercamos á saludarla; y como manifestase deseo

de esperar á que subiera algo la marea, porque no la gustaba tener que andar mucho desde la caseta á las olas, trajimos unas sillas, la invitamos á sentarse, y sentándonos nosotros también uno á cada lado, estuvimos charlando con ella un rato amigablemente.

Luego resultó que la marea estaba todavía bajando, y que, por consiguiente, había de tardar mucho en volver á subir hasta la altura que ella deseaba, con lo cual se decidió á no esperar más, y despidiéndose con un «hasta después,» se dirigió hacia las casetas. Cuando se hubo encerrado en una, me aproximé yo, tranquilizando por señas á la doncella, que estaba, como siempre, de guardia; empujé la caseta por detrás, haciéndola andar sobre sus ruedecillas, y la llevé hasta la misma orilla del agua.

—No e nada, Payito, no e nada,—la decía la dueña desde afuera riéndose, para que no la asustara aquel inesperado viaje.

Después me encerré yo en otra caseta y me preparé también para bañarme. La doncella debió decirle mientras tanto á Amparito quién había sido el autor del milagro de la locomoción, si es que ella no lo había ya adivinado, pues cuando luego me vió en el mar, desde muy lejos comenzó á darme las gracias con ligeras inclinaciones de ca-

beza, acompañando al movimiento una sonrisa enloquecedora.

Cuando, después de haberse bañado, salió de la caseta ya vestida para marcharse, volvimos á encontrarnos con ella Juanito y yo, que andábamos paseando por la arena, y echamos otro párrafo. Entonces nos dijo que al día siguiente ya no vendría á bañarse, porque pensaba irse á La Festosa á pasar allí unos días y ver las funciones de la Magdalena, que, según la contaban en Trascumbres, solían estar muy concurridas y animadas.

La Festosa es una villa de no mucho vecindario, pero de bastante riqueza, y de muy buen humor, naturalmente, por aquello del refrán que dice que de la panza sale la danza. Está situada cerca del extremo oriental del Principado, en una pequeña llanada cerca del mar, el cual, para arrullarla y besarla los pies, abrió tiempo atrás un portillo en la dura sierra, que defiende contra sus furores aquella costa, entre los altos de San Pedro y de la Guía, portillo por donde se asoman á la inmensa y azulada llanura, no solamente la villa, sino también las aldeas y las caserías del contorno, y por donde, en justa correspondencia á los favores recibidos del mar, le rinden el tributo cariñoso de un riachuelo insignificante. Prados siempre verdes, graciosos monteci-

llos de castaños y cajigos, espesos y lujosos manzanales caprichosamente colocados en todo el redor, forman á la villa un marco precioso.

Hay especialmente un punto desde donde La Festosa aparece hermosísima. El viajero que vaya de Oviedo á Santander por la carretera, seguramente cuando llegue á La Festosa habrá gozado ya de ricos panoramas de vistas muy agradables; pero después de salir de esta villa y pasar por la bolera, que es sitio muy ameno, al acabar de subir una larga cuesta y encontrarse en la collada donde está la ermita del Cristo, que vuelva la vista atrás, y se encontrará con un cuadro que no se le borrará de la memoria en toda la vida.

La mitad, puede decirse, de los naturales de La Festosa se van de muchachos á Méjico, donde sus paisanos y parientes, que se han ido antes, son los dueños casi exclusivos del comercio y de la industria. Así es que se habla tanto de la modesta villa asturiana en la opulenta capital del antiguo imperio de Moctezuma; suena tanto el nombre de La Festosa en todas las conversaciones, especialmente en los círculos comerciales y bancarios, que hay allí mucha gente que cree que La Festosa es la capital de España.

De las grandes riquezas que, como digo,

tienen sus naturales en Méjico, viene sobre La Festosa un chorro constante, y así se explica el lujo, la esplendidez y el bienestar en que rebosa: así se explica también que sea el pueblo de España y del mundo en que más se divierte la gente y en que hay más días de fiesta, pues lo que es en el verano lo son casi todos. Cuentan allí que una vez llegó á La Festosa un inglés el día 14 de Agosto, que era domingo, y, naturalmente, se guardaba la fiesta. A otro día, lunes, era la Asunción de Nuestra Señora, fiesta también y muy solemne; el martes, San Roque, igualmente día de fiesta, para los cofrades por obligación emanada de la Bula constitutiva de la Hermandad, y para los no cofrades por devoción ó por afición á divertirse; el miércoles, segundo día de las fiestas de San Roque, con fuegos artificiales y otras funciones que la Cofradía dedica á su titular; el jueves continuaba la fiesta en honor de San Roque, con regatas... etc. Al ver lo cual, preguntaba el inglés muy intrigado:

—¿Pero cuándo se trabaja en este pueblo?

—Aquí no se trabaja nunca—parece que le contestaron, en lo cual no le dijeron la verdad, pero no anduvieron muy lejos. Porque la verdad es que en La Festosa se trabaja poco, sin duda porque la riqueza que viene de América hace innecesario el trabajo.

Y lo raro es que no se cumple allí el proverbio aquél que dice que la ociosidad es madre de todos los vicios, pues La Festosa no es un pueblo vicioso: es un pueblo divertido, pero culto, cristiano, de buenas costumbres, donde la criminalidad es muy escasa.

Hay en La Festosa media docena de cofradías dedicadas á diferentes misterios de Nuestra Señora y á diversos santos, cada una de las cuales pone gran esmero en dar honra y gloria de su titular, procurando que sus fiestas excedan en magnificencia, en solemnidad y en esplendidez á las otras. Las más principales, y también las más rivales, son la de la Virgen de la Guía, la de la Magdalena y la de San Roque. Cuando una de estas cofradías celebra sus fiestas, los cofrades de las otras están atentos á todo lo que hacen de nuevo, para hacer ellos en su día lo mismo y un poco más, añadiendo algún nuevo detalle de esplendor y de lujo. De esta manera las fiestas más ricas y mejores son siempre las últimas, y no se sabe dónde van á ir á parar aquellas corporaciones en su empeño de aventajarse unas á otras...

El coro de mozas de cada cofradía canta muchos cantares alrededor de la hoguera y al ofrecer el ramo de pan, en elogio de los campeones de su bando, que así llaman á los cofrades principales que han preparado

y dirigen las fiestas, diciendo que nadie las hace tan bien como ellos, que son más poderosos que los demás, y así por este estilo. Estos elogios, que parecen llevar consigo cierto menosprecio para los campeones de los otros bandos ó cofradías, suelen producir algún disgusto, pero nunca muy duradero. Pasados la excitación y el alboroto de las fiestas, todos vuelven á ser amigos.

Tal es el pueblo á donde se iba al día siguiente la bella mejicana, y á donde me iba yo tras de ella; porque en cuanto me comunicó la noticia de su viaje, comencé á persuadir y logré fácilmente convencer á mi madre de que debíamos irnos aquellos días á La Festosa para variar un poco de vida y para que, al volver de las fiestas, nos fuera todavía más agradable la tranquilidad de aquella playa...

V

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

—No sé si conoces á mi prima Isabel Carvajal, la hija de la Marquesa de Pardomino—continuó Alvaro cuando acabó de beber tras del chocolate su vaso de leche de las Navas.—La debes de conocer si te has fijado, porque me habrás visto con ella alguna vez, especialmente en el invierno anterior, que solía estar en una platea del teatro de la Comedia, á la izquierda: una muchacha rubia, delgadita, esbelta, graciosa...

—Sí, una rubia muy hermosa,—le dije interrumpiéndole.

—No me atrevía yo á decir tanto—me contestó Alvaro;—pero la verdad es que antes me parecía muy hermosa...

—Y lo es, no se puede negar—le dije:—la conozco; no creía que fuera tu prima...

—Casi no lo es, ¿sabes?—dijo mi amigo;—el parentesco puede decirse que ya no le

alcanza un galgo; pero estamos acostumbrados á llamarnos primos, porque se lo han llamado nuestras madres, porque creo lo eran nuestros abuelos...

—Lo que creía yo es que era tu novia—añadí.—Te he visto muchas veces con ella en el teatro, en paseo, en Misa, y creía que estábais en relaciones.

—Sobre eso yo te diré—me contestó Alvaro, haciendo luego una pausa como para discurrir la manera de expresarse más clara y precisa.—Nunca la he declarado á mi prima que la quiero ni que me gusta, así, *in terminis*; pero se lo he dado á entender mil veces y de mil maneras: acompañándola á todas partes, como has visto; enviándola flores ó dulces con cualquier pretexto; hablándola siempre con especial cariño; diciéndola, cuando me ha hablado de alguna mujer hermosa ó me ha dado broma con alguna conocida, que no me gusta, que no es mi tipo; pintándola mi ideal de mujer, cuando me ha preguntado sobre ese punto, con cualidades idénticas á sus propias cualidades... Ya ves que más claro... ni el agua. Ella, á su vez, ha venido haciendo conmigo otro tanto: darme á entender discretamente que conocía mi inclinación, que no la desagradaba, y corresponder á mi afecto mostrándose siempre conmigo amable y cariñosa. Después mi madre y la su-

ya tratándose con afectuosa intimidad, y no disimulando la satisfacción que las causa el vernos siempre juntos... En fin, que mi boda con mi prima era hasta este verano una cosa de la que nadie había hablado una palabra, pero en la que pensábamos todos los interesados en ella... Ni se me ocurría á mí que podía casarme con otra mujer que no fuera Isabel, ni creo que se la ocurriera á ella que podía casarse con otro hombre. Ya ves que sin ser novios precisamente, porque te repito que jamás habíamos hablado una palabra de amor, no tiene nada de extraño que nos hubieras tomado por tales.

Pues bien: Isabel, mi prima, á quien yo suponía en Gijón con su madre y su hermano, pues para allí se habían despedido en Madrid, estaba en La Festosa; y en cuanto llegamos nosotros, lo supo y vino con su hermano á ver á mi madre.

En otra cualquier ocasión, tres semanas antes, verbigracia, me hubiera yo alegrado muchísimo de encontrarme allí con mi prima, hubiera tenido á gran dicha el encuentro; pero aquel día y en aquella ocasión, lejos de alegrarme y de parecerme ventura, le tuve por una desdicha, y me produjo contrariedad verdadera.

Estaba yo ya casi consentido en hacerla traición, faltando... no á mi palabra, que esto nunca lo hubiera hecho... ni tampoco

necesitaba hacerlo, pues, como te he dicho, no la había dado ninguna; pero faltando, sí, á mi propósito exteriorizado en cierto modo, si no en palabras, en acciones, y por ella perfectamente comprendido... Iba yo allí precisamente con el intento de avanzar en mi nuevo amor; pensaba utilizar aquellas fiestas con todos sus episodios favorables al desarrollo de la confianza y de la intimidad, para conocer á la mejicana, tantear su corazón, declararla mi sentimiento, y si era bien acogido, quedar ya con ella en relaciones formales... De manera que la presencia de mi prima no podía menos de serme enojosa.

¿Qué iba á ser de mí en tales circunstancias?... ¿Qué iba á hacer?... ¿Iba á abandonar, aunque no fuera más que temporalmente, la comenzada empresa de conquistar el corazón de aquella otra mujer encantadora que en cuatro días me había robado el mío, empresa de cuyo buen resultado hacía yo depender por aquel entonces mi felicidad en el mundo?... Imposible. Ni podía decirme á abandonar el campo, ni tampoco á suspender las operaciones, no solamente porque no volvería á encontrar otras circunstancias tan á propósito para mi empeño como las fiestas aquéllas, sino porque la suspensión equivalía al abandono y hacía segura la derrota.

Recordaba yo haber leído en un hermoso libro de mística esta sentencia en que su insigne autor quiso encarecer la necesidad de caminar sin descanso hacia la perfección y la imposibilidad de hacer alto en el camino de la virtud:

Cuando adelante no vas,
Piensa que vuelves atrás;

sentencia que corroboró en otra parte con un ejemplo, diciendo que en el río el pez vivo suele ir agua arriba y el pez muerto va siempre agua abajo. Esto mismo sucede en todas las empresas y en todos los empeños de la vida; esto mismo pasa en el río de los acontecimientos humanos: braceando sin cesar contra la corriente, se adelanta algo, aunque sea poco; se va agua arriba; pero si uno se para con intento de permanecer quieto en el sitio en que está, no lo consigue, sino que retrocede, le lleva el agua.

«¡Valiente amor será el suyo! ¡Vaya un interés el que tiene por mí!» diría seguramente la americana, si yo, después de haberme insinuado tan á prisa, dejaba indiferente pasar aquellos días de las fiestas sin dar un paso más en el camino de agrada-la. Lo menos que haría después, cuando yo quisiera volver á emprenderle, sería to-

marlo á broma, y me costaría gran trabajo conseguir que creyera en mi formalidad, ó ni con trabajo lo conseguiría.

Para suspender sin daño grave la empresa comenzada, necesitaba volver á marcharme de La Festosa... Pero ¿cómo me marchaba de allí á las pocas horas de haber llegado? ¿Con qué pretexto?... ¿Cómo la decía á mi madre que debíamos volvernos inmediatamente á nuestro retiro, después de haber inventado mil argumentos para hacerla creer que debíamos ir á las fiestas?...

Y no siendo posible la marcha ni el paréntesis ideado, ¿qué iba á hacer?... ¿Continuaría haciendo el amor á la mejicana delante de mi prima?... En rigor nada tendría de particular; pero... ¡tenía tanto!... Aparte de que era renunciar en absoluto á aquel ideal de que el corazón no estaba aún despegado del todo, sería una crueldad horrorosa...

Después de dudar mucho y dar muchas vueltas al caso sin saber qué decisión tomar, tomé la peor, desgraciadamente. Decidí por fin adoptar un temperamento medio, que me produjo el mal resultado que esos temperamentos producen siempre. Propúseme seguir obsequiando á la americana, pero teniendo cuidado de no extremar los obsequios delante de mi prima; y respecto de ésta, mostrarme con ella tan amable como siempre cuando estuviéramos en fami-

lia; pero mucho menos amable, rayando á la indiferencia, cuando hubiera público, y especialmente cuando pudiera verlo la americana.

Situación bien difícil la mía, como comprenderás, y llena de cuidados, que al fin y á la postre de nada sirvieron. Porque, efectivamente, toda mi táctica resultó inútil, y el tal temperamento medio me trajo en seguida todos los daños y todas las malas consecuencias de las dos soluciones radicales. La mejicana, que, como te he dicho, se iba presentando muy bien, comprendió desde luego que aquella otra mujer, mi prima, tenía sobre mí algún ascendiente, y se puso en guardia. Mi prima comprendió á su vez que la mejicana no me era indiferente, y discurriendo con agudeza femenil que habría de ser una rival terrible por su hermosura, por su riqueza y por el especial atractivo que en el voluble corazón humano ejerce siempre la novedad, entendió que sería lo mejor cortar el mal en el principio, quizá por haber leído muchas veces en el Kempis la traducción de aquel verso latino: *Principiis obsta...* y determinó abordar la cuestión de frente. Ya te diré cómo.

El mismo día de nuestra llegada á La Festosa empezaba ya la función á media tarde con la traída de la *joguera*, ó sea el combustible para hacer la hoguera por la no-

che, y el mayo que se había de pinar aquella misma tarde, al cual también llaman allí la *joguera*, por una confusión digna de académicos... Porque la *joguera* no puede ser otra cosa que la hoguera aspirando fuerte la hache y haciéndola jota, caso raro en aquel país, donde la suelen aspirar más suave y convertirla en efe, la hoguera tradicional, que se enciende en la plaza del pueblo la noche que precede á la fiesta; mientras que el árbol que se ha pinado el día anterior en la misma plaza se llama el mayo; y si en algunos pueblos le llaman *cucaña*, es por otra confusión lamentable: por confundir el árbol con la granjería que en dinero ó en especie se le suele poner en la copa como premio para el que le suba, que es lo que se llama *cucaña*.

Para coger las fiestas por la punta, como suele decirse, y no perder nada de ellas, salimos hacia la parte oriental del pueblo, que era por donde había de entrar la *joguera*, mi madre y yo con mi tía y sus hijos; y aún no habíamos dejado atrás las últimas casas, cuando ya vimos venir entre gran polvoreda un carro tirado por bueyes con esquilonos, y cargado con un arbolejo no muy grande, que era el que iba á servir de mayo. Pertenece al sistema antiguo, con eje movable de madera y ruedas fijas en el eje, el cual, girando apretado en-

tre las trecheras (*tractorias*), producía un sonido vivo, continuo y... desagradable, á lo menos de cerca, favorecido en el país con el nombre de *canto*, pues se dice que *canta* el carro cuando hace aquel ruido estridente. Luego venía, con los bueyes también muy esquilonados y también *cantando*, otro carro cargado de leña para la hoguera.

Detrás de los carros seguían dos coros de muchachas vestidas al estilo del país, tocando panderetas y cantando también, aunque de una manera mucho más agradable que los vehículos aquéllos y menos ruidosa, en alabanza de la excelsa titular de la cofradía y en elogio de los cofrades organizadores de la fiesta. En el primer coro, con su traje de aldeana y su pandereta como las demás, venía Amparo, que por lo visto estaba ya bien relacionada en la villa. La hice al pasar un respetuoso saludo desde la orilla del camino, y me contestó, sin dejar de cantar, con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Quién es esa señorita?—me preguntó mi prima al instante.

—Una americana que está ahí en Trascumbres—la contesté,—y suele ir á bañarse á la playa nuestra: allí la he conocido...

—¡Qué guapa es!—añadió.

—Sí, no es fea,—dije yo, como por con-

descender y sin dar importancia al caso.

Seguimos detrás de la alegre comitiva hasta la plazuela que hay junto á la ermita de la santa penitente, y allí pasamos el resto de la tarde viendo descargar los carros y pinar el mayo, y oyendo el canto de las chicas, que se percibía mejor y sonaba más dulcemente después de suprimido el otro.

Y eso que la letra dejaba bastante que desear, pues entre los antiguos cantares de corte popular y castizo, mezclaban redondillas modernas compuestas por algún pedante, presuntuosas y llenas de ripios, como ésta, dirigida á la santa:

*Esta hoguera que traemos,
De tan mágico verdor,
Es prueba de nuestro amor,
Por lo mucho que os queremos.*

Y esta otra dirigida al público:

*En la hoguera que llevamos
Entre fuegos y loores,
A nuestros antecesores
Un recuerdo tributamos...*

Y la siguiente, que reza con los mozos que han de pinar el mayo:

*En vuestra fuerza briosa
Hoy, galanes, confiamos,
Para que arriba veamos
Esta hoguera tan hermosa...*

Donde, como se ve, se repetía el desatino de dar al mayo el nombre de *hoguera*...

Hablaba yo con mi primo, el hermano de Isabel, de cosas extrañas á la fiesta, sin perjuicio de mirar disimuladamente á la mejicana, que por un lado de la pandereta me miraba también á hurtadillas.

Mi prima, que estaba delante de nosotros con mi madre y la suya, como ya conocía de otros años las fiestas y estaba muy enterada del programa, se volvía hacia mí con frecuencia para explicarme lo que iban haciendo ó anunciarme lo que venía inmediatamente. «Eso es tal ó cual cosa; ahora van á hacer esto ó aquello.» No pasaban inadvertidos para la mejicana estos coloquios, pues cuando dejaron los coros de funcionar y me acerqué á hablarla, me dijo, después del saludo rituario:

—También ha venido usted á las fiestas, ¿eh?

—También... naturalmente...—la respondí, subrayando un poco la palabra última.

—Sí, ya veo que tiene usted aquí conocidos,—añadió muy discreta, queriendo dar otro sentido á la palabra subrayada.

—Son unos parientes — la dije — con quienes nos hemos encontrado de casualidad, pues no sabíamos que estuvieran aquí...

—¡Ah, son parientes de usted!

—Sí: esa señora que está con mi madre.. porque supongo que á mi madre ya la conoce usted de verla en la playa...

—Sí, la señora condesa de Villamoros...

—Pues esa otra señora es la Marquesa de Pardomino, prima de mi madre, y los dos jóvenes son sus hijos.

—Parece muy simpática la joven, su prima de usted.

—Sí, es muy buena...

Salí del paso lo mejor que pude, y respiré; mas al poco rato comenzó el baile, se armó el corro de las indispensables giral-dillas, y tuve que *coger el trébole* diferentes veces con la mejicana y con mi prima, y andar colocado en el corro, ora al lado de la una, ora al lado de la otra, y aun entre las dos, que era una tortura insufrible. Con la una y con la otra procuraba estar poco expresivo, y con las dos estuve demasiado... y demasiado poco, según después fui conociendo.

Por la noche, después de cenar, había que volver á ver la *joguera* y á ver danzar al redor de ella y al redor del mayo, danza que algunos creen reminiscencia de las costumbres célticas, y que por lo menos debe remontarse á los tiempos de la invasión morisca, pues entre los cantares que ento-

naba la vieja que guiaba la danza, recuerdo haber oído algo así:

Este castillo de flores,
Mal moro, no me le robes...

y el coro repetía muchas veces como estribillo:

Mal moro, no me le robes.

También cantaban:

Al que rodea esta hoguera,
Buen San Juan verde le venga,
Y buena Pascua florida
Y florida Pascua buena...

Después se soltaban las manos, daban unas palmadas y volvían á danzar con nuevos cantares:

—Naranjal ante mi puerta...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene cuatro...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene cinco...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene seis... etc.

—
—Corre y dalas á tu amiga,
—Corre y dalas á tu amada,
—Cuatro y cinco en una piña,
—Cuatro y cinco en una caña.

Y á cada verso se repetía el estribillo

¿Quién te ha dado la vuelta?

ó el otro:

Mal moro, no me lo robes.

Y luego otras palmadas y otra danza con otra letra:

Aquí cortamos los ramos

Los asturianos.

Ramos cortó un caballero,

Ramos cortara un hidalgo.

Por cortar, cortó su dedo...

Por cortar, cortó su mano..

Y á cada verso se repetía: *Los asturianos.*

Después de la danza especial en torno del árbol y de la lumbre, comenzó la *danza prima*, formándose una riestra interminable de personas de ambos sexos cogidas de las manos, que ocupó todo el borde de la plazuela, y se fué escurriendo por las calles hasta la Plaza Mayor, volviendo luego á concluir delante de la ermita. Esta danza, de origen céltico según los eruditos, es la más característica, la más popular en Asturias, y no puede faltar en ninguna fiesta. Los que van á la cabeza de la fila entonan un cantar, y todos los demás repiten el estribillo y bracean atrás y adelante al compás monótono del canto.

El estribillo se compone de tres versos: el primero de cinco sílabas y los otros dos octosílabos, siendo consonantes, ó, por lo menos, asonantes el primero y el tercero. El estribillo de aquella noche, que era especial para la función, decía:

Con estas fiestas
Celebremos vuestro día,
¡Oh, bendita Magdalena!

En la mayor parte de los estribillos usuales, el verso corto no suele tener ligazón con los otros dos, sino que suele ser alguna invocación de la Virgen ó de algún santo, aun cuando luego sea profano lo que sigue; por ejemplo, éste:

¡La Madre Santa!
Ya todas las niñas traen
Corales á la garganta.

Ó este otro del género jocoso:

¡Señor San Pedru!
Quieru sacar los calzones
Per la cabeza, y no puedu.

O este otro:

¡Virgen Sagrada!
Dichoso del marinero
Que cruza la mar salada.

Cuando los mozos de un concejo van á

una romería dispuestos á armar camorra con los de otro concejo, caso que no deja de ser frecuente, suelen anunciar su propósito en la danza, respondiendo con este estribillo:

¡Señor San Pedru!
Traigu un palu de avellanu,
Y en lo que dure no hay medu.

En las fiestas de la Virgen del Carmen se suele danzar con este estribillo:

Tu escapulario
Le llevo, Madre, á las Indias
Sobre mi pecho colgado.

En las fiestas de la Virgen de la Guía con este otro:

¡Santa María!
En el cielo hay una estrella
Que á los navegantes guía.

En fiestas de San Pedro con éste:

Fué marinero,
Tambièn fué apóstol de Cristo
Y tien las llaves del cielo.

En cuanto á los cantares y romances que se cantaban en la danza aquella noche, unos eran dedicados á la santa titular de la fiesta y alusivos á episodios de su vida, como éste:

El que se quiera embarcar
 En nave de salvación,
 Que invoque á la Magdalena,
 Que navegó sin timón...

Otros eran de diferentes asuntos religiosos, resaltando en ellos, por lo regular, la protección de la Virgen á los que la invocan. Verbigracia:

Vengo de la fuente fría,
 Vengo de la fría fuente,
 Y un galán en el camino
 Vino á salirme al *encuentre*.
 Palabras de miel me dijo
 Como veneno de sierpe;
 Llamé á la Virgen Maria
 Y ella vino á defenderme,
 Y fué mi guía y mi amparo
 Porque la recó tres veces.

También recuerdo este otro muy hermoso:

Mañanita de San Juan,
 A la mar salió una lancha;
 Remeros llevaba doce
 Y un patrón que los mandaba.

Los marineros, saliendo
 Por en medio de la barra,
 Se encomendaron á Dios
 Y á la Virgen soberana.

Llegaron á la alta mar
 Tempranito y de mañana,
 Y en olas de blanca espuma
 La Virgen se les depara...

.....

—Echad vuestras armadijas
Y vuestras redes al agua,
Para que de peces vengan
Toditas, todas cargadas,

Que así recompenso yo
A quien me venera y ama...

.....
¿De quién diremos, Señora,
Que nos hizo merced tanta?

— Que vos la dió una mujer
De las otras extremada,
Y para mejor decir,
Nuestra Señora se llama.

Y así diciendo se fué
Rodeada de nubes blancas,
Y ángeles mil la seguían
A la celestial morada.

También cantaban el tan conocido que
empieza:

¡Ay! un galán de esta villa,
¡Ay! un galán desta casa,
¡Ay! él por aquí venía,
¡Ay! él por aquí llegaba...

Y también este otro, de sublime sencillez, en que se cuenta la tentación del demonio á un marinero náufrago:

Mañanita de San Juan
Cayó un marinero al agua,
Y el diablo que diera cuenta
De esta manera le habla:

—¿Qué me das, el marinero,
Si yo te saco del agua?

—Diez navíos traigo al mar
Cargaditos de oro y plata,
Y el mejor de ellos te doy
Porque me saques del agua.

—No quiero yo tus navíos
Ni tu oro ni tu plata;
Quiero que cuando te mueras
A mi me mandes el alma.

—El alma la mando á Dios
Y el cuerpo á la mar salada...

Al retirarnos de la fiesta nos acompañaron mi tía y mis primos hasta la fonda, y como no les pareciera todavía hora de acostarse, subieron á estarse un rato con nosotros.

Isabel se fué hacia el balcón diciendo que hacía calor en la sala, y poco después me llamó para preguntarme si conocía á unos que pasaban, y que no conocí, naturalmente, porque apenas conocía allí á nadie, y de noche menos.

En seguida me dijo:

—¿Con que te has echado novia? Bien, bien...

—¿Por qué lo dices?—la contesté contrariado.

—Porque es verdad, según parece... y veo que tienes buen gusto.

—Pero ¿quién es? ¿A quién te refieres?...

—Vamos, no te hagas el disimulado. ¿O es que quieres que te regale el oído?

—Te aseguro que te equivocas...

—¡Pero si no sabes á quién me refiero!...

¿Cómo sabes que me equivoco?

—Porque no hay nada absolutamente, ni casi la conozco...

—¡Ah! Ya sabes á quién me refiero, ¿eh?...

—Lo supongo, porque tú lo das á entender claramente...

—No. ¡Si no he dicho nada! Es porque tú estás pensando en ella, y es natural... Como que todos dicen que has venido á las fiestas porque ella venía...

—Pues todos los que lo digan se equivocan—repliqué con calor y cada vez más desconcertado.—Créeme, Isabel, que no hay nada, ni pienso en semejante cosa: no tengo con esa mujer más relaciones que las de pura cortesía... Casi no la conozco... Además, ya sabes que no me gusta ninguna mujer...

Estuve para añadir «más que tú», con objeto de tranquilizar á mi prima del todo; pero me pareció una vileza declararla por primera vez mi amor, precisamente cuando ya no la amaba... apenas, y me callé, mordiéndome los labios.

Ella, conociendo mi contrariedad, hizo papel como de querer tranquilizarme, diciéndome con tono aún más dulce y más cariñoso que de ordinario:

—¡Ay! No sé por qué te apuras así, hombre; porque, últimamente, nada tendría de particular... Alguna vez has de casarte... Y lo que es la elección, si lo moral, que es lo más importante, como te he oído mil veces, corresponde á lo físico, no podría ser más acertada... Ya estoy deseando que me presentes á mi futura prima para tratarla... Seremos muy amigas... porque tú no te opondrás á que sea amiga mía, ¿verdad?...

Decía todo esto la pobre Isabel con aparente serenidad, pero sólo aparente, pues detrás de la sonrisa leve y graciosa con que sazonó sus últimas frases, casi se la estaban viendo asomar las lágrimas.

Yo buscaba modo de cambiar la conversación sin encontrarle, y seguí aguantando el temporal hasta que vino mi tía á tenderme un cabo, diciendo:

—Isabel, vamos, hija mía, que ya creo que va siendo hora.

—Cuando usted quiera, mamá,—contestó Isabel; y levantándose mi tía y mi primo, que habían estado contando á mi madre la mucha gente que había y lo apretado que se vivía en Gijón, se dispusieron á marcharse.

Me había enternecido la escena con Isabel, y sin darme cuenta, la apreté mucho la mano al despedirnos.

Después comenzó á remorderme la con-

ciencia de andar haciendo así dos papeles, y dí en reflexionar que, sobre no ser cosa laudable, era una majadería lo que estaba haciendo.

—¡Qué buena es Isabel!—pensaba yo.—
¡Y cómo me quiere!... Y el caso es que además es muy guapa y muy agradable... todos lo dicen, que es hermosa, y á mí también me lo parecía hasta hace poco... Y lo que es como buena, es una santa... ¡Qué feliz sería yo con ella!... lo más feliz que se pueda ser en el mundo... no me cabe la menor duda... Bueno... y en resumidas cuentas, ¿á qué aspiro yo más que á ser feliz?... ¿A qué aspiro sino á encontrar una mujer buena y vivir en paz con ella, guardando la ley de Dios para poder ir después al cielo?... Y teniendo tan cerca esa felicidad á que aspiro y tan fácil de conseguir, ¿no es un disparate renunciar á ella para ir á buscarla más lejos entre incertidumbres y aventuras?... ¡Qué necio es el corazón del hombre!... á lo menos el mío... Si no conociera yo á Isabel más que de vista, y la tuviera lejos, y encontrara muchas dificultades para llegar á hablarla, y poca seguridad de ser bien acogido, andaría loco por ella: estoy seguro... Pero la veo cerca, conozco la bondad de su corazón, conozco su virtud, sé que me quiere, creo que no necesito más que hablarla un día con formalidad para

hacer mío todo ese tesoro... y en lugar de hablarla así, la hablo con doblez, haciéndola sufrir, y me expongo á sufrir yo mucho más, corriendo tras de lo desconocido y lo incierto... Estoy haciendo una tontería muy grande. No: esto no puede seguir, de ninguna manera... Mañana hablo á Isabel formalmente, y... aquí paz y después gloria... si Dios quiere... Mañana... mañana...

Y me dormí con tan buenos propósitos.

VI

EL DÍA DE LA FIESTA

Una banda de música tocando diana por las calles alfombradas de flores, anunció á los habitantes de La Festosa el amanecer del día 22 de Julio, que es el día de la Magdalena. Tras de los primeros compases de la música empezaron los cohetes á silbar por el aire y á estallar en la altura repetidamente. Las campanas vinieron bien pronto á reforzar la alegría de los voladores y de la banda con la alegría de un general repique, seguido de volteos prolongados y majestuosos. Fué un amanecer gozoso y espléndido.

Sin crepúsculo apenas surgió radiante el sol de entre las ondas azules del mar, y vino á reflejarse en los rojizos tejados de la población, en los limpios cristales de sus múltiples miradores y galerías, en las banderolas y gallardetes con los colores nacionales que ondeaban sobre los arcos de

triunfo de las bocas de las calles, y todo á lo largo de éstas sobre postes irisados de percalina; en las colgaduras blancas y azules que engalanaban los balcones; en los farolillos venecianos que pendían de los árboles anunciando para la noche una iluminación fantástica...

Despertóse la gente, y comenzó á bullir por todas partes con algazara indescriptible y con actividad prodigiosa. Aquí unas mujeres acababan de vestir un arco de follaje; allá unos hombres clavaban los armatostes para los fuegos de artificio; á este lado unos rapaces extendían hinojo nuevo y sembraban nuevos claveles en la calle que había de recorrer la procesión; al otro lado unas niñas intercalaban rosas húmedas de rocío entre las hojas de hiedra de unas grandes cadenas que circundaban la plaza de la santa. Los hermanos principales de la cofradía iban apresurados de una parte á otra, dando órdenes ó haciendo advertencias para que todo estuviera en su punto...

Por ambas ramas de la carretera, la oriental y la occidental, entraban coches con personas de viso, procedentes de otras villas importantes y aun de la capital de la provincia. Los aldeanos y aldeanas del contorno acudían á bandadas...

Observaba yo con benévola curiosidad to-

do aquel movimiento desde muy temprano, pues me había echado á la calle poco después del toque de diana. Al oír el de Misa mayor me volví á la fonda á tomar el desayuno, y la dije á mi madre:

—Iremos á Misa, mamá...

—Yo no, hijo mío; no me atrevo—me contestó:—tengo miedo á ponerme mala... Es pequeña la capilla, se llenará de gente, ¡y hará un calor!... Tú sí, vete: yo he oído ya otra Misa en cuenta de no ir á ésta.

Me fuí solo hacia la ermita de la santa, animado todavía de los nobles propósitos que había formado por la noche, resuelto á dedicarme exclusivamente á mi prima echando á paseo todo lo demás, decidido á perseverar sin intermitencias en obsequiarla hasta convencerla de la realidad de mi amor, y declararme luego á ella formalmente dejándome de devaneos. Pero apenas llegué á la plazuela de la santa, vino á dejar muy mal parados todos estos propósitos la mejicana, pasando por delante de mí elegantemente vestida de negro, como iba el día del Carmen en Trascumbres, y llevándoseme la mitad del alma enredada entre los pliegues de la mantilla.

Era en vano intentar contra ella resistencia alguna. No había más que huir ó rendirse.

Entre los antiguos hebreos existía la

creencia de que nadie podía ver á Dios sin morir en seguida. Algo parecido sucede con esta obra de Dios maravillosa: tampoco se puede vivir después de haberla visto. Porque no es vivir el vivir sin albedrío, en continua intranquilidad, en zozobra constante.

Entré en la capilla al comenzar la función, que fué muy solemne. Una Misa de Eslava cantada á toda orquesta, con unos *Kiries* y un *Gloria* que parecía que no se acababan nunca. También el sermón fué bastante largo. Habían traído los cofrades para hacer el panegírico de la santa titular, un orador de la capital de la Diócesis, joven todavía, pero ya de bastante fama, y no del todo injusta. Un poco enfático á veces, algo conceptuoso en determinados pasajes; pero en general, desempeñó su misión bastante bien: claro en la exposición, seguro en el razonamiento, sobrio en la acción, elocuente en el persuadir, con voz simpática, con buen sentido, con modestia, con unción cristiana.

«María de Magdalo ó María Magdalena — vino á decir en sustancia, — era muy hermosa; y en lugar de agradecer debidamente á Dios aquel don precioso de la hermosura, le empleaba en ofenderle. Según el sentir de graves expositores, no es que anduviera desvergonzadamente entregada á la deshonestidad, ni que hubiera llegado á

arrastrarse por los inmundos lodazales del vicio; pero por lo menos vivía amundanada, olvidada de Dios y haciéndosele olvidar á otros infelices seducidos con el atractivo de sus encantos, divertida, sin pensar más que en lujos y en juegos y en bailes y en todo género de profanas fiestas.

»En este estado de distracción, de atolondramiento, de pecado, porque no hay que olvidar que el Evangelio la llama sin rodeos pecadora, se encontraba la Magdalena cuando recibió la visita sublime de la Divina Gracia en una mirada del Salvador del mundo. Aquella mirada, mezcla de reprensión y de amor, de dulzura y de severidad, la llegó al alma.

»Desde entonces comenzó la Magdalena á seguir á Jesús tímidamente y á cierta distancia, atraída por misteriosa fuerza interior, la Gracia, y contenida á la vez, en parte por el temor á las burlas del mundo, y en parte por la vergüenza que la daba presentarse al Señor con una historia tan poco laudable.

»Al fin llegó un día en que se decidió á romper con todos los humanos respetos, y fué á echarse con valerosa resolución á los pies de Cristo. Así nos la pinta un poeta contemporáneo, en una oda que anda impresa al final del libro que la Cofradía ha publicado en honor de la santa penitente:

«Turbios los ojos bellos,
 Mustio el semblante que envidió la aurora,
 Tendidos los cabellos,
 La hermosa pecadora
 A los pies de Jesús contrita llora.

Con lágrimas los lava,
 Con oro de su frente los enjuga,
 Con mil besos los graba...»

»Llorando á los pies de Jesús, lavándolos con sus lágrimas, limpiándolos y enjugándolos con sus cabellos y con sus labios, le confiesa humildemente sus liviandades:

«¡Señor! Yo soy aquella
 Pobre mujer en la maldad caída...
 La castellana bella
 De juventud perdida,
 De turbulenta y licenciosa vida.

Rica, joven, hermosa,
 Dormida entre mortales ilusiones
 El alma perezosa,
 Fueron mis ambiciones
 Rendir y aprisionar los corazones...»

»Tras de la humilde confesión de su mala vida, sin dejar de llorar, y siempre abrazada á los pies del Señor, le pide dolorida y confiada el perdón de sus culpas:

«Mas ya vengo doliente
 Tu perdón á implorar: ve las señales
 Del dolor en mi frente...

Mira ya derribada
 Mi soberbia á tus pies; heme rendida...

Ya rompo las livianas
Galas del mundo y á tus pies las huello...

Ya, mi bien, sólo aspiro
De tu amor santo á conseguir la palma...
Yo por tu amor suspiro,
Tú mis zozobras calma...
Como lavo tus pies, lava mi alma...»

»Y en efecto, Jesús misericordioso y amante, lavó su alma con el perdón, la defendió contra las murmuraciones de los presentes, y la dijo aquellas palabras dulcísimas: «Vete en paz, que ya estás perdonada.» Después de lo cual lloró María tan á finas veras sus pasadas vanidades y fué tan fiel amiga de Cristo, que, inflamada del verdadero amor, del amor que no teme, le siguió constantemente á todas partes, lo mismo al triunfo de la entrada en Jerusalén que á la ignominia del Calvario, mereciendo que el Evangelista que fué testigo presencial de la pasión y de la muerte de Jesús, la mencionara entre el escaso acompañamiento que llegó con Él hasta el suplicio, entre las contadísimas personas que en el momento solemne de morir *staban juxta crucem...*

»Fué luego la primera que, en la mañana de la Resurrección, encontró el sepulcro del Señor vacío, porque fué la que madrugó más á llevarle aromas. También fué la primera, si se exceptúa á la Santísima

Virgen, en tener la dicha de ver á Jesús resucitado, creyendo con tan viva fe el estupendo milagro de la resurrección, que trató de abrazarse nuevamente á los pies de Jesús, y lo hubiera hecho sin la prohibición del Señor, que la dijo: *Noli me tangere...*

»Cuando Jesús se subió al cielo, la Magdalena sufrió persecución por Él como los demás discípulos, y por confesarle con valerosa constancia, fué echada al mar en un barco sin timón ni velas ni remos, arribando milagrosamente á la costa meridional de Francia, donde, siempre encendida en el amor de Jesús, se retiró á una gruta y allí vivió en grande austeridad y penitencia hasta que la llegó la hora de ir á reunirse con el Amado en su Reino inmortal, para ser allí por Él coronada de gloria...

»Todos recibimos oportunamente la visita de la Divina Gracia, la mirada de Dios... En corresponder á ella está nuestro mérito y nuestra dicha... Entre cada cual dentro de sí mismo, y vea cómo corresponde á las miradas amorosas que el Señor le dirige...»

Obedecí inmediatamente, subyugado por la palabra severa del sacerdote, y comencé á escudriñarme el interior, pensando que no eran otra cosa sino miradas cariñosas de Dios aquellos rayos de claridad que me hacían ver lo deficiente y lo frívolo de mi

conducta, y aquellos deseos casi irresistibles de reformarla... Había que corresponder con más docilidad á aquellas inspiraciones y á aquellos impulsos... Había que renunciar á los recientes devaneos y rendirse á Dios con firme voluntad de cumplir su ley, para que Dios pacificara mi conciencia alborotada, diciéndome las mismas palabras dulcísimas con que sosegó en otro tiempo las tempestades del corazón de la Magdalena: *Vade in pace...*

Salí cuando se acabó la Misa, y me quedé al lado derecho de la puerta para ver salir la gente... Claro es que la gente que yo quería ver salir era... la que había visto entrar... Payito, y nada más que Payito, con su elegante traje negro, con el cual me parecía más hermosa que con ningún otro, porque se le ponía menos veces... No llegué á verla, porque á poco de estar allí averado, salió mi prima, á quien no esperaba, pues no sabía que estuviera dentro, y se paró á la misma puerta mirando á un lado y á otro como contrariada é impaciente.

—¿A quién buscas?—la dije acercándome á ella.

—¡Ay! ¿estabas tú aquí?... A Pepe, mi hermano, buscaba, que vino á traerme y me ofreció volver por mí, y ahora no le veo...

—No, no está por aquí, no mires... Ya

le hubiera yo visto... Pero si no es más que por eso, yo te acompaño.

—Bueno, muchísimas gracias...

—No es para tanto, mujer... ¿Y tu madre?...

—No se atrevió á venir por causa del calor... Oyó misa temprano.

—Pues lo mismo hizo mamá: también tuvo miedo al calor que iba á hacer en la capilla... Y en efecto, le hacía bueno.

—Sí, sí: mucho calor hacía...

—Dame el libro—la dije cogiéndola el devocionario,—porque no te puedes arreglar bien con tantas cosas... el rosario... el abanico... la sombrilla...

—Muchas gracias,—volvió á decirme.

—Chica, siempre estás dando gracias... Verdad es que, como son tantas las que te sobran...

—¡Ay, qué florido está el tiempo!... Se conoce que te has acostumbrado este verano á echar flores...

—No es de este verano: es ya antigua en mí la costumbre de decir la verdad...

—¡Vamos!... ¡Y continúas!... Habrá que dejarte...

Iba yo muy satisfecho al lado de mi prima, pensando, no sin cierto orgullo, en que al vernos así solos por la calle podría creérsenos marido y mujer, y como lo pensaba, empecé á decírselo...

—¿Sabes, Isabel, que esto de acompañarte puede tener un inconveniente?...

—¿Cuál? ¿Me le quieres decir?...

—Que como á tí te han visto ya por aquí otros años con tu hermano y á mí no me conocen, pueden creer que te has casado y que soy tu marido, y puedes perder alguna proporción...

—¡Cál! no te aflija eso... ¿Quién se va á acordar de mí en esta tierra?... Ni falta... Lo que es por mí, déjales que crean lo que quieran... Lo malo es por tí, si acaso alguna persona que no sepa que somos parientes lo toma á mal y te pide cuentas...

—No tengo que dar á nadie cuentas de nada, más que á mi madre, que de esto seguramente no me las ha de pedir...

—No, eso ya sé que no; pero no me refiero á tu madre, sino á otra persona... Vale Dios que no nos verá...

—Te digo que no hay aquí nadie á quien pueda importar un comino todo lo que yo haga ó deje de hacer, y te aseguro que con esa otra persona á quien aludes no tengo nada absolutamente.

—¡Bueno! Ya vuelves á las andadas de negarlo todo. El que todo lo niega, todo lo confiesa...

Llegamos á la puerta de la casa donde vivía mi prima, y al ir á darla el devocionario, me dijo:

—¿No subes?...

—Bien: subiré un momento á ver tu madre... Ya que estoy aquí...

—Sí, sube un poco... Te lo agradecerá... La cuentas cómo ha estado la función, y el sermón en particular, que sentía mucho no poderle oír... porque yo, aunque se lo cuento, no sé explicar tan bien las cosas...

—Es claro... si no fueras modesta... no tendrías todas las virtudes.

—¡Ay, hijo! ¡Cómo estás hoy!...

—Hazme el favor...—la dije al pie de la escalera, ofreciéndola el brazo.

Me le cogió sin decir nada; y cuando habíamos subido ya tres ó cuatro escalones, me dijo:

—Ya casi no me atrevo á darte las gracias, no sea que te sirva de motivo para volver á echarme flores...

—No sé por qué te extraña tanto...

—Porque no lo hacías nunca, y hacías muy bien... Ahora puede ser que lo hagas por ensayarte para ocasiones más solemnes... ó acaso lo harás para disimular que me quieres algo menos que antes... Como es natural, y yo no me resiento por eso, pues ya se sabe que el amor hace disminuir el cariño á la familia, y, como dice el refrán, primero son los dientes que los parientes...

—¡Qué cosas discurre, Isabel!... Ni eso

que dices tiene fundamento, ni tiene nada de particular que yo te diga que eres hermosa ó que te sobran gracias... Te lo digo porque lo siento así.

—Pues aunque la sientas, que casi no lo puedo creer, porque no puedo creer que tengas tan mal gusto... pero aunque lo sientas, no debes decírmelo... Esas son cosas propias de enamorados.

—¿Y si supieras que estaba yo enamorado de tí, qué me dirías?...

—No tienes derecho á saberlo... ni á preguntarlo... Porque eso no se pregunta nunca así por pura curiosidad ó por gusto, sino solamente en caso necesario... A mi hermano, que suele contarme sus faenas de abogacía, creo haberle oído que para pedir indulto hay que estar preso, y que nunca se concede esa gracia sino al que la pide desde la cárcel...

Herido por el discreto desdén de mi prima, hubiera de seguro comenzado á hacerla declaraciones fervorosas de amor, si no fuera que cuando acabó de pronunciar las últimas palabras, estábamos ya delante de mi tía, que nos había visto llegar y había salido á esperarnos al pasillo.

—No pareció por allí Pepe—dijo Isabel, después de dar un beso á su madre, que inmediatamente se le pagó doble,—y eso que me dijo que volvía por mí... Gracias

que me vió Alvaro, y ha sido tan amable que me ha acompañado...

—Y ya que había llegado á la puerta—añadí yo,—he subido á ver cómo había usted pasado la noche.

—Bien, hijo, perfectamente—me contestó mi tía.—Esta temporada estoy muy buena, gracias á Dios. ¿Y tu madre?...

—Buena también.

Me detuve poco. En cuanto informé brevemente á mi tía de lo brillante que había estado la función religiosa, de cómo había sido el sermón y lo mucho que me había gustado, alabándola de paso su buen acuerdo, igual que el de mi madre de quedarse en casa, porque no hubieran podido resistir el calor, me despedí para irme á comer, porque era ya más de mediodía...

Por la tarde, en cuanto la gente acabó de comer, se armó el baile en la plazuela de la Santa y en las calles afluentes y en la carretera y en todas partes; baile universal, animado, vertiginoso, como yo no había visto nunca. La banda de música, traída de la capital de la provincia, se colocó en una elegante tribuna, construída al efecto á la entrada de la plazuela, y desde allí tocaba polkas y walses y rigodones y jotas, que bailaba democráticamente todo el mundo. Como la banda no podía estar tocando siempre, cuando concluía una pieza y se

paraba un rato á descansar, la gente bailarina se agarraba de manos, formaba corros y bailaba giraldillas para no perder tiempo.

Desde un balcón de la fonda contemplaba yo con mi madre aquel bullicio, aquella animación, aquel verdadero delirio, cuando aparecieron allí debajo la mejicana y las amigas que estaban con ella en la romería de Santa Marina, acompañadas de cuatro ó cinco pisaverdes, y se pusieron á bailar en la carretera tan campantes. Traía Payito el mismo traje de aldeana de la tarde anterior, con el cual me parecía cada vez más hermosa. Mi primer impulso fué bajar á hablarla... y á bailar con ella, porque una vez abajo, ya no habría más remedio que bailar; pero resistí un buen rato la tentación, recordando los propósitos formados la noche anterior al acostarme y renovados aquella misma mañana en la capilla, y pensando además que si bajaba y me ponía á bailar con Amparo y andaba toda la tarde alrededor de ella, lo cual, en dando el primer paso, era inevitable, me había de ver mi prima, y habiéndola yo negado tan en redondo y tan formalmente dos horas antes mi afición á la mejicana, iba á tener de mi formalidad, en lo sucesivo, una idea muy triste.

No: lo mejor era estar me allí con mi madre...

Pero yo no podía hacer lo mejor teniendo á la vista aquella mujer fascinadora, y no lo hice.

Con el pretexto de saludar á un discípulo á quien había distinguido entre el barullo, bajé á la carretera, y sin darme cuenta de lo que hacía, me encontré muy cerca de donde Amparo bailaba una polka con un joven santanderino. Cuando la música concluyó de tocar, Amparo y sus amigas y sus acompañantes formaron un corro muy reducido, pues no permitía otra cosa la grande aglomeración de gente, y bailaron giraldillas. Estuve un rato viéndolos desde afuera, hasta que una vez pasó Amparo por mi lado mirándome, y al hacerla un ceremonioso saludo, me dijo:

—¿Hoy no baila usted?

—De buena gana—la respondí;—pero casi no hay dónde.

—Yo le haré á usted sitio—dijo soltando la mano de otra señorita que iba á su derecha, y añadió mostrándome el espacio que entre las dos quedaba:—si le gusta á usted éste...

—Muchísimo—la dije,—y un millón de gracias... No hay otro que me guste tanto.

—Hay autores que no son de esa opinión.

—Pues yerran esos autores: créalo usted...

—Lo que yo creía hace un instante, viéndole á usted tan mustio entre tanta gente alegre y alborotada, era que le habrían prohibido á usted bailar.

—¡Qué ocurrencia!... ¡Ya ve usted que no!... ¿Quién había de prohibírmelo?

—¡Ah! eso usted sabrá si hay alguien que pueda...

—Nadie... No siendo usted...

—¿Yo?... ¡Pobre de mí!...

En esto la sacaron á bailar, cortándonos la conversación precisamente en los momentos en que iba tomando carácter peligroso.

Cuando Payito, después de bailar con el que la había sacado, se quedó dentro del corro, habló al oído con una de las amigas que le formaban, la cual inició en seguida este cantar, que cantaron con ella la misma Amparo y todos los demás que le sabían:

Amores he tenido,
Y amores tengo; (*Bis.*)
Y á ninguno he querido,
Y á tí te quiero. (*Bis.*)

Al mismo tiempo que cantaba de segunda vez muy recalcado el «á tí te quiero» abrió Payito graciosamente los brazos delante de mí en ademán de bailar, y haciendo con las yemas de los dedos ese sonido especial semejante al de las castañuelas,

me indicó que bailara. Así lo hice, trastornado de emoción, embriagado de gozo, loco de contento.

¿Era intencionado el cantar? ¿Se le había inspirado Payito á la amiga que empezó á cantarle? ¿Había sido para eso el cuchicheo con ella?... Indudablemete. A lo menos á mí me parecía muy claro.

Y excuso decirte que desde aquel instante se desvanecieron mis recientes propósitos de huir de la mejicana y de dedicarme exclusivamente á mi prima, de la cual no volví á acordarme en toda la tarde más que si no existiera ó si yo no la hubiera visto nunca.

Después de bailar muchas veces con Payito y de estar mucho á su lado en el corro, aunque sin haber vuelto á tener ocasión de hablarla tan á gusto como al principio, ya cerca del oscurecer se organizó la danza prima, y allá me metí á formar un anillo más en aquella inmensa solitaria que se extendía ondulosa por todas las calles de la villa, cogido de una mano de Amparo y de otra de una amiga suya, braceando y cantando como un asturiano auténtico:

¡La Magdalena!
¡Válgame nuestra señora,
Válgame la Magdalena!

V otras veces:

Con estas fiestas
Celebremos vuestro día
¡Oh bendita Magdalena!

Cuando iba siendo ya hora de cenar, ó hablándote con toda franqueza, cuando se retiró la mejicana, me retiré yo también á la fonda, y figúrate cómo me quedaría al encontrarme allí con mi prima, con la pobre Isabel, que desde poco después de haberme marchado yo había estado allí haciendo compañía á mi madre.

La hablé en el tono llano y afectuoso de siempre, y me contestó también muy cariñosa, pero algo triste. ¿Me habría estado viendo?... Me lo temí entonces: después lo supe de seguro. Y no sólo había estado viéndome bailar como un loco en mitad de la carretera con Payito y andar toda la tarde al lado de ella como cosido á pespunte, sino que la habían contado nuestro conocimiento y nuestra relación con todos sus pelos y señales, y aun con algunos más probablemente.

Como la casa donde se alojaba mi tía con sus hijos estaba fuera del centro de la villa, en la salida del poniente, la familia del Conde de la Riega, que vivía en la calle principal, cerca de la plaza, había enviado á buscar á mi prima para que viera desde allí el baile y la danza y todo el popular regocijo. Allí estaba, entre otras varias per-

sonas forasteras, un estudiante de Trascumbres, el cual, oyendo á una señorita preguntar quién era yo, empezó á darla explicaciones haciéndose muy enterado:

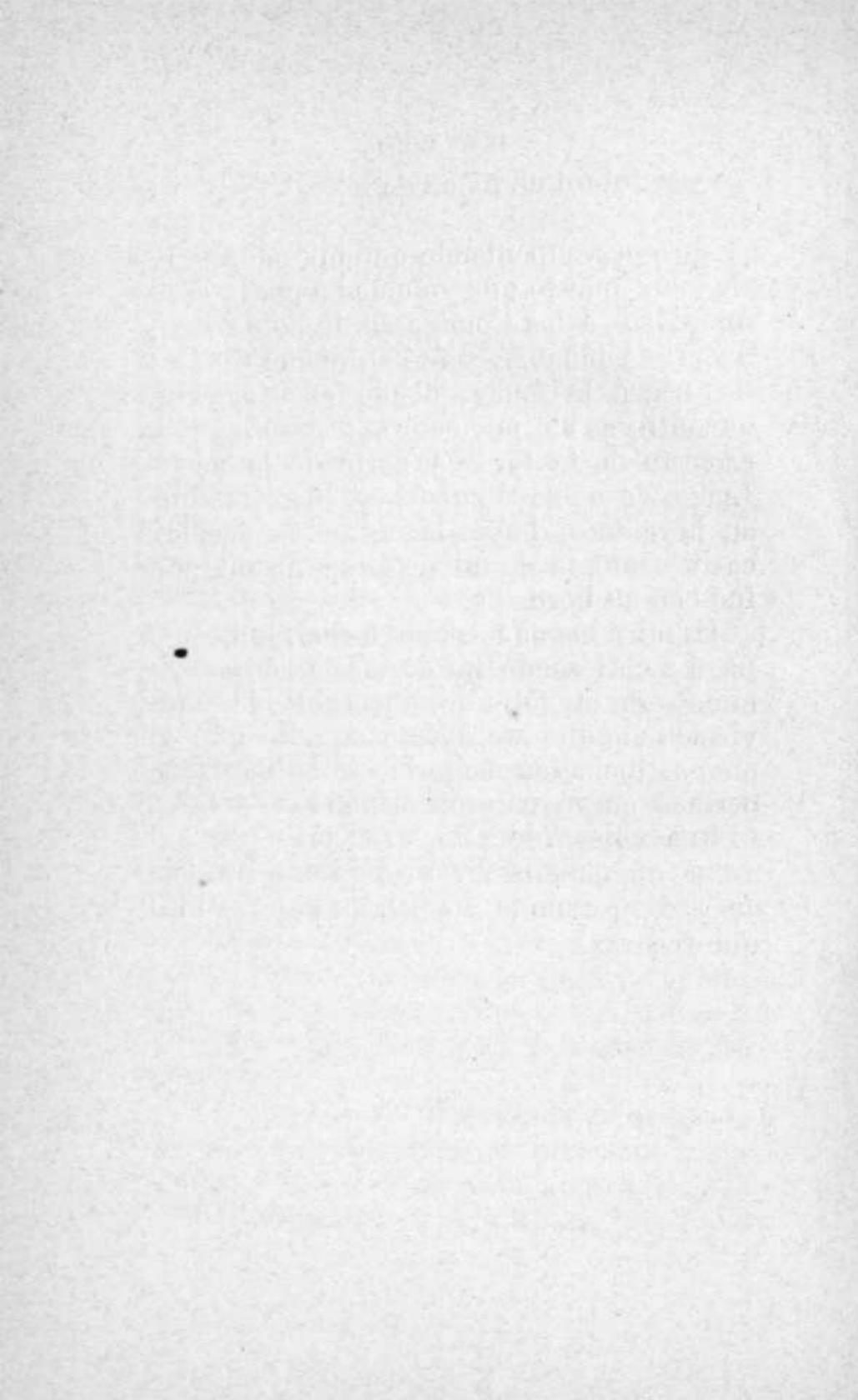
—¡Ah! ese joven es el Conde de Villamoros, que está ahí en La Blanca, en la fonda del Espinadal, con su madre. Le conozco mucho de Madrid. Su madre es una señora muy buena, una santa. Y él también es bueno. Ahora se ha enamorado perdidamente de esa señorita vestida de aldeana con quien acaba de bailar, que es una americana muy rica y muy guapa... Y ella creo que le corresponde... Se han conocido ahí en la playa, donde todos los días están de plática largos ratos antes y después de bañarse. Y aun durante el baño también, porque como los dos son buenos nadadores, se van allá muy adentro y vuelven hablando... El día de Santa Marina fueron á la romería de la Pruneda, y toda la tarde estuvieron bailando juntos... Y esta tarde, ya lo ve usted: ella le hizo sitio á su lado en el corro y no se separan... Según me han dicho unas parientas mías que la tratan á ella, parece que se casarán á la entrada del invierno...

Mi prima, que oyó desde el principio la relación del estudiante, se hizo la desentendida, como si no me conociera, para que aquél se expresara con libertad, y así fué

que se enteró de todo, de lo exacto y de lo añadido.

Después, suponiendo que mi madre estaría sola, puesto que yo andaba por la calle, manifestó á los Condes su deseo de irse á hacerla compañía, y fué el mismo Conde á llevarla á la fonda, donde efectivamente encontró sola á mi madre, y pasó con ella el resto de la tarde y parte de la noche. Luego de haber llegado yo, llegó también su hermano á buscarla. Isabel se despidió cariñosamente de mi madre y de mí, y se fué con su hermano.

Es muy buena la pobre Isabel, muy buena. La certeza de mi desvío, el descubrimiento de mi falta de sinceridad, la convicción de que era exacto aquello que yo me obstinaba en negarla, no habían despertado en su corazón bondadoso y dulce ni una chispa de odio, ni el más pequeño asomo de enemistad, ni siquiera un poco de despego: no la habían producido más que tristeza.



VII

MÁS DIVERSIONES

Para el día siguiente, que era domingo, había en el programa de las fiestas un número no fundido en los moldes usuales, un número de verdadera novedad, que no era música, ni baile, ni fuegos, ni nada de lo acostumbrado.

Ya te he dicho que cada una de aquellas Cofradías procura, cuando llegan sus fiestas, hacer que aventajen á todas las celebradas anteriormente, añadiendo alguna invención, algún detalle de sorpresa, algo que las otras Hermandades no hayan hecho, algo que allí no se haya visto.

Pues bien: la novedad ideada este año por los cofrades de la Magdalena, para que sus fiestas se distinguieran de las demás, era una comida á los pobres.

La cosa en sí, aparte de lo laudable que es siempre el ejercicio de la caridad, parecía que no había de ofrecer grandes atracti-

vos; pero la imaginación fecunda de los organizadores de las fiestas quiso rodear el acto de poesía, de delicadeza y de esplendor, de tal manera que resultara un espectáculo muy agradable.

La comida á los pobres se había de dar al aire libre, y había de ser servida por señoritas de la población, hijas de Hermanos, y algunas forasteras invitadas.

Cuando salimos de Misa mayor estaba ya formado en la plazuela con estacas y cordeles un amplio circuito, dentro del cual se habían colocado mesas cubiertas de manteles blanquísimos, coronadas de platos y vasos y ramos de flores, y rodeadas de sillas y taburetes. De las once y media á las doce fueron entrando en el circuito y ocupando asientos al redor de las mesas hasta casi un centenar de mendigos de ambos sexos y de todas edades, que de las aldeas vecinas y de más lejos habían acudido al olismo de las fiestas, pues en la villa casi no los hay.

A las doce en punto aparecieron ocho ó diez señoritas en traje de camareras, con sus anchos delantales blancos, y empezaron á repartir á los asombrados comensales tiernos panecillos que llevaban en azafates de mimbres.

De la casa donde se había compuesto la comida, que era la única que comunicaba

con el improvisado comedor, sacaron luego las cocineras unos grandes peroles de arroz y bacalao, de los cuales comenzaron dos señoritas á llenar platos, y otras á servirse-los á los pobres sentados á las mesas.

La parte de plazuela que había quedado fuera del circuito estaba cuajada de gente, que presenciaba complacida el espectáculo, igual que la muchísima que había arracimada en los balcones. Todo aquel numeroso público hacía benevolos comentarios sobre el suceso, y celebraba con murmullos continuos de simpatía y de cariñosa admiración la ligereza encantadora con que las bellas camareras cruzaban por entre las mesas con los platos encomulgados del bien oliente y sabroso manjar, y la amabilidad y el agrado y la solicitud cristiana con que trataban y servían á aquellos andrajosos.

Después de un buen rato, como á la mitad de la comida, lograron introducirse en el circuito algunos jóvenes y se pusieron á escanciar el vino. Entonces me introduje yo también, y como entre las camareras se hallaba mi prima, me acerqué luego á ella y la dije:

—Hoy es el primer día de mi vida en que siento no ser pobre de solemnidad.

—¿Que sientes no ser pobre?—me contestó Isabel.

—Sí, chica; con toda mi alma.

—¡Qué sentimiento tan raro! ¿Y para qué querías ser pobre?...

—Para que tú me dieras de comer como á esos miserables... afortunados.

—¡Bueno!... Sigues como ayer, tan de broma...

—No: es de verdad... Sólo porque le sirvieran á uno camareras como tú, con esas manos...

—Si es por eso, siéntate y te traeré en seguida tu ración de rancho: dicen que está bueno.

—Y aunque no lo esté; lo que es á mí me había de saber á mieles...

—No seas embustero, hombre... Como te sabría bien, sería servido por aquélla que está en el balcón de la esquina.

—¿Quién?... ¡Ah!... Pues mira, que me creas que me dejes de creer, no la había visto... no había mirado para allí ni una vez siquiera...

—¡Vamos! Mejor es no hablar de eso, porque me da pena oírte decir lo que no sientes... Antes eras mucho más formal...

—Si tú te empeñas en decir que ahora no lo soy...

—No; es que te empeñas tú en no serlo... Y sin necesidad, porque conmigo cumplido tienes, y no sé por qué habías de fingir...

—¡Si no finjo nada!...

—Más te agradecería que fueras franco y sincero conmigo y me lo contaras todo, diciéndome: «Pues sí, es verdad, Isabel, es verdad: estoy enamorado de esa señorita, y ella también me quiere, y nos vamos á casar en el otoño, á la entrada del invierno...»

—¿Pero cómo te he de decir yo eso, criatura, si no es verdad? ¿Cómo te he de contar yo esos desatinos, que no son más que desatinos sin fundamento... cosas que tú inventas?...

—¿Yo?... ¡Jesús, María! ¿Cómo había de inventar yo esas cosas?... ¿Ni para qué?...

—Para hacerme burla.

—Nunca he pensado en eso, Alvaro. Y de todas maneras, te aseguro que nada de lo dicho he tenido necesidad de inventar. Porque con las mismas palabras lo he oído referir, no hace todavía veinticuatro horas, á persona que parecía muy bien informada por otras allegadas á ella...

—Eso no puede ser.

—No sé si podrá ser, pero es.

—¿Y no me quieres decir quién es esa persona?...

—Si tienes empeño en que te lo diga...

Y como yo insistiera formalmente en mi deseo de averiguar á quién había oído todo aquello de mis relaciones con la mejicana y del casamiento en el otoño, me contó Isabel con todos los pormenores lo ocurrido en

casa del Conde de la Riega, y me repitió el relato del estudiante, palabra por palabra.

Se lo negué todo terminantemente, es decir, todo lo grave, todo lo de importancia, confesándola en cambio, para parecer más sincero y más digno de ser creído, que, en efecto, me había llamado la atención la mejicana cuando se presentó en la playa la primera vez, y la había mirado mucho aquellos días; pero que no había pasado la cosa de ahí, de un poco de oseo sin consecuencias.

Quise además reforzar la negativa y darla mayor credibilidad haciendo á mi prima protestas de amor, no del todo claras y explícitas, pues por lo pronto no me atreví á tanto, pero bien transparentes; diciéndola que ya sabía que la mejicana no era mi tipo; que ya conocía perfectamente cuál era mi ideal de mujer; que muchas veces la había dicho qué cualidades quería yo en la mujer para enamorarme (cualidades que eran las propias suyas); que ya estaba enamorado, aunque sin decírselo, de una mujer que las reunía todas, y no pensaba cambiar en este punto..., etc. Todo para darla á entender que ella era mi bello ideal, mi aspiración invariable y perpetua; pero todo en vano. Isabel se había llegado á convencer de que Payito me tenía fascinado, y no se desconvencía fácilmente...

Terminaba la comida de los pobres á eso de la una entre el aplauso general, pues todo el mundo quedaba muy complacido y satisfecho de la fiesta, especialmente los mismos pobres, como puedes suponerte.

Aunque muy poco menor que la satisfacción de éstos, vendría á ser la de los cofrades directores, por lo brillante que había resultado el acto aquél de su invención é iniciativa, el cual ya esperaban que había de ser repetido por una y otra Hermandad, hasta que llegara á quedar como detalle obligatorio de todas las fiestas análogas aquella hermosa obra de misericordia.

Y luego, como quiera que el ver comer á los pobres con buen apetito, seguramente no habría saciado el de los que miraban, sino que se le habría despertado un poco, siendo ya la hora ordinaria de la comida, fué desfilando la concurrencia.

Por la tarde se corrían cintas en velocípedo y á caballo, función que también prometía estar muy animada. En medio de la carretera, en la salida del Poniente, que era el sitio elegido, se había colocado una especie de bastidor formado por dos postes de unas cuatro varas de altura y dos travesaños, uno como á la mitad y otro á lo cimero. De estos dos travesaños pendían las cintas enrolladas á unos cilindros huecos, por cuya cavidad interior de poco más

de una pulgada de diámetro había de entrar el badil ó punzón para cogerlas. En la orilla del camino frente al bastidor, y arriada á la cerca de un jardín, se había construído una tribuna para el jurado, que se compondría de señoritas para dar á la diversión más atractivo.

El mismo público que había presenciado por la mañana el banquete dado á los menesterosos, llenaba por la tarde todos los alrededores del nuevo escenario, las orillas de la carretera, los balcones de las casas contiguas y algunos andamios, no muy seguros, apoyados de cualquier modo contra la cerca susodicha.

A las cuatro, mientras estallaban en el aire media docena de cohetes como para anunciar que daba principio la función, subía el jurado femenino á la preparada tribuna, siendo saludado por una salva de palmadas. Nueve preciosas jóvenes tomaron asiento en la delantera de la plataforma, colocándose luego á retaguardia varios individuos del sexo fuerte, que parecían ser los consultores técnicos para los casos de duda.

En seguida comenzaron los ciclistas á correr por la carretera y á pasar y repasar disparados por debajo del bastidor, badil en ristre, tratando de enganchar alguna de las cintas que colgaban del travesaño baje-

ro, que eran las que estaban á su alcance. La operación era, por lo que se vió, más difícil de lo que parecía, de modo que esta primera mitad de la fiesta duró mucho, y la faena de las bicicletas resultó pesada y aburridora; creo que para todos, pero especialmente para mí, por la cordial antipatía que profeso al chisme y á sus cultivadores, los cuales me parecen igualmente cándidos, aunque mucho menos inofensivos, que los pescadores de caña.

Como casi todos los corredores eran rapazuelos, se les trataba con poca consideración regularmente. Cuando alguno acertaba á introducir el punzón por el centro del rolo y sacaba una cinta, sonaban escasas voces de alabanza y no muy fervorosos aplausos; pero, en cambio, cuando alguno rodaba por el suelo, cosa que sucedía con frecuencia, estallaba en universal, franca y estrepitosa carcajada la maligna hilaridad del público.

Presenciábamos la fiesta mi madre y yo desde la casa donde se hospedaban mi tía y sus hijos, que era, como te he dicho, una de las de aquella barriada exterior, y estaba casi enfrente de la tribuna. Ocupaba yo con mi primo el balcón último de la izquierda, que correspondía á un gabinete; en el del medio, que era el de la sala, estaba mi madre entre mi tía y mi prima, y en

el del gabinete de la derecha los dueños de la casa. En la misma lancera, más hacia el Poniente, había un suntuoso palacio de unos indianos, en uno de cuyos balcones, en el más próximo al nuestro, estaba Amparo Cortina con la indiana y con otra señora. De manera que colocado yo allí entre Payito é Isabel, ardía entre dos luces, como suele decirse, sin atreverme á mirar ni á un lado ni á otro. Hablaba con mi primo de cosas varias; pasábamos revista fisonómica á las niñas del jurado, analizando sus facciones y sus rasgos más salientes, buscándolas parecidos entre nuestros conocimientos de por acá... todo sin perjuicio de soltar el trapo á reir cuando un ciclista perdía el equilibrio y hacía la triste figura.

En esto llegaron allí, á la casa, á ver la función unas señoras amigas de los dueños, y teniendo Isabel que ceder á una de ellas el sitio que ocupaba al lado de mi madre, se fué al balcón del gabinete donde estábamos nosotros.

—Si no hago daño con venirme aquí...
—entró diciendo.

—De ninguna manera,—la respondí yo.

—¿Por qué nos has de hacer daño?—la dijo su hermano.

—Tú que sabes, bobo—le replicó ella.—
¿No ves que está la novia de Alvaro ahí en ese balcón de más allá y puede disgustarse

de verme á su lado si acaso no sabe que somos primos?... Entérala pronto, ¿eh?—añadió dirigiéndose á mí:—entérala pronto de eso para que no me tenga rabia, porque esta mañana ya me pareció que me miraba así... si no con malos ojos, que eso no puede ser, porque los tiene muy bonitos, á lo menos con un poco de ceño...

—¡Pero qué bromista te has vuelto, Isabel!—la dije.—Antes no eras así... ¿Qué la ha pasado á tu hermana—le dije á Pepe—que parece que la han cambiado?... ¡Era siempre tan amable... y ahora se ha hecho tan maliciosa y tan cruel, que se está divirtiéndome á mi costa de la manera más despiadada desde que vine!...

—¡Dí que... sí! ¡Divirtiéndome á su costa!... El sí que se quiere divertir á costa nuestra, negándonos lo que es ya público y notorio...

A todo esto, Payito, haciendo como que atendía con interés á la fatigosa maniobra de las bicicletas, nos echaba de soslayo una mirada cada medio minuto... Y yo, sufriendo una verdadera indagatoria, ó más bien una confesión con cargos de parte de Isabel, procuraba mezclar á su hermano en la conversación y accionar contra él con viveza, á fin de aparentar que de él y mío exclusivamente era el asunto de que hablábamos.

Cuando uno de los chavalillos de las bicicletas acertó á coger la última cinta y acabó así la primera parte del espectáculo, cosa que iba ya pareciendo inverosímil, unos carpinteros quitaron el travesaño inferior serrándole los espigos, y quedó sólo el de arriba con las cintas destinadas á los de á caballo, los cuales entraron al momento en funciones.

Eran ya todos señoritos formales, y se presentaron, por lo general, bien montados, de modo que esta segunda parte, contra lo que afirma el conocido aforismo, fué mejor y más interesante que la primera.

Como no hay función sin tarasca, según dice otro adagio, tampoco podía faltar en ésta, y de que no faltara se encargó aquel joven santanderino que solía bailar con Amparo muchas veces, y que estaba ya en la romería de la Pruneda, llamado Juan Celorio, aunque por allí le llamaban Juan Tenorio, porque era un rompe-corazones de esos que se les figura que con mirar una sola vez á una mujer la tienen ya vuelto el juicio. Presentóse aquella tarde echándose las de calaverón y haciendo recordar á aquel romántico joven

de alma gastada y botas de charol,

de que habla Espronceda, porque efectiva-

mente, traía unas botas de charol muy altas, ya á más de media usa, y también aparentaba tener el alma gastada, aún más gastada que las botas.

Montaba un semi-rocín de poca alzada, pelicano y flacucho, que además debía de estar amatado, porque se resentía de uno de los costillares. Pero, eso sí, lucía una montura mejicana muy lujosa, con hebillaje y estribos de plata y con una gran asa del mismo metal en el borren delantero. El caballo, al sentir la espuela, sacaba un paso raro y contorcido, que parecía que se iba á desurdir, y el jinete, no sé si por efecto de aquella trepidación extraña, ó por su mal pulso, jamás acertó á dirigir el badil de modo que entrara por el agujero de un carrete y se llevara la cinta por delante.

Regularmente el que tenía la habilidad ó la fortuna de coger una de aquellas cintas anchas y lujosas que decían en un letrero bordado á mano: *Recuerdo de las fiestas de la Magdalena*, iba á regalársela á alguna de las señoritas que formaban el jurado, ó á alguna otra de las que presenciaban la fiesta desde los balcones, siempre entre los aplausos de la concurrencia.

El buen Tenorio había estado hablando con Payito desde abajo al comenzar la función, y se había despedido diciéndola: «La primera cinta que alcance será para usted,

si usted tiene la amabilidad de aceptarla.» Pero le pasó al infeliz lo que le suele pasar al cazador que vende el pájaro antes de cazarle. Espoleando sin cesar al jaquillo y espoleando él por el deseo de lucirse y de cumplir su oferta, menudeaba las carreras de tal modo, que no daba la ida por la venida; mas á pesar de su afán desapoderado de ofrecer á la bella americana una cinta, no pudo ofrecerla más que un batacazo, un revolcón tremendo.

Porque una vez, al ir á pasar corriendo por debajo del bastidor, por poner todo su entendimiento, que no debía de ser mucho, en dirigir bien el badil, abandonó las riendas, y el caballín, que era flojo de remos, al sentirse de pronto sin ayuda, dobló las rodillas echando por las orejas al jinete, que, después de rodar un trecho por la carretera, se levantó revocado de polvo y saludado con estrepitosas carcajadas.

No se desanimó por eso el hombre. Volvió á montar y continuó tan terne, haciendo tentativas con no mejor estrella que antes; viéndose obligado á presenciar, para colmo de su desgracia, cómo el hijo de los indianos, en cuya casa estaba Payito, ganaba en el certamen y la ofrecía una hermosa cinta verde...

Al oscurecer, en cuanto se encendió la iluminación, comenzaron las jóvenes del

bando de la Magdalena á cantar el ofrecimiento del ramo. Este canto, con acompañamiento de panderetas, en dos coros, repitiendo el segundo la letra del primero, se asemejaba mucho al de la traída del mayo, por lo cual ya no ofrecía novedad.

Tras de la ceremonia del ofrecimiento del ramo se quemaban los fuegos artificiales, que eran muy vistosos y de mucho ruido, con lo cual huelga ya decir que la gente estuvo en sus glorias, coreando los españoles finales de cada rueda con exclamaciones prolongadas.

Acabó la función de los fuegos como acababan allí todas, en baile; pero no tomé parte en él; resistí á la tentación como un héroe. Había dejado á mi madre en la fonda, al volver de la fiesta de las cintas, ofreciéndola venir pronto á cenar, y así lo hice: en cuanto españó la última bomba, me escurrí por entre la gente y me volví á casa. Después de la cena estuve con mi madre en el balcón observando tranquilamente el movimiento y el jaleo de abajo.

Aquella noche ví por primera vez bailar el *pericote*, baile especial del país, tan gracioso como complicado y difícil. Cada bailarador tiene dos bailadoras, es decir, que cada hombre baila con dos mujeres á un tiempo, de lo cual viene el nombre de *baile de tres* con que también es conocido, y aun

acaso el de *pericote*, por considerar al bailarador como Perico entre ellas. Tiene el baile dos partes. En la primera, las mujeres bailan hacia atrás y hacia adelante; pero no yendo y volviendo por el mismo sitio, sino describiendo un círculo, ó más bien una elipse, mientras los hombres corren por delante de la fila de mujeres dando saltos uniformemente repetidos. La segunda parte es una cadena en la que el bailarador tiene que girar por entre sus dos bailadoras, que giran también, dejando pasar alternativamente á una por la derecha y á otra por la izquierda, todo con grandísima rapidez, de manera que hace un efecto fantástico.

La mujer que toca el pandero, ó la pandereta, pues el antiguo pandero cuadrado ya apenas se usa, en vez de cantar, como para el baile ordinario, cantares diversos alusivos á los bailaradores y sin trabazón entre sí, canta un romance de esos muy conocidos, que vulgarmente se llaman *coplas*, de asunto profano ó religioso, según cae, pues en aquella misma noche oí cantar primero el famoso romance de *Espinela* que comienza con esta estrofa al-tisonante:

«El sol detenga sus rayos
Y la luna su luz bella,
Tiembren los cuatro elementos,
Estremézcase la tierra,»

y es una relación de venganzas y crímenes horrendos, y luego la graciosa *disputa del tres y el cuatro*, y después el idilio lleno de mística ternura titulado *La enamorada de Cristo...*

A lo último el señorío bailó una jota, á cuyo compás se me hacían los pies agua, pues siempre he sido aficionado á ese baile; pero reflexioné que debía sobreponerme á aquella inclinación de frivolidad, y permanecí firme.

VIII

DONDE SE ACABA EL JOLGORIO

Por el correo de Madrid llegado aquella noche y repartido á otro día por la mañana, recibió mi madre una carta que la dió mucha pena.

El portero de una casa que tenemos en la calle de Relatores se había suicidado. El administrador, para que no nos sorprendiera la noticia en los periódicos, que suponía que la habían de publicar, se había apresurado á comunicárnosla. Y efectivamente, después vimos que los periódicos llegados en el mismo correo contaban ya el caso con gran lujo de pormenores y con todos sus antecedentes y consiguientes.

Mi madre se afligió muchísimo, principalmente con el pensamiento de la desgracia eterna del suicida, y además figurándose el disgusto que les habría causado á los inquilinos la repugnante escena, disgusto

de que la echarían á ella la culpa por tener en la finca tales empleados.

Yo lo sentía también por ver á mi madre afligida, y porque precisamente había sido yo la causa de que se le diera la portería á aquel animalejo cuatro años antes.

Unos amigos, socios del *Veloz*, de donde él era dependiente, me le habían recomendado mucho diciéndome que era muy honrado. Sabía yo que era de avanzadas ideas, que asistía á todos los *meetings* revolucionarios y á todas las asambleas republicanas; pero había oído repetir tantas veces, aun á personas que parecían buenas, eso de que las ideas políticas son independientes y no tienen nada que ver con la vida privada de cada uno, y lo de que se puede ser muy liberal y muy honrado, etc., etc., que lo había ido creyendo, y pagué mi correspondiente tributo á esa tontería engañosa... Y es claro: la honradez del portero resultó parecida á la que diariamente pregonan por ahí los periódicos de éste ó del otro personaje liberal empinado; honradez que, si se va á ver despacio, suele reducirse á no haber parido...

Pero fuera de ahí... El que no ha cometido fechorías ignominiosas, está, por punto general, dispuesto á cometerlas cuando caiga. Comienzan por quebrantar el sexto mandamiento de la ley de Dios con la mis-

ma tranquilidad que si no estuviera en el Decálogo. Todo liberal convencido se echa una manceba por lo menos. ¿Quién que no tenga fe cristiana se sujeta á vivir honestamente? Después de infringir el sexto mandamiento, de lo cual ellos mismos hacen á todas horas gala y alarde... del sexto al séptimo no hay más que un paso, y le dan casi todos. Para sostener los dobles gastos de la manceba y de la mujer legítima, meten la uña donde pueden, vamos, que roban al Estado si tienen ocasión, y si no al particular, á quien cae... y siguen siendo honrados unos para otros, porque no matan. Después llegan también á matar algunas veces... y siguen siendo honrados todavía...

Hoy, gracias á Dios, estoy bien curado de eufemismos y de vigibiellos, y me pasa lo que á tí: apenas creo en la honradez de ningún liberal calificado, como no sea que se trate de algún tonto de capirote, ni me fío dos dedos de ningún descreído.

El antiguo buen sentido cristiano de la gente del pueblo, acertó á expresar este pensamiento de una manera pintoresca y gráfica. Cuando uno tiene que pasar por detrás de una caballería, lo hace con recelo y precaución, no sea que le suelte un par de coces.

—No tenga usted miedo, que no se mueve,—suele decir el dueño.

Y el otro replica:

—No hay que fiar de esta gente que no se confiesa.

Es una expresión muy hermosa que encierra una verdad indudable. Quien no tiene freno de conciencia, se entregará á los goces carnales, si se lo pide el apetito, y robará para gozar á gusto, y matará, si es preciso, para robar y gozar sin estorbos. El descreído que no es criminal es porque tiene miedo á la ley ó porque no tiene entendimiento...

El portero de nuestra casa era hijo de una familia cristiana de tierra de Segovia. Pero le tocó la suerte de soldado, y en el cuartel, donde lo primero que enseñan á los quintos es á blasfemar, comenzó á pervertirse. Luego fué asistente de un oficial vicioso y malo; y viendo que su amo, de quien él naturalmente creía que sabía más que él, no iba á misa ni se confesaba, no lo hacía él tampoco, y abandonó por entero las prácticas religiosas, viviendo como una bestiecilla cualquiera.

Después fué voluntario de la libertad en la época revolucionaria del 68, y adquirió, frecuentando el trato de liberales exaltados, odio á la religión y á los curas...

Se casó cuando le gustó una mujer cuya posesión no pudo lograr sin casarse. Tuvo hijos... Andando el tiempo, no le gustaba

ya su mujer, y se echó una amiga... No pudiendo sostener con los moderados emolumentos de su empleo los gastos de las dos familias, y no siéndole fácil robar, porque no tenía dónde, dió en dar sablazos y se llenó de trampas; y cuando la esgrima no le daba resultado, andaba siempre á tres menos sesenta. Y como donde no hay harina todo es mohina, en ambas casas tenía disgustos. La amiga le pedía sin cesar, y si no la daba, le ponía cara de hereje. La mujer, que no sabía qué se hacía el dinero, trataba de ajustarle las cuentas y tenían una reyerta diaria. En una de éstas se pegó un tiro. Fin desastroso, pero natural, de quien no cree que hay otra vida.

Porque realmente, si no hubiera más vida que ésta tan triste y tan llena de sinsabores; si con la muerte acabara todo, como dicen los materialistas; si no hubiera después de la muerte juicio de Dios, ni premio eterno, ni eterno castigo, ¿quién no hacía otro tanto? ¿Quién, que no fuera un tonto solemne, se estaría en este mundo un año y otro pasando penalidades?... Tengo para mí que los incrédulos que, no yéndoles bien por acá, no se matan, es porque no son incrédulos del todo... Vamos, que en cuanto á la no existencia de vida futura, no las tienen todas consigo...

Después que nos desayunamos fui á Mi-

sa con mi madre, que no podía la pobre echar de la memoria al infeliz suicida, y me encargó mucho que rezara por él, por si acaso había tenido un momento de contrición y estaba en el Purgatorio. Al acabarse la Misa, que empezaba cuando llegamos, me llamó y me dijo en voz baja que ella iba á oír otra, que no la esperara, y me salí dejándola en la iglesia.

Para aquel día, que era ya el tercero y último de las fiestas, había anunciado lo primero un desafío á los bolos que se había de jugar por la mañana, de nueve á doce, en la Vega de la Cancilla. Formarían el partido diez jugadores de Asturias contra otros diez de Santander, y se había de jugar *una limonada* (vino, un poco aguado, con azúcar y limón) que pagarían los que perdieran, en cantidad suficiente para convidar á cuantos acudiesen á presenciarlo, hasta diez cántaras, á cántara cada perdedioso, si era preciso. Entre los diez santederanos se hallaba mi condiscípulo Luis de la Salceda, del Valle de Cillorigo, aquél á quien había yo bajado á saludar en la plaza el día de la Magdalena, muchacho rico y elegante y buen jugador, de buen brazo y buen pulso. Le había visto jugar el año pasado aquí en Madrid en una vaquería del barrio de Salamanca con otros amigos y paisanos, y me gustaba mucho ver el

desembarazo y buen aire con que tiraba la bola, lo bien que la borneaba ó la daba el efecto al despedirla de la mano para que al sentar en el suelo le tomara, describiera la anhelada curva y se fuera hacia el premio, ó *ahorcara*, que es como en el juego se dice.

Por ver jugar otra vez al amigo Salceda, y aun acaso sin esta circunstancia, porque me gusta el noble y aristocrático juego leonés, ejercicio viril y templado, mucho más artístico, menos violento y más saludable que el de la pelota, tenía yo intención de asistir al partido de bolos, y cuando salí de Misa me fuí hacia la bolera.

Por la hora en que se verificaba y por la naturaleza misma del espectáculo, creía yo que éste iba á ser completamente tranquilo y presenciado sólo por aficionados; pero me equivocaba... Verdad es que al comenzar el juego no había en la bolera más que hombres; pero no tardó en tener también representación allí el bello sexo en varios grupos de señoritas que iban llegando y de primera intención se sentaban, para ver jugar, en taburetes y banquillos que atentos galanes las traían de la cantina próxima. Después comenzaron á pasearse en bandadas por la campera, bajo la sombra de los castaños y los tilos, y, por último... la juventud de la Festosa ya es sabido que

todo lo convierte en baile... se agarraron de manos y se pusieron á bailar giraldillas. Luego fué acudiendo el elemento popular, sonó la pandera, y hubo *Pericote* largo y tendido.

Agradablemente aprisionado por el interés que desde el principio me inspiraba la marcha del juego, y temeroso por otra parte de los apuros que tendría que pasar en el baile, donde me figuraba que estarían Payito é Isabel, aunque á ésta no la había visto llegar, no me moví de la bolera en toda la mañana.

Cuando se concluyó el partido, que fué muy disputado hasta el fin, y que perdieron los astures, ó porque los otros jugaban mejor, ó porque ellos estaban en su tierra y les obligó la cortesía á dejarse ganar, no pareciéndoles corriente que págaran los forasteros, se arremolinó la gente á felicitar á los vencedores y á dar el último ataque á la limonada ó á la sangría, que también se llama así, que por cierto estaba muy buena, y que desde primera hora se escanciaba por allí á todo el mundo con largueza muy parecida al despilfarro.

Bien se notaban los efectos de semejante largueza en algunos individuos que habían menudeado las libaciones. Allí estaba en un corrillo bebiendo todavía y diciendo chistes, con una mona que no le dejaba lamer-

se, un tal Canor Tama, estudiante de teología degenerado en secretario de Ayuntamiento, quien al distinguir junto á mí á Salceda, con el cual había estudiado latín, comenzó á llamarle á voces, diciendo:

—¡Eh, compañero, ven acá, ven á darme la razón!... Aquí está mi compañero que lo ha estudiado como yo... y que no me dejará mentir... ¿No es verdad—añadía con el vaso en la mano—que de esto hizo Dios al hombre?...

Y recitaba con mucha solemnidad aquella célebre octava real que, como ejemplo de sofisma ó de argumentación viciosa, compuso en el aula *in illo tempore* un amigo mío á quien tú conoces bien y la publicó luego en un almanaque:

Dios hizo al hombre, y porque nadie yerre
 Creyendo que le hizo de la tierra,
 Un silogismo formaré que encierre
 La verdad pura. Si Moisés no yerra,
 El cuerpo le hizo Dios de LIMO *terra*,
 Y *ex nihilo* el alma que este cuerpo encierra:
 Atqui este *nihilo* en castellano ES NADA,
 Ergo homo factus est de LIMO-NADA.

Y la gente se reía escuchándole, y él estaba en sus glorias.

En el desfile general hacia la villa me encontré con mi primo, que me dijo que su hermana estaba malucha y al salir él de casa todavía no se había levantado.

Comencé con esto á pensar si el mal de Isabel sería efecto de los disgustos que yo la había hecho pasar aquellos días, y tanto me preocupaba esta idea durante la comida, que lo notó mi madre y me preguntó qué tenía y por qué estaba tan pensativo...

Discurría yo algo que contestarla para salir del paso, cuando ella misma me sacó del apuro añadiendo:

—Si es por la desgracia del portero, ya ves, hijo mío, que nosotros no lo hemos podido remediar... ¡Dios haya tenido misericordia de él!... Nosotros no le hemos tenido la culpa, ni podemos hacer más que rogar por su alma, por si acaso está en situación de que la aprovechen las oraciones, lo cual desgraciadamente no es muy de presumir...

No la saqué de su error de que la noticia del suicidio fuera lo que me tenía triste y taciturno (¡Dios me perdone aquella especie de mentira silenciosa!), porque no me atreví á declararla el verdadero motivo de mi preocupación, ni menos á hacerla entender que era otro, sin decirle cuál, con lo que seguramente se hubiera alarmado creyendo que me pasaba algo muy grave... Así se daba el caso anómalo de que mi pobre madre, que estaba realmente afligida por el triste fin de aquel bárbaro, viniera á

hacerme reflexiones y á consolarme á mí, que apenas me acordaba ya de él...

Aquella tarde había regatas, no en la ría como otras veces, sino en el mar. Se adjudicaría el premio al bote que, tripulado por una sola persona, hiciese á vela en menos tiempo la carrera hasta determinado punto del mar y la vuelta á la playa. De modo que lo que en realidad se iba á premiar era la destreza en colocar las velas.

Había pensado yo perdonar aquella función, á la que, por otra parte, nadie expresamente me había convidado, si bien los forasteros estábamos convidados á todo; pero después de comer llegó por la fonda Salceda á buscarme para que fuéramos á ver salir los botes, y animándome también mi madre en su deseo de que esparciera la tristeza ó la preocupación, salí con él y nos dirigimos hacia la ría.

Estábamos los dos en la punta del muelle cuando salía muy llena de gente la lancha grande de la Comandancia del puerto, y el que iba haciendo de patrón, que era el *Abad* ó el Hermano mayor de la Cofradía, mandó alzar los remos y atracar á una escalerilla de piedra invitándonos á bajar á bordo. Nos resistimos á las primeras instancias; pero tanto insistió, y con tales muestras de sinceridad, que no tuvimos más remedio que embarcarnos.

Iba allí, en hombres y mujeres, todo lo más florido de la Hermandad y de sus alrededores. A la parte de popa, en un reducido cuadrilátero, formado de banquetas pintadas de blanco y azul, iba un precioso grupo de aldeanas falsificadas, entre las que se veía á Payito radiante de hermosura. Hacia allí nos llevó el Hermano mayor á Salceda y á mí, sin apartarse de nosotros hasta que nos dejó bien colocados.

Llevábamos á remolque de la lancha un botecillo con una banderola izada en la proa, sin más cargamento que un lío de muchas brazas de cordel y una piedra larguiteña bastante grande. Pregunté el objeto de aquellos aparatos, y me enteré de que íbamos á dejar aquel bote fondeado en *alta mar* para que sirviera de rumbo y de término á la carrera de los otros que se iban á disputar el premio, los cuales, después que nosotros volviéramos á la bahía, tenían que ir saliendo por delante de la proa de nuestra lancha, llegar al bote fondeado y rodearle, entrando por babor, virando en redondo, y volviendo por estribor hacia el puerto á pasar otra vez por nuestra proa. La piedra había de hacer de áncora, y el cordel era para amarrarla al echarla al fondo, atando luego al bote la otra punta.

Estaba la mar un poco rizada, pues corría un Nordeste muy vivo, de manera que

la lancha tenía bastante movimiento, y en cuanto salimos de la barra comenzó la gente á marearse. Decíanos el amable y espléndido patrón que para ahuyentar el mareo no había mejor cosa que comer y beber de firme, y comenzó á desempaquetar provisiones que llevaba en tal abundancia como si fuéramos á hacer un viaje al Polo. Fiambres variados, galletas de diferentes clases, dulces secos, latas de conservas exquisitas, botellas de cerveza, de Jerez, de Cognac, en fin, sólidos y líquidos para todos los gustos con una profusión tentadora.

Las señoritas del cuadrilátero de popa, donde íbamos también nosotros, daban la preferencia en el comestible á los emparejados y á las galletas, de que hicieron regular consumo. En la bebida se inclinaron todas al Jerez, sin duda porque era lo que mejor sabía, y se metieron por él tan incautamente, que todas se fueron alegrando con una alegría que tocaba en las lindes de la borrachera. La mejicana, que fué de las que se alegraron más, se puso muy expansiva y muy mona, y dió en hablarme con tanta llaneza y confianza, que si dura mucho la navegación, hubiéramos concluído tuteándonos. Estaba yo más cerca del depósito de los comestibles, que era un gran periódico de América extendido sobre las

tablas, y á cada paso me pedía cosas con encantador desenfado:

—Deme usted otro poco de pollo... Deme usted otro emparedado... Deme usted una galleta, hombre, que no me hace usted caso... Acérqueme usted el Jerez, que hace ya un siglo que no he bebido... no me cuida usted nada...

—¡Pues si no pienso en otra cosa, alma mía!...

—Pues poco se conoce, porque siempre tengo que estar pidiendo...

—Bueno: yo procuraré que no tenga usted que pedir... Pero no sé si acertaré con su gusto...

—No, eso no—me dijo luego al darla un trozo de lengua:—eso para usted, hijo, que habla usted muy poco. Las mujeres no necesitamos esa comida; y yo menos, que soy una urraca...

Se había quedado distraída con la botella del Jerez en la mano, echando un discurso en elogio del mar; y queriendo yo pedírsela para que las otras señoritas bebieran, la dije:

—Hágame usted el favor, Amparo... ó *Payito*, si se me permite llamarla á usted por este nombre dulce y cariñoso que la dan las personas de su mayor agrado...

—Ese nombre—me dijo alargándome la botella,—creo que me lo dí yo misma, ¿sabe?... De chiquitina, cuando empezaba á

hablar, me preguntaban cómo me llamaba, y como no sabía decir Amparo ni Amparito, decía *Payo* y *Payito*. De entonces me ha quedado, y por él me llaman todavía la familia y los amigos íntimos; en fin, todos los que me quieren... Y también usted puede llamarme así, aunque no me quiera: por gracia especial.

—No: siendo como usted dice, no será por gracia especial, sino por derecho propio. Si pueden llamarla á usted *Payito* los que la quieren, nadie con mejor derecho que yo, porque nadie la quiere á usted tanto...

—Como usted guste; ya sé que todo esto es una broma...

—¡Ah! no; no es broma. Crea usted, *Payito*...

—No siga usted, Alvaro; no estoy ahora para creer nada... ¿Sabe usted lo único que puedo creer?... Que estoy algo peripitusa... vamos... medio chispa... Se me anda todo así... así...—Y hacía círculos con el índice de la mano derecha vuelta hacia abajo...

—Será que empieza usted á marearse...

—No; no me mareo nunca... Es el mareo del Jerez, bien lo conozco. He bebido mucho, ¿verdad?...

—No... no ha bebido usted mucho... Ha bebido usted lo necesario para estar más animada y... más hermosa que nunca...

—¿Sí, de veras? ¿Me encuentra usted bien así... borracha?... Me alegro... Es cosa de beber otro poco. Deme usted la botella...

A todo esto, el mareo continuaba haciendo víctimas de uno y de otro sexo, y á cada bordada se declaraba vencido alguno de los atacados, que, con más ó menos disimulo, con más ó menos remilgos estéticos, cambiaba la peseta, como suele decirse. Cuando esto sucedía, me miraba Payito con los ojos alegres de la borrachera, y me decía á media voz: «uno más,» ó «una más,» y luego gritaba dirigiéndose al patrón: «¡Eh, capitán! ¡Hombre al agua!»

De cuatro á cinco millas, ó como cosa de legua y media habríamos andado mar adentro, cuando, á una voz del patrón, cayó la cía y engurriada la vela, y quedamos parados. Saltó de la lancha al bote un remero viejo, ató la piedra, la echó al mar, y fué dándola cuerda hasta que llegó al fondo, en lo cual tardó un rato.

—¡Qué hondura!—dijo mostrando el escaso cordel que sobraba.—¡Doscientas brazas eran...!

Y amarrando aquel cordel á la proa del bote y soltando el cabo de amarre á la lancha, se quedó allí solo, sentado al pie de la bandera encarnada y amarilla, que el viento azotaba con furia.

En aquellos momentos en que la lancha

estuvo sin andar, el movimiento de las olas se hizo mucho más desapacible, y los mareos se acentuaron de un modo alarmante; como que se mareó hasta el oficial de Marina que desempeñaba las funciones de capitán del puerto. Verdad es que entre nuestros marinos diz que los hay que apenas se han embarcado y que se marean tan fácilmente como las señoras.

Al hacer luego la maniobra de cambiar el aparejo é izar de nuevo la vela para volver, como la mar estaba cada vez más cabreada, una ola atrevida se asomó por estribor al corrillo de popa y nos respingó á todos. El remojón fué bueno, y mayor fué el susto; pero uno y otro vinieron bien, porque se cumpla siempre aquel refrán de que no hay mal que por bien no venga, pues uno y otro contribuyeron poderosamente á serenar los mareos y á despejar y esparcir las borracheras más ó menos declaradas. De las señoritas especialmente, no hubo una que entre las ansias del mareo ó entre los transportes del alcohol, no atendiera presurosa á secarse la cara y á arreglarse el pelo y á estirar y componer esmeradamente los pliegues del vestido... Porque las mujeres, ya se sabe, se han de estar muriendo, y cuidan todavía de la estética de su persona.

Ya de vuelta en la bahía, fondeó la lan-

cha atravesada en dirección de Poniente á Oriente para observar y anotar la salida y la vuelta de los botes que se iban á disputar el premio en el certamen. Como la operación iba á ser larga, y el movimiento de la lancha fondeada era muy fuerte y muy molesto, casi todo el mundo trasbordó á otra menor, y se fué á tierra. Payito y yo, que no estábamos mareados ni temíamos ya el mareo, nos quedamos á bordo.

En un cuaderno que nos dió el patrón, donde estaban previamente asentados los nombres de los contendientes y de sus botes respectivos, habíamos de ir apuntando la hora exacta de la salida de cada uno ó de su paso por delante de nuestra proa, con minutos y segundos, reservando otra casilla para apuntar luego la hora de la vuelta.

Comenzaron á salir los botes y á navegar con rumbo á la banderola que se veía solitaria en medio del mar; y como salían con intervalo de cinco minutos, y eran siete ú ocho, cuando salió el último ya andaba cerca de llegar otra vez á nosotros el primero que había salido. Con gran exactitud, reloj en mano, iba haciendo Payito, á pesar de su media chispa, las apuntaciones bajo mi inspección inmediata, y en los intervalos del regreso de un bote al de otro íbamos haciendo las sumas y restas neces-

rias, y sacando en limpio los minutos y segundos invertidos por cada uno en el viaje redondo; de manera que en cuanto entró el último, pudimos decir al patrón el resultado para que él le proclamara en voz alta, y el vencedor se acercara á recibir el premio, consistente en veinticinco duros y un lazo de seda. Esto último recogió solamente, pues era un señorito, y el metálico lo dejó para que se les repartiera á los pobres.

Concluída la ceremonia, se levantó el ancla, funcionaron los remos y llegamos al muelle, donde nos esperaban paseándose los inválidos de la expedición. Me reuní con Salceda, nos despedimos del Hermano Mayor, agradeciéndole mucho su fina deferencia, y luego de Payito y de las demás señoritas con quien habíamos hecho ya conocimiento, y nos dirigimos los dos á la plaza, donde Salceda me dejó á la puerta de la fonda.

Una de las primeras preguntas que me hizo mi madre cuando la empecé á hablar de la fiesta, fué la de si estaban allá mis primos. La dije entonces como Pepe me había dicho á mediodía que Isabel se había quedado en la cama algo malucha, y convinimos en que fuera yo en seguida á ver cómo estaba.

Ya se había levantado; pero la encontré

pálida y ojerosa, con trazas de haber sufrido.

—Estoy mejor—me dijo sonriendo cuando la pregunté qué tal se sentía.—Casi bien del todo...

—¿Pero qué has tenido?...

—No ha sido nada... Estos nervios, que no me dejaron anoche dormir... ¿Y tú?... Bien... ¿eh?... Ya me dijo Pepe que te había visto en la bolera.

—Sí; me gusta ver jugar á los bolos, y además jugaba un amigo...

—Y esta noche... al baile, al teatro...

—No he formado intención.

—Pero la formarás... Debes ir... Es ya lo último de las fiestas...

—¿Vas tú?...

—No tendré más remedio. He dado palabra á la Condesa de la Riega de ir con ella á la platea suya... Podía excusarme con el mal, aunque, gracias á Dios, no es nada; pero no me atrevo, porque está ya tan quejosa... Dice que este año, porque está aquí tu madre, no la hago caso, que no he ido á estarle con ella más que un día, y para eso la dejé en seguida por irme á hacer compañía á tu madre á la fonda... De modo que no puedo menos de ir un rato... aunque no baile...

—¿Ni un rigodón siquiera?

—Creo que no: nada.

—Porque yo ya sabes que no bailo más que rigodones; pero eso sí: si quisieras bailar un rigodón...

—Ya tendrás con quién bailar... Si no tuvieras, haría el sacrificio...

—¡Ah! ¿sacrificio y todo?... De manera que para tí es un sacrificio bailar conmigo...

—Hombre, no; quiero decir que si tú sintieras mucho dejar de bailar y no conocieras á nadie, por complacerte...

—Gracias, primica... ¡Siempre tan buena!...

—Siempre tan buena prima... Lo demás no; ¡ay! buena no soy ni con mucho...

—Ya habrás observado—me dijo su madre riéndose—que tu prima tiene la manía de creerse una gran pecadora.

—¡Ay, no, mamá! ¡qué cosas tiene usted!...—replicó Isabel con dulzura.—Una gran pecadora no; pero una mujer llena de defectos...

—Bueno, hija de mi alma—la dijo su madre;—¿y los conoces y no los enmiendas?...

—Sí, mamá; procuro ir enmendando alguno; pero como son tantos, apenas se conoce la falta...

.....
—¿Qué me mandan ustedes?—las dije yo cuando me pareció que iba siendo hora de cenar, levantándome para marcharme.

—Que des un abrazo á tu madre,—dijo mi tía.

—Que la des de mi parte otro abrazo muy apretado—dijo Isabel,—y muchísimas gracias por haberte mandado venir á preguntar por mí... Y á tí, porque viniste...

—Dila que mañana la iremos á ver...

—Dila que ya estoy buena...

—Se lo diré todo.

—Adiós, hijo; hasta mañana.

—Adiós, tía... Adiós, Isabel; tú hasta luego.

—Hasta luego.

Tranquilité á mi madre con la noticia de que Isabel se disponía á ir al baile que aquella noche se daba en el teatro como último festejo oficial, como remate y corona de las fiestas. Porque claro estaba que cuando iba al baile era porque se sentía completamente bien; si no, no iría.

La misma noticia debió de ser parte muy principal para que mi madre no sintiera el que yo fuese al baile también, ni la contrariara en lo más mínimo; pues aun cuando la anuncié que no volvería hasta los amaneceres, porque, empezando el baile á las once, habían de ser ya cuando concluyera las tres ó las cuatro, no me puso reparo ni me hizo observación alguna.

Mientras cenábamos la estuve refiriendo lo de las regatas con todas las peripecias

de nuestra navegación, sin omitir el detalle de las niñas que se habían puesto peneques; á propósito de lo cual, después de reirlo, me contó ella otro caso análogo ocurrido aquí el primer año que se trató de implantar entre nosotros la fiesta exótica de las carreras de caballos, que aún no se ha aclimatado ni lleva trazas de aclimatarse. También entonces, uno de los principales promovedores del espectáculo, que llevaba merienda con mucho jamón y muchas galletas y mucho Jerez, como llevan en Londres (donde se explica que lo lleven, porque van muy lejos y tardan en volver á casa, no aquí que el hipódromo está en el paseo ordinario), convidó á merendar á varias señoritas que se amistarón con el Jerez más de lo regular y..., en fin, que como se trataba de traducir una fiesta del inglés, tradujeron fielmente hasta la borrachera. Por cierto que una de las *traductoras*, según me contó mi madre, le hizo tanta gracia en aquel estado de embriaguez á un muchacho de la nobleza y de los más ricos de Madrid, que desde aquel día comenzó á hacerla el amor, y se casó con ella á los dos meses.

Después de la cena y de un rato de sobremesa, me despedí de mi madre, que se iba á acostar, y me puse á vestirme para ir al baile. Mientras me vestía, y luego en el

camino, desde la fonda hasta el teatro, pensaba, no sin cierta inquietud, en la manera como había de conducirme aquella noche para no echar á perder las cosas. Reverdecido el amor á la mejicana en el reciente paseo por el mar, no me atrevía á insistir en la resolución de prescindir de ella y dedicarme exclusivamente á agradar á mi prima. ¿Para qué había de reiterar semejante resolución, si no había de cumplirla?... Propúseme, tras de mucho pensarlo, guardar á primera hora aquel disimulo, aquel ten con ten que tan malos resultados venía dándome, no apareciendo demasiado expresivo ni con una ni con otra. Después... era de esperar que Isabel se retirara pronto: encontrándose delicada, no había de aguardar hasta la terminación del baile, no parecía natural que aguardara; á más de que ella misma lo había dado á entender al decir que iría un rato... Y en marchándose mi prima, ya podría yo dar al corazón rienda suelta y entusiasmarme con Payito á mis anchas, llegando aunque fuera hasta la declaración de amor, que un día ú otro era inevitable, pues ya iba yo convenciéndome de que no podía resistir al encanto de aquella mujer, que con una sola mirada deshacía todos mis parapetos. Afortunadamente, el resultado de la declaración, según todos los indicios, sería fa-

vorable, y yo quedaría entonces más tranquilo.

Con estos propósitos entré en el salón; pero, como dice el refrán, el hombre propone y Dios dispone... y algunas veces también el diablo.

Bailé el primer rigodón con una casada, á quien fui presentado expresamente, para hacer *vis a vis* al amigo Salceda. Cuando en la cadena final me encontré con Payito, la pedí el rigodón siguiente:

—¡Ay! lo siento—me contestó;—pero le tengo ya comprometido.

—¿Y el otro?...

—El otro, con mucho gusto.

—Muchas gracias...

Me alegré de que el rigodón que me daba Payito no fuera el primero que venía, sino el otro de más adelante, porque para entonces ya se habría marchado Isabel probablemente. Seguí cogiendo y soltando manos hasta acabar de dar la vuelta; llevé á mi pareja á la platea de donde la había traído, y entré luego en la de la Condesa de la Riega, donde estaba mi prima.

Hablé mucho más con la Condesa que con Isabel, aunque no precisamente porque así convenía á mis planes, sino porque la amable Condesa, como si hubiera comprendido mi situación y adivinado mis propósitos, entabló conmigo, en cuanto me senté, con-

versación animada. Me preguntó primero mis impresiones sobre la Festosa; me contó después la historia de las rivalidades entre las cofradías, lamentando muy cuerda-mente que á éstas se las hubiera llegado á dar carácter demasiado profano, habiendo tenido tan buenos principios; me habló luego de los proyectos de mejora y embellecimiento de la villa, de los fundamentos de su afición á pasar en ella el verano, y de otras mil cosas que, sin ser interesantes ni amenas de suyo, adquirirían interés y amenidad á través de la narración, en que predominaba una sencillez encantadora. Isabel intervenía discretamente en la conversación de vez en cuando; pero la parte principal la llevó siempre la Condesa.

Después de haberse bailado un wals y una polka, preludió la orquesta un rigodón; y mi prima, que sin duda me había observado el cruce de palabras con la mejicana, y aun adivinado el objeto, me dijo:

—No vas á bailar?...

—Si tú quieres...—la contesté.

—No: ya te dije que más quería no bailar esta noche.

—Pues entonces yo tampoco bailo.

Continuó hablando la Condesa, y yo escuchándola con gusto. Mas cuando advertí que era cerca de la una y que se iría ya aproximando el rigodón que tenía compro-

metido con Payito, comenzó á inquietarme el que Isabel no se marchara, y por si era obstáculo para ello el estar yo allí, me despedí de la Condesa y de ella y me salí al pasillo, donde encontré á Salceda y estuve con él fumando un cigarro.

Nos fuimos después á dar un vistazo al salón, y se me acercó *Tenorio*, inspirado acaso por Payito con quien había estado mucho tiempo paseándose después de bailar un wals, á pedirme que le hiciera *vis a vis* en el rigodón próximo. Se lo prometí sin dificultad, no viendo en ello nada de malo. No sabía lo que me esperaba.

Cuando un rato después marcó la música los primeros compases del rigodón, miré á la platea de la Condesa y ví que Isabel no se había marchado: allí estaban las dos tan tranquilas. Primer contratiempo.

Me fuí ya de mal humor á buscar á Payito, que estaba en otra platea con la familia del jefe de la excursión marítima de por la tarde, y la traje al salón.

—¿Dónde quiere usted que nos pongamos?—la dije al entrar.—¿Allí de cabecera?...

—No, aquí á este costado,—me dijo, indicándome la proximidad de la platea de donde había venido, que estaba frente á la de la Condesa.

En seguida entró *Tenorio* con su pareja

y ocupó su sitio. Comenzó el rigodón y comencé á sufrir. Mientras las parejas de las cabeceras hacían la primera figura, Payito se estuvo hablando y riendo con sus amigas las de la platea que teníamos detrás, en conversación muy tirada. Cuando nos tocó á nosotros salir tuve que advertírsele, y entonces dió en hablar con el *vis a vis*, aparentando complacerse en la plática y deteniéndose con él en medio del salón hasta destrozar la figura. Comenzaban otra los de las cabeceras, y vuelta ella á hablar con las de la platea, sin hacerme caso.

Debí comprender que todo aquello era táctica y que nunca había ido mejor la cosa, pues precisamente de lo que ella trataba era de precipitarme... Pero no estaba yo en estado de discurrir con serenidad, y caí en el lazo como el más inocente pajarillo. Se apoderaron de mí los celos. Cada sonrisa, cada mirada que Payito dirigía al *vis a vis* se me clavaba en el corazón como un dardo. Y ciego por la pasión, y herido á la vez en el amor propio por aquel desprecio con que me trataba delante de todo el mundo, perdí los estribos y la dije:

—Pero ¿por qué me hace usted eso, Amparo? ¿Por dónde he merecido yo tales desdenes?... ¿No ve usted que me está poniendo en ridículo?...

—¡Ay!—dijo con aparente candidez.—

Usted me perdone; pero le creía á usted entretenido mirando á la platea de enfrente, y me daba pena estorbarle.

—¿Por qué me dice usted eso?... Ya sabe usted que esa señorita que está en la platea de enfrente es mi prima...

—¡Ay, por Dios, Alvaro!... Si yo no le pido á usted explicaciones... ¿Con qué derecho había de pedírselas?...

—Con el derecho de soberanía que ejerce usted sobre mí... porque es usted reina y señora y dueña de mi corazón y de mi vida...

—No se burle usted, vaya, no se burle usted... ni bromee así... Ya sé que es usted muy burlón.

—No, Amparo, no: usted no puede decir eso, porque usted sabe perfectamente que estoy enamorado de usted...

—¡Ca! No sé tal cosa, ni le creo á usted una palabra de todo eso que dice.

—Sí, sí me cree usted; yo sé que usted me cree; yo se que usted está convencida de la verdad de mi amor, de manera que de eso no hay que hablar. Lo que deseo que que usted me diga es si puedo tener alguna esperanza...

—¡Ay! ¡qué de prisa quiere usted llevar el asunto!... En eso también se conoce que es broma...

—No es broma, Amparo; bien sabe us—

ted que no es broma, y bien penetrada está usted de mi sinceridad... Ahora, si eso de decirme que no me cree usted es una manera cortés de desahuciarme...

—No: es decirle á usted la verdad... Vamos, hombre, no me haga usted tan inocente... Mire usted, hay señales inequívocas para conocer cuándo un hombre está enamorado de una mujer, señales que conoce todo el mundo; y francamente, yo no veo en usted respecto de mí ninguna de esas señales... De modo que no busque usted á mis palabras más sentido que el que en realidad tienen: es que no le creo á usted.

—¿Y si llegara usted á creerme?...

—No le preocupe á usted ese caso, que no ha sucedido ni es fácil que suceda.

—De manera que así, redondamente...— dije yo poniéndome triste.

—Vamos, mire usted—me contestó sonriendo:—yo creo que no debe usted llevar ya más adelante la broma, porque, como suelen decir, lo poco agrada y lo mucho enfada... Esto no quita que yo le estime á usted mucho como amigo, y tenga verdadero gusto en haber conocido á usted, y verdadero deseo de que no me prive usted de su trato distinguido y amable si volvemos alguna vez á encontrarnos, que es posible.

—¿Se va usted á marchar?

—Sí, mañana me voy á Santander á ver

las famosas ferias de Santiago y pasar allí después una temporada. Contra el otoño iré á Barcelona, y á la entrada del invierno á Madrid, donde es posible que alguna vez nos veamos... Ya sabe usted que donde quiera que usted me encuentre, encuentra usted una amiga...

—Muchas gracias,—dije maquinalmente.

Al concluir este penoso diálogo, en el que estuve hecho un pipiolo, miré á la platea de la Condesa y la encontré vacía. Ella é Isabel habían desaparecido. Me alegré porque no me vieran la cara, que debía de haberseme puesto muy triste.

Concluído el rigodón fuí á dejar á Payito en la platea de sus amigas, y volví á la sala á reunirme con Salceda, que á poco de estar hablando me dijo:

—¿Sabes que me va aburriendo ya el baile y me está dando el sueño, y de buena gana me marchaba?... Si no fuera por hacerme compañía...

Ví los cielos abiertos, porque sentía mucho tener que estar allí hasta la conclusión, y, por otra parte, también sentía tener que entrar con Salceda en explicaciones. Así es que inmediatamente le dije:

—Vámonos, si quieres: á mí también me va cansando ya.

Y nos marchamos juntos.

IX

EL PESAR DEL PROVERBIO

A otro día, que era el de Santiago, después de Misa mayor, se nos presentó Salceda en la fonda á despedirse.

—¿Qué?... ¿Te marchas hoy?—le dije.

—Sí, á la tarde: me voy á Santander á pasar allí estos días de la feria, y en seguida me vuelvo á mi rincón, de donde ya no me moveré hasta después de la vendimia.

—También nosotros pensábamos volvernos esta tarde á nuestra playa—le dijo mi madre;—pero no hemos encontrado coche, y tenemos que esperar á la madrugada para ir en el de la línea, que por cierto pasa á una hora bien incómoda... Creo que á las dos y media...

—Yo les llevo á ustedes esta tarde en mi coche, si ustedes quieren...

—Muchas gracias,—le contestó sencillamente mi madre, tomando el ofrecimiento por un cumplido.

—No, sin gracias, señora—repuso Luis; —mire usted, tengo una cesta de cuatro asientos y estoy solo, de manera que podemos ir los tres perfectamente... Tiene atrás una tabla para poner baúles, y allí podemos llevar el equipaje que ustedes tengan...

—Un baúl tenemos aquí nada más—dije yo;—el otro le dejamos allá en la fonda de la playa...

—Pues va muy bien el baúl en la tabla de atrás. Yo no tengo más que una male-tilla ligera, que puede ir encima, ó la puede llevar el cochero en el pescante... Con que...

—No, no—le interrumpió mi madre.—Usted es muy amable, y yo le agradezco á usted mucho la atención; pero no podemos abusar de su amabilidad causándole á usted tanto incomodo...

—Incomodo no me causan ustedes ninguno, señora Condesa—dijo él,—sino, al contrario, me hacen ustedes un favor... Ya ve usted... de tener que ir solo todo el camino, á ir, siquiera estas tres leguas primeras hasta la Blanca, en tan excelente compañía...

—Gracias,—dijimos á la vez mi madre y yo.

—Lo que es de incomodo no hay que hablar—insistió Salceda.—Ahora, si es que no quieren ustedes proporcionarme la satis-

facción y la honra, que realmente no merezco...

—¡Ah, no! ¡Eso no lo piense usted, por Dios!—le interrumpió mi madre.—Irámos con usted con muchísimo gusto; pero yo no sé si...

Y viendo yo que me miraba mi madre como preguntándome mi parecer ó el grado de confianza que yo tenía con Salceda, dije resueltamente:

—Sí, mamá, yo creo que podemos ir; pues que el amigo Luis es tan amable, y asegura formalmente que no le causamos ni incomodidad ni extravío...

—Claro que no—dijo él,—y tú mismo lo conoces. Tengo que pasar necesariamente por la Blanca, es mi camino, y cabemos perfectamente en el coche... Pues no hay más sino que yo voy mucho mejor, acompañado muy agradablemente hasta allí, y ustedes creo que también han de ir con alguna más comodidad que en la diligencia, que suele ir muy llena estos días... Aparte del madrugón que tendrían que darse...

—¡Ay! lo que es para nosotros, desde luego es mucho mejor,—dijo mi madre.

—Pues para mí también—dijo Salceda:—de modo que á la hora que ustedes me digan...

—A la que á usted mejor le convenga—dijo mi madre.—Después que comamos...

—¿A las tres, la parece á usted buena hora?

—Excelente.

—Bueno: pues á las tres en punto vengo por aquí con el coche enganchado.

En cuanto se marchó Salceda salimos también mi madre y yo para casa de mi tía á despedirnos.

—Ibamos á ir nosotras á la tarde á verte—dijo mi tía á mi madre, cuando nos vió entrar;—ya te lo diría Alvaro anoche.

—Sí me lo dijo; pero venimos nosotros ahora, porque á la tarde nos marchamos.

—¿Tan pronto?—dijo mi tía.

—Como ya se han concluído las fiestas...—dijo Isabel con cierto retintín, que nadie más que yo pudo comprender.

—Se marcha hoy—añadió mi madre—un amigo de éste, que tiene una cesta, y se ha ofrecido con mucho empeño á llevarnos... Y como aquí apenas hay coches de alquiler, y de no aprovechar esta ocasión, tendríamos que ir en el de la línea que pasa allá entre gallos y medias noches...

—Sí, es verdad—dijo mi tía.—Mejor vais así, por la tarde...

Temí que Isabel hiciera delante de mi madre alguna alusión á la marcha de Payito, que ya debía de saber, relacionándola con la nuestra; pero fué discreta, como siempre, y no dijo nada.

Sólo cuando su madre y la mía dieron en hablar de sus planes respectivos para el resto del verano, y de la época en que se proponían volver á Madrid, me dijo:

—¿Qué tal te ha dejado el baile?

—Bien... ¿y á tí?

—Bien también... Yo me marché pronto, como verías.

—¡Ah! yo también. En cuanto se acabó aquel rigodón que me viste empezar á bailar, salí con mi amigo Salceda y me fuí para casa.

—Ya me pareció notar que sufrías algún disgusto, y lo sentí, como siempre que te pasa algo desagradable, porque mi anhelo es que todo te salga bien... Pero no debes afligirte por esas cosuchas así pequeñas. En todas las relaciones dicen que suele haber esos altos y bajos, y según aseguran los que se tienen por más doctos en la materia, esas pasajeras desavenencias son muy convenientes para dar más consistencia al amor... Aun en el terreno de la amistad se dice que los buenos amigos han de haber sido reñidos... De modo que tras de esa ligera tempestad vendrá la calma...

—No, si no tiene que venir calma ninguna, ni ha habido tempestad, ni desavenencia, ni relaciones...

—¡Bueno, bueno!... Te empeñas en se-

guir siendo reservado conmigo... bien injustamente por cierto.

—Si no hay reserva, ni nada más que la verdad... Por cortesía la pedí un rigodón; me le concedió... Estuvo al principio un poco tonta, hablando con todos menos conmigo, como verías; la llamé la atención, porque no me gustaba estar haciendo allí un papel desairado... y no hubo más... Ya se habrá marchado esta mañana para Santander...

—¡Ah, te lo dijo!... ¿Lo ves?... ¿Ves cómo cuidó de avisarte que se marchaba y para dónde?... Ya te digo que esos desdenes de baile no tienen importancia... Ni son á lo mejor lo que parecen, sino lo contrario, avisadores del amor... Si acaso te había notado algo retraído... Lo demás, yo creo que eso seguirá yendo perfectamente y llegará pronto á feliz término.

—Hay que dejarte con tu manía,—acerté á decirle por toda réplica.

Me hacía sufrir de verdad la consideración de lo que debía de estar sufriendo la pobre Isabel mientras hilvanaba aquellas aparentes reflexiones, verdaderos sondeos con que buscaba algo que desconfirmara un poco su sospecha, su certeza casi de mi extravío, sin que, por mi falta de habilidad en fingir, encontrara otra cosa que la confirmación más absoluta...

Verificóse la despedida sin apresuramiento, como es de suponer, besándose mucho las mujeres, y repitiendo todas varias veces «á Dios», «á Dios», «hasta Madrid», «hasta Madrid». Volvimos mi madre y yo á la fonda; comimos, arreglamos el baúl, pagamos la cuenta y nos quedamos esperando tranquilamente á que fueran las tres y llegara Salceda con el coche.

—¿Sabes, hijo mío—comenzó á decirme mi madre,—que no me gusta nada Isabel? Me decías anoche que estaba enteramente buena...

—Sí, mamá...

—No: yo la encuentro decaída... no tiene en los ojos aquella animación que tenía antes...

—Bueno: mire usted, hoy no tiene nada de extraño que esté algo cansada. Anteanoche creo que no durmió apenas... esa era la indisposición de ayer mañana: había tenido un poco excitados los nervios... Después, anoche también se acostaría muy tarde: estuvo en el baile hasta la una y media...

—No sé, no sé... pero no me gusta... ¡Creció tan de pronto!... y eso dicen que es malo...

—A mí me parece que no hay motivo para esos temores, mamá; que no tiene Isabel más peligro de enfermar que el que te-

nemos todos... Ella dice que está bien...

—¡Dios lo quiera!... Sería una lástima, Dios mío, porque es una criatura tan buena...

—Sí, es muy buena, verdaderamente.

—¡Ah! yo creo que no he tratado en mi vida otra mujer así, tan apacible, tan dulce, tan cariñosa, y al mismo tiempo tan discreta, tan inalterable y tan cabal en todo como tu prima. Será una felicidad vivir con esa criatura...

Sabía yo que mi madre quería bien á Isabel; pero nunca la había oído expresarse con tal entusiasmo en su alabanza... No la faltaba ya más que recomendármela explícitamente para novia, y por ahí creo yo que iba á concluir en cuanto yo manifestara mi conformidad con aquellos fervientes elogios, cosa que no podía menos de hacer, porque todo aquello era la verdad y lo mismo que yo sentía...

Mas no llegó el caso, porque al tiempo mismo de pronunciar mi madre las últimas palabras, tocaron á la puerta.

—Salceda será,—dijo mi madre.

—No, mamá—la dije:—no se ha sentido el coche.—Y añadí en voz alta:—¡Adelante! Abrió la puerta una criada diciendo:

—Son los señoritos.

Y entraron Isabel y su hermano, que venían á despedirnos y á vernos marchar.

—La pobre mamá sentía no venir—dijo Isabel;—pero como no puede andar á prisa... Acabamos ahora mismo de comer...

—Ni vosotros tampoco necesitábais venir—dijo mi madre.—Ya nos habíamos despedido... ¿Para qué os habéis tomado esta molestia?...

—¡Ay, tía Nieves, por Dios!—dijo Isabel.—¡Molestia... tratándose de usted!...

—Gracias, hija; pero es verdad que no debías haber venido... ¿Estás ya bien del todo?...

—¡Ah! sí, señora: estoy muy buena, gracias á Dios... Que la diga á usted Pepe, que he venido delante de él todo el camino, y tenía que decirme que no corriera tanto porque casi no era de alcanzarme... Pero yo, por llegar antes que ustedes se fueran... Todavía no son las tres, aunque poco falta.

Cosa de diez minutos haría que estaban con nosotros Isabel y Pepe, cuando comenzó á oirse un ruido como de cascabeles, difuso y lejano.

—Ahora viene Salceda,—dije yo.

—El amigo de Alvaro que nos lleva en su coche,—añadió mi madre.

—Sí, ya le conocemos... de vista,—dijo Pepe.

—El que andaba contigo anoche en el baile, ¿verdad?—añadió Isabel, dirigiéndose á mí.

—Sí, el mismo,—la dije.

El ruido, en tanto, fué creciendo gradualmente, y acercándose y marcándose más cada vez, hasta que se sintió ya claro y distinto dentro de la plaza, donde se le añadió el estrépito de las ruedas en el empedrado, y un momento después, cuando parecía estar más próximo, cesó de repente.

En seguida apareció Salceda en la puerta de la habitación diciendo:

—Estoy á la disposición de ustedes...

—Muchas gracias... Vamos ahora mismo,—dijo mi madre.

—Cuando ustedes quieran—dijo él;—pero sin apurarse, porque no hay prisa.

Hice yo las presentaciones entre Salceda y mis primos, y al decir á éstos el nombre de él, añadió mi madre por su cuenta:

—El hombre más fino y más atento que habréis visto.

—Señora—replicó Luis,—nada más que lo justo... y si acaso.

Se sentó á instancia mía, mientras yo hacía bajar el baúl y colocarle en la trasera del coche, donde él había indicado. Cuando volví á entrar en la sala, dijo mi madre levantándose y poniendo á todos en movimiento:

—Vámonos, que para Salceda es más larga la jornada.

—No, por mí no se apresure usted—dijo él.—Cuando usted quiera.

—Sí, vamos,—insistió mi madre.

La dió Salceda el brazo para bajar; yo se le dí á Isabel; Pepe cogió la bolsa de mi madre y la manteleta...

El panegírico que mi madre acababa de hacerme de Isabel, y la justificación que ésta hacía de aquellos encomios viniendo tan cariñosa á despedirnos, me habían llegado al corazón y trabajaban en él suavemente, como trabaja el pintor que quiere restaurar un lienzo repintado, haciendo que poco á poco reaparezca la antigua figura y desaparezca la nueva que una mano alevosa había puesto encima.

—Con que ya sabes...—me dijo Isabel al empezar á bajar la escalera:—que te vaya muy bien, y á ver si cuando nos veamos en Madrid me cuentas muchas cosas...

—¿Para qué?... Si no has de creer lo que te diga...

—Porque no me dices la verdad...

—Es extraño que siendo tan buena... porque no se puede negar que eres buenísima...

—No digas eso...

—¿Tampoco esto puedo decir?... Hermosa ya no me atrevo á llamarte, porque te enfadas...

—Porque no lo soy, ni buena tampoco... Lo quisiera ser...

—Hace un momento, cuando llegásteis

tú y Pepe, me estaba diciendo mi madre que eras muy buena...

—Sí, porque ella es una santa—dijo Isabel dejando asomar un relámpago de satisfacción á los ojos,—y juzga á los demás por sí misma.

—Cosa que no sueles hacer tú, por lo que se ve, y á eso íbamos. Es extraño, te decía, que siendo tú tan buena, formes de los demás unos juicios tan desfavorables... ¿Por qué había yo de mentirte?

—¿Qué sé yo?... Porque en esa materia es costumbre y...

Habíamos llegado abajo.

Las jacas de Salceda, al oírle hablar, movieron las cabezas como aprestándose á salir, é hicieron gran ruido con los casca-
beles.

—Si la incomoda á usted eso—dijo Luis á mi madre, que se había estremecido un poco por lo brusco é inesperado del repique,—las quitamos los collares... Se quitan en un momento.

—No, no me incomoda—le contestó.—Al contrario, es un ruido simpático y alegre.

Nos despedimos otra vez mi madre y yo de Isabel y de Pepe; se despidieron éstos de Salceda con los ofrecimientos de rúbrica; nos pusimos en el coche, y partieron las jaquillas á trote largo.

El camino de La Festosa á La Blanca es muy variado y pintoresco, de suerte que el viaje resulta entretenido. Lo más del tiempo se va viendo el mar, y cuando no, faldeando sombríos hayedos ó cruzando espesos castaños. A un lado y á otro se dejan pueblecillos, caserías y palacios. Se sube una varga, se baja otra; se hace ahora una curva contra la izquierda, y luego otra contra la derecha; se va un rato por entre maíces, cuyos penachos cenicientos mece sin cesar el aura marina, y se bordea después un campo laderiego plantado de manzanales, cuyas manzanas bajan rodando hasta la carretera; se pasa un reguero, se sube á una collada donde hay un ventorri- llo, se vuelve á ver el mar desde una loma, y se vuelve á perder de vista para caer en un vallejo, en cuyo fondo se ven unas casas muy blancas y unos prados muy verdes...

Todo así... sin norma, sin uniformidad, sin rigidez, sin amaneramiento, sin sistema... todo variedad, todo soltura, todo placidez, todo amenidad, todo animación, todo alegría...

Y todo hacía falta aquella tarde, á lo menos para mí, que me sentía invadir y dominar por la tristeza de un modo terrible.

Salceda, que conocía bien el país, iba di-

ciendo á mi madre los nombres de los pueblos y de los montes, la historia de los palacios y de sus dueños, no siempre laudable esta última ni digna de ser imitada. Yo apenas atendía.

—En esa casa—nos dijo, señalando una que dejábamos á la izquierda en un alto, —escribió Zorrilla *El cantar del romero*, una de sus últimas obras... Había sido amigo del dueño allá en Méjico, y en una temporada de verano que vino á pasar aquí con él, escribió esa leyenda.

—No la conozco—dijo mi madre,—y eso que he leído mucho á Zorrilla, pero allá antes... Dicen que sus obras últimas no son como las otras; que ha decaído mucho...

—Sí, es verdad—dijo Luis:—*El cantar del romero*, verbigracia, no es como *A buen juez, mejor testigo*...

—¡Ay, qué hermoso es aquello!—le interrumpió mi madre.—Es un encanto aquella leyenda...

—Ni como *El Capitán Montoya*—continúo Luis,—ni como *Margarita la Tornera*...

—Otras dos preciosidades...

—Pero crea usted que con decadencia y todo, las últimas obras de Zorrilla son mejores que casi todo lo de actualidad, y aunque otra cosa digan, para sí las quisieran todos esos que, faltos de numen y de ins-

piración y de creencias y hasta de oído, presumen por ahí de poetas, sin ser más que versificadores... medianos.

—¡Vengan esos cinco!—le dije á Luis cogiéndole y apretándole la mano,—y contigo me entierren...

—Me alegro de que pienses lo mismo que yo,—dijo él.

—Lo mismo exactamente. Ya ves que hoy es moda tener en poco á Zorrilla...

—Sí, y es cosa corriente entre los críticos hablar con desprecio de sus versos, por lo regular sin haberlos leído, tomando por base los defectos de que el mismo Zorrilla, con cristiana humildad, con castellana franqueza y con notoria exageración, se ha acusado en sus *Memorias del tiempo viejo*. Mas á pesar de esa crítica superficial, y más que superficial, injusta y apasionada, por tratarse de un poeta cristiano...

—Es verdad—dijo mi madre:—los escritores de ideas liberales, enemigos de la Religión, como son casi todos los que hoy figuran, no pueden perdonarle á Zorrilla el que en pleno siglo XIX y en plena revolución irreligiosa, haya tenido el valor de confesarse en sus versos ferviente cristiano y hasta devoto de la Virgen.

—Bueno: pues á pesar de esa crítica injusta y sectaria, tengo yo por seguro que las obras de Zorrilla serán casi las únicas

que pasen á la posteridad de entre las literarias de este siglo... ¿Quién creen ustedes que se va á acordar, por ejemplo, de Quintana, del *gran* Quintana, del oficialmente coronado Quintana, dentro de cien años, si los dura el mundo?... Nadie... Y eso que los inocentes de los Escolapios han obligado á una gran parte de la presente generación á leer su oda «al mar», incluyéndola en un florilegio, ó más bien *feilegio*, puesto como apéndice al tomo III de la colección de *Autores latinos*... ¿Quién se acordará de aquí á cien años de D. Alberto Lista, el ilustre majadero que profanó la muerte de Jesús *cantándola* en versos detestables? ¿Quién se acordará de aquel otro cura liberal y cortesano, D. Juan Nicasio Gallego, ni de su protector el Duque de Frías, ni de Gil y Zárate, ni de Hartzenbusch, ni de Ventura de la Vega, ni de García Gutiérrez, ni del Duque de Rivas, ni del Marqués de Molíns, ni del de Valmar, ni de otros cien que han figurado en este siglo como poetas?... ¿Quién sabrá que han existido Echegaray, Galdós, Balart y otros así, con quienes las logias masónicas y los babayos que, sin saber lo que se pescan, las hacen coro, meten ahora tanto ruido?... En cambio, los versos de Zorrilla serán entonces más populares que son los de Calderón ahora, no porque sea Zorrilla

más poeta que Calderón, sino porque sus versos tienen no sé qué de más fácil, de más fluido, una mayor riqueza de armonía y de claridad que hace que se peguen más al oído y al entendimiento...—

Continuó Salceda hablando con entusiasmo de Zorrilla, y recitando, en prueba de sus juicios, versos muy hermosos que sabía de memoria. Luego habló algo también de Espronceda y de Campoamor, poetas los dos, en su sentir, de gran valía y muy simpáticos, el primero por su entonación varonil y robusta, y el segundo por su gracia inimitable; pero ninguno de ellos con tantas condiciones de adaptación á la inteligencia y al sentimiento del pueblo como Zorrilla; ninguno con tanto derecho á la popularidad en España, porque ninguno es tan cristiano.

Abundaba mi madre en las ideas de Salceda respecto de Zorrilla, y yo también, por lo cual, mientras duró aquella conversación, estuve algo animado; pero en cuanto se pasó á otro asunto, volví á caer en mi abatimiento.

Cuando estábamos ya llegando á La Blanca, nos dijo Salceda:

—Pararemos aquí, si á ustedes les parece, en casa de *Neluco*, y él mismo se encargará de hacer llevar el baúl á la fonda de Playa: es buena persona...

—Sí, ya le conocemos—dije yo:—paramos ahí también cuando vinimos de Madrid.

—¡Ah! entonces con más motivo,—dijo Luis. Y añadió dirigiéndose al cochero cuando llegamos enfrente de la puerta:—Para, Pedro, para.

Obedeció el criado, se bajó Salceda del coche, y dió la mano á mi madre para que bajara, diciéndola:

—¿Qué refresco quiere usted tomar?... Aunque aquí no habrá mucho en qué escoger... Alvaro y yo beberemos unos vasos de sidra, que debe de estar buena, porque está muy verde el ramo.

—En eso no se fíe usted, D. Luis, porque estos ramos ya no rigen,—dijo saliendo del ancho y barrido portal de la posada Neluco, que era... lo que este nombre significa allí, un Manuel de poca estatura.

El cual, después de saludarnos muy atento y hacernos sentar, no en los bancos y taburetes de madera que en el portal había, sino en unas sillas que sacó de la habitación de la izquierda, á donde no quisimos pasar nosotros porque estaba más fresco el portal, reanudó la explicación que había empezado á hacer á Salceda sobre la muestra de la sidra, diciendo:

—Pues, sí... estos señores no sé si sabrán, pero usted ya sabe, que, así como

para indicar que en un establecimiento se vende vino, se pone sobre la puerta una bandera encarnada, y si se vende también aguardiente, encarnada y blanca, para indicar que se vende sidra se pone un ramo. Y ya sabe usted también que la costumbre en este país era, el día que se espitaba una carral de sidra, cortar el ramo verde y ponerle de muestra, conservándole allí hasta que se acababa aquella carral y se espitaba otra. De este modo, por lo verde ó lo mustio que estaba el ramo, calculaba el pasajero con seguridad lo viva ó lo apagada que podía encontrar la bebida, según el tiempo que llevaba de estar abierta. Pero en esto entró la falsificación, como en todo... Hubo quien puso de muestra el ramo recién cortado sin espitar nueva cuba, y cuando la espitada estaba ya al medio... y hubo también quien le puso cuando la cuba tenía un mes de abierta y se estaba agotando... y hubo ya, por fin, quien renovaba el ramo todos los días. Y es claro, en haciéndolo alguno, ya no teníamos más remedio que hacerlo también los demás, so pena de perdernos. Pues como ustedes conocen, si en el parador de enfrente se veía un ramo recién cortado y en mi casa uno mustio ó casi seco, allá se iría el consumidor de buena fe huyendo de la sidra desmayada y buscando la recién abierta, aunque se lle-

vara chasco, porque el primero á cualquiera se le da; y no era cosa de salir al camino á decir á cada uno que pasara que aunque aquel ramo estaba más verde, la sidra se había espitado antes que la mía... Así es que no ha habido más remedio que hacer lo que hacían los demás y poner el ramo verde todas las mañanas... Por eso le he dicho á usted que no se fiara del ramo... Ahora que la sidra, como buena, lo está, ya lo verán ustedes; pero no se ha espitado esta mañana como el ramo indica, sino que está ya abierta desde el viernes... La verdad se ha de decir... Y no sólo á ustedes porque son amigos y personas respetables, sino que á cualquier desconocido que me pregunta si la sidra es del día, le desengañaño con franqueza... Yo no sirvo para hacer papeles...

—Parece un hombre honrado,—dijo mi madre cuando Neluco se fué á traernos la sidra.

—Sí, es hombre de bien—dijo Salceda.—Y ha hecho dinero... Porque al principio, cuando se estableció aquí, estaba solo y tuvo gran consumo; y como trataba bien á la gente, aunque después le han venido competidores, la antigua parroquia no le ha abandonado...

Volvió Neluco trayéndonos un jarro de sidra que, en efecto, estaba buena y que

bebimos Salceda y yo, mano á mano. Al notar él que mi madre no bebía sidra, comenzó á ofrecerla otras cosas.

—También tengo buen vino blanco de Rueda... ó de Pozaldez, para que el diablo no se ría de la mentira; pero es bueno... lo mismo que Jerez... es de lo que decimos los asturianos que *fiede*... y una copita, si tiene usted delicado el estómago, conforta mucho.

—No, muchas gracias; si tengo bien el estómago y estoy bien...

—También tengo un vinillo de Villamañán muy ligero y muy bien embocado, un vino de señoras...

Comprendiendo mi madre que Neluco no quedaba satisfecho si no tomaba algo en su casa, le hizo traer un vaso de agua, unos terrones de azúcar y un poco de vinagre, y se preparó con estos ingredientes un vaso de agua posca.

Cuando le acabó de beber, y mientras se despedía de Salceda repitiéndole las gracias, ofreciéndole muy á finas veras nuestra casa en Madrid, y encargándole mucho que se dejara ver ó nos avisara la primera vez que fuera por la Corte, dí yo disimuladamente una propina al cochero, que ya nos había bajado el baúl, y luego me despedí también de Luis, que montó en el coche y partió á escape en dirección á Tras-

cumbres alegrando el contorno con el ruido de los cascabeles de sus yeguas.

Todavía sonaban en la cercanía cuando, después de encargar á Neluco la remisión del baúl, dí el brazo á mi madre y comenzamos á subir la vereda que conduce á la casería del Espinadal y de allí á la playa...

Comenzó mi madre á hablarme de Salceda, de quien había quedado muy complacida...

—Es extraño—me decía—que no me hubieras hablado nunca de este amigo tan bueno y tan agradable... Y no recuerdo de haberte oído hablar de él, ni de haberle visto, hasta que me le presentaste ayer cuando te fué á buscar para ir á las regatas...

—No se acordará usted, mamá; pero yo creo que alguna otra vez la habría hablado á usted de él antes de ahora... Aunque bien pudiera ser que no, porque no crea usted, que yo tampoco le he tratado mucho... Fuimos condiscípulos sólo el año del doctorado, y entonces sí, simpatizamos desde el principio é intimamos bastante. Pero después nos hemos visto poco. El se vino á su país, y aunque todos los años suele pasar en Madrid una temporada, mientras está allí nos encontramos alguna vez en la calle ó en algún teatro, hablamos un rato, y nada más. El día pasado le ví ahí,

en la Festosa, desde el balcón, y bajé á hablarle; recordará usted que se lo dije...

—Sí, ya me acuerdo.

—Ayer mañana nos vimos en la bolera, y al despedirnos me propuso que iría á buscarme después de comer para ir á ver las regatas. Fué, y entonces se le presenté á usted... Es él así, expansivo y cariñoso, y por eso ha estado con nosotros tan amable...

—Y nos ha hecho un gran servicio, porque hemos venido muy bien y á buena hora, mientras que de otro modo hubiéramos tenido que levantarnos mañana antes de ser de día y venir encajonados en la diligencia...

—Sí, ciertamente...

Después me fué hablando mi madre de Neluco, diciéndome el buen concepto que había formado de él, y yo me limitaba á expresar mi asentimiento á sus juicios con las menos palabras posibles...

Cuando se la acabó aquella materia, se quedó callada; callé yo también, y seguimos un rato andando en silencio. No podía esto menos de extrañarla, porque otras veces, cuando estábamos solos, era yo el que hablaba más, el que sacaba conversaciones, la contaba sucesos, la preguntaba cosas... Así es que en cuanto el silencio se prolongó un poco, me dijo:

—Pero, hijo mío, no hablas nada... ¿Qué

tienes?... Parece que estás triste... ¿Te ha pasado algo?

—No, mamá, no me ha pasado nada... sino que en este momento no me ocurría de qué hablar...

—No, si ya todo el camino te he observado que apenas hablabas... Estás como disgustado... algo te pasa...

—No, mamá, de veras: no me pasa nada grave... Puede ser que esté algo taciturno, porque al fin venimos de las fiestas, y ya sabe usted que hay un proverbio ó un refrán que dice:

Ninguno va á romería
Que no le pese á otro día;

y los refranes siempre tienen un fondo de verdad. De modo que nada tiene de extraño que me note usted alguna tristeza, algún pesar: el pesar del proverbio.

—¿Es decir, que te pesa haber ido á la Festosa?... Pues á mí no, hijo mío, y ya ves... no salió de mí, sino de tí, el que fuéramos... Pero ahora me alegro de que se te ocurriera esa idea y de haberla puesto por obra... No nos ha sucedido nada desagradable... más que lo del portero, y eso lo mismo nos pasaba estando aquí... Después hemos tenido la suerte, con que no contábamos, de encontrar allí á tu tía y tus pri-

mos... No sé yo por qué puede pesarte...

—Verdaderamente... por nada. Si se va á ver... No digo yo tampoco que sea lo que siento verdadero pesar... Es que mire usted, mamá: después de cuatro días de fiestas y bailes y diversiones, de incesante jaleo, de movimiento continuo; después de cuatro días en que los nervios han estado en tensión constante, viene el cansancio, la flojura, el abatimiento. Es más bien un efecto físico que moral, aunque en lo moral se refleje. Y á este abatimiento y á este cansancio es quizás á lo que el proverbio se refiere... Lo demás, créame usted, no me pasa nada.

—Bueno, hijo mío, pues habla algo más, porque me da pena verte así callado.

—Sí, mamá, yo hablaré, no la aflija á usted eso...

X

COLUMPIOS

Nos recibieron con alegría las camareras cuando llegamos á la fonda, diciéndonos que todos los señores estaban de paseo, á excepción de Doña Balbina.

Esta, que era la viuda del ingeniero de Andra, salió de su habitación en cuanto nos oyó hablar, y nos contó de primera intención las novedades ocurridas en la colonia durante nuestra ausencia.

Se habían marchado el coronel de Estado Mayor y su familia á las ferias de Santander, de donde ya no volverían por allí probablemente, sino que se irían á la Corte, haciendo un poco de escala en Valladolid, donde parecía que la niña tenía un pretendiente, capitán del mismo Cuerpo á que había pertenecido su padre... ¡Ah! y la habían dejado á ella, á Doña Balbina, muy encargado que les despidiera de nosotros...

En cambio, había venido de Rioseco un pariente de Rosa, que además debía de ser algo novio, por lo que la corpulenta viuda había podido traslucir, aunque al padre de la chica parecía que no le gustaba mucho porque no era más que un muchacho rico, sin carrera y algo jugador... Por eso andaba huyendo de él, y por eso se había venido con la niña á aquel balneario retirado. Pero la madre era más transigente y se había blandeado hasta el extremo de revelar-le al chico lo que deseaba saber, con lo cual ya él no se anduvo en chupaderitos, sino que se depositó allí cuando el prudente y cariñoso padre menos lo esperaba.

También había venido en aquellos días un matrimonio joven y arisco que apenas se relacionaba con nadie. El era registrador de la propiedad de un pueblo de cuyo nombre no se acordaba la ingeniera, y ella, una morenucha que no valía gran cosa, hija de un tendero enriquecido de aquel mismo pueblo. Se habían casado hacía tres años, y no tenían familia. El debía de estar medio loco, porque no aposentaba en parte ninguna: se sentaba y se levantaba y cambiaba de sitio en un minuto tres ó cuatro veces.

Además, Juanito Martín, el aspirante á la judicatura, se iba á marchar ya de un día á otro, no precisamente despechado por

la aparición del novio de Rosa, aunque todo pudiera contribuir, y ciertamente la tal aparición no le había hecho buen cuerpo, sino porque le había llegado el turno y acababan de nombrarle juez de Secanos (quería decir de Sequeros).

¡Ah! y también había venido un canónigo de Palencia.

Todas estas noticias nos dió la viuda en dos minutos; y prometiéndonos que luego nos enteraría de todo más despacio y más por extenso, nos dejó entrar en nuestra habitación á quitarnos el polvo del camino.

Cuando volvieron de paseo los demás bañistas, hubo gran algazara de saludos, parabienes y cumplimientos, sin que faltara lo de que se nos echaba mucho de menos en la mesa, y en paseo y en todas partes, ni lo de que nosotros también nos acordábamos mucho de todos.

Al ir luego á cenar nos encontramos con una novedad, que á mi madre especialmente la agradó mucho: la de que se bendecía la mesa. El canónigo había preguntado la noche que llegó si podía hacerlo, y habiéndole contestado que sí, que todos eran cristianos, había quedado establecida esta práctica.

Todo el tiempo que duró la cena, y un buen rato después, tuve que estar hablando de nuestra expedición, á pesar de la poca

gana que yo tenía de hablar, y contando y describiendo las fiestas minuciosamente, pues donde trataba de pasar por alto, me hacían preguntas, obligándome á dar más pormenores. Contra lo que era de esperar de mi estado de ánimo, la descripción resultó atrayente, hasta el punto de que al concluir, casi todos los comensales se habían encariñado con la Festosa y se amaleaban de no haber ido.

Nos retiramos, y pasé la noche regularmente: el cansancio y el aburrimiento me hicieron dormir. Pero á la mañana lo pasé muy mal, y todo el día. Cuando me levanté y bajé á dar el acostumbrado paseo por la arena, todo lo encontré distinto de antes, todo había cambiado. El paisaje, el corte de la ensenada, que antes me parecía grandioso y bello con la belleza de la severidad, ahora me parecía duro, avasallador, insultante; la playa, que me había parecido extensa y lujosa, me parecía ahora pobre y mezquina; el concierto matinal de las gaviotas, que encontraba antes tan alegre y con el que me recreaba tanto, me sonaba aquel día como ruido infernal, como desconcierto insufrible; los bañistas, que me habían parecido tan finos y atentos, parecíanme ya un poco afectados y un tanto cursis; únicamente Juanito Martín era el que no había cambiado, á lo menos en lo

sustancial, pues seguía pareciéndome imbecil, aunque á decir verdad, también me parecía un poco más imbecil que antes.

En cuanto me distraía un poco mirando á las olas y á la gente que se bañaba, figurábame que iba á ver salir á Payito de una caseta y echarse á nadar con aquella gracia que era el distintivo de todas sus acciones, y alejarse nadando de la orilla y recatarse á ver si yo la estaba mirando desde fuera ó si la seguía nadando también mar adentro... Mas cuando volvía en mí y advertía que aquello era un sueño imposible y que ya no había de ver á Payito por aquellos parajes ni aquella mañana ni nunca, las altas rocas del redor se me caían á cuestras.

El recuerdo de la mejicana, aunque la cosa no parezca natural, me traía bien pronto el de mi prima... Las últimas reflexiones que ésta me había hecho en su casa al despedirnos, por más que fueran encaminadas á muy distinto fin, me habían convencido de que ni los desdenes de Payito en el baile ni su insistente incredulidad eran cosa seria, y de que no había de encontrar, si formalmente me decidiera á casarme con ella, grandes dificultades. Tampoco creía tenerlas para casarme con Isabel; y siendo hacedero y relativamente fácil uno y otro, por aquello del refrán que dice que «á quien le dan en qué escoger le

dan en qué entender», me devanaba los sesos formando composiciones del lugar y haciendo comparaciones.

Poderosamente me arrastraban hacia Payito su hermosura deslumbradora y su gracia irresistible; pero recordando el dicho de mi madre sobre el probable origen de sus riquezas, aquello de que no crece sin enturbiarse ningún río, y viendo ya cerca de mí aquel torrente de agua turbia que iba á mezclarse con nuestro limpio caudal y á enlodar los hermosos escudos de nuestra casa, retrocedía horrorizado, inclinándome hacia mi prima.

Allí no había nada turbio: todo era claridad y limpieza. La casa de Pardomino había sufrido ya, después de la desvinculación, dos particiones: la herencia de Isabel, por consiguiente, no iba á ser más que un arroyuelo de escaso caudal, un hilito de agua, pero cristalino y puro, á pesar de su curso prolongado, como si acabara de salir de la fuente. Lejos de manchar, esclarecería más á cualquier otro que viniera á reunirse... Personalmente, Isabel también era hermosa; aunque acaso no lo fuera tanto como Amparo, por hermosa la tenían todos, y á mí, antes de conocer á la mejicana, me parecía hermosísima. Y luego, sobre la hermosura corporal, que podría ser discutible, porque en eso hay gustos, tenía una her-

mosura de alma superior á todo encarecimiento. En este punto, respecto de Isabel ya no hacían falta hipótesis caritativas ni benévolas presunciones... Payito podría ser buena; lo parecía y era de presumir que no fuera mala... Isabel era buena realmente; la bondad de Isabel era ya conocida é indiscutible... Después... el gusto y el bienestar de mi madre eran muy de tener en cuenta. «Será una felicidad—había dicho hablando de Isabel—vivir con esa criatura»... ¿Por qué no había yo de proporcionar esa felicidad, estando en mi mano, á una madre tan buena como la mía y tan merecedora de todo mi cariño; á una madre que, habiéndose quedado viuda á los veintitrés años, cuando se hallaba en todo el esplendor de su juventud y de su belleza, no pensó nunca más que en mí, ni se ocupó en otra cosa que en educarme bien y en prepararme un porvenir dichoso?...

Todas estas consideraciones de fuerza casi irresistible me llevaban hacia mi prima... Pero ¿y si resultara que las riquezas de la otra no eran de mal origen?...—me decía el corazón defendiéndose.—¿Y si resultara que personalmente también era buena?... ¿Y si cuando mi madre la conociera y la tratara á fondo, la encontrara también muy de su agrado?... Bueno; pero esto, que en la mejicana era sólo eventual, meramen-

te posible, en Isabel era real y efectivo. De suerte que, planteado el pleito ante el tribunal sereno de la razón, el triunfo de mi prima era seguro: no había más remedio que decidirse formalmente por ella y rechazarlo demás como devaneo peligroso. Obrando racionalmente, mi resolución no podía ser otra.

Pero ¿dónde estaba el valor para llevarla á cabo? ¿No había tomado ya otra vez ú otras dos la misma resolución inútilmente?...

Con estas luchas por dentro, y disgustado de cuanto por fuera me rodeaba, puedes figurarte cómo pasé aquellos días.

El siguiente fué de emociones. Me acababa de levantar, y estaba pasando la vista por uno de los periódicos recién llegados, cuando comencé á oír llorar á gritos con ayes penetrantes y lastimeros. Abrí el balcón para ver qué sucedía, y me enteré de que quien lloraba era una pobre mujer de uno de los pueblos del extremo oriental de León, que estaba allí hacía días tomando baños, alojada en el departamento económico que hay en el piso bajo de la fonda, y que acababa de recibir la noticia de que se la había muerto un hijo que tenía soldado en un regimiento de infantería de guarnición en Burgos. Bajé en seguida á tratar de consolarla, aunque la empresa no dejaba de ser difícil...

Por lo que se desprendía de la carta que me dieron á leer, el que la firmaba, que era el marido de aquella infeliz, había escrito otra dos días antes á otra mujer del mismo pueblo que había venido con la suya, para que fuera preparando á la desgraciada madre poco á poco. Pero aquella carta primera no había llegado, había sido una de las infirmitas que se pierden, y la madre infeliz se encontró aquella mañana de sopetón con la noticia de la muerte de su hijo, acompañada de detalles horribles.

El pobre recluta no había muerto de muerte natural: le había matado un sargento de un puntapié que le había dado en el vientre. A la carta del padre acompañaba otra que había escrito á los suyos, vecinos de un pueblo próximo al de la víctima, otro soldado del mismo regimiento, contándolo todo como había sucedido. El desgraciado quinto, al incorporarse al regimiento, llevaba algún dinero; poca cosa, un par de duros que le había dado su madre, y algunas cuantas pesetas más que le habían ido dando los amigos de la familia al despedirse... El sargento llegó á saberlo, y tentado de la codicia, y acostumbrado como estaba á estafar á los quintos así, le pidió de primera intención los dos duros, diciéndole que era costumbre dar algo al sargento, que de ese modo le trataría bien, mien-

tras que si no, bien veía que le podía hacer mucho daño. El muchacho se resistió á la exigencia inicua, y á los pocos días el sargento, por una falta leve, por una equivocación insignificante, le dió un bofetón tan brutal, que le hizo echar sangre por la boca, apercibiéndole inmediatamente de que si se quejaba ó decía una sola palabra de aquello á algún superior, aquél era el último día de su vida.

El muchacho se calló; y cuando un oficial, viéndole el rostro inflamado, le preguntó qué había tenido, le contestó que era un flemón, que le dolían las muelas. Todos, en su caso, suelen hacer lo mismo, porque en el régimen de los cuarteles, que es un régimen duro é impropio de cristianos, apenas se atiende á las quejas de los quintos contra los malos tratamientos de las clases, ni se castigan como es debido esos malos tratamientos, ni se protege eficazmente al que se queja contra la venganza casi segura del acusado.

Unos días después el pobre quinto estaba de imaginaria ó de no sé qué servicio. Cuando entró el sargento fué á darle el parte, y con la impresión del terror que aquel malvado le infundía, equivocó las palabras que debía pronunciar, y en vez de decir *no hay novedad*, dijo *fuera gorras*, otra frase de la jerga de los cuarteles. Ante

esta enorme falta, el sargento dió un paso atrás, como cuenta Moratín que hace el toro cuando embiste,

Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu más,

y dió al infeliz tan tremendo puntapié en el vientre, que á los tres días murió presa de terribles dolores.

Yo tomé nota en seguida de todo aquello y se la envié á un diputado conocido para que, cuando se abrieran las Cortes, interpelara sobre ello al Ministro de la Guerra; pero el diputado, que era ministerial, prefirió decírselo al ministro confidencialmente. Tres semanas después el ministro enviaba al diputado, y éste á mí, una carta del coronel del regimiento negando el hecho en absoluto, y así quedó todo: el crimen tapado, el honor del cuartel en su punto, y el sargento en franquía para seguir haciendo muertes, pues creo que ya no había sido aquélla la primera.

Desde aquel suceso me hace más daño que antes el clamoreo revolucionario en favor del servicio militar obligatorio... ¡Ah! y lo que es cuando veo que aun de entre los católicos, algunos babiecas, que nunca faltan, unen también su voz al coro infernal, no puedo resistirlo.

Porque en primer lugar, el hacer á todos á la fuerza ser soldados, es un retroceso hacia la barbarie, pues de las tribus bárbaras es eso de que todos hagan todos los oficios, y cada uno tenga que buscarse el alimento, y guisárselo, y coserse el poco vestido que use, y el calzado si le gasta, y empuñar además el arma á cada paso para defenderse de los de la tribu vecina y aun de los de la suya propia; mientras que de la civilización es el estudio y aprovechamiento de las aptitudes y el cambio de servicios, de modo que nadie tenga necesidad de dedicarse á aquello á que no se inclina. Pero aparte de esto, el servicio militar obligatorio en España no se pide más que con estos dos fines: primero, para interrumpir los estudios y quitar la vocación á los estudiantes de los seminarios y á los novicios de las Ordenes, privando así de ministros á la Iglesia; y segundo, para pervertir á la juventud, haciendo que todos los muchachos, de cualquier clase y condición que sean, tengan que pasar por la corrupción del cuartel.

La prueba de que esto es lo que se busca, está en que en otras naciones donde todo está ya corrompido, la revolución no quiere el servicio militar obligatorio, sino que, por el contrario, clama contra él, como en Francia, donde los llamados *intelectuales*, siguiendo á Renan, que declaró

«incompatible el desarrollo intelectual de los pueblos con el espíritu militar, resto de un estado social no despojado por completo de barbarie», rechazan el cuartel y la disciplina como insoportables y repulsivos.

Y no es que sean los *intelectuales* menos patriotas que los demás, sino que no creen, según ellos dicen, que sea indispensable consagrar tres años, los mejores de la vida, á una instrucción militar que en ocho días puede aprenderse, y no pueden sufrir que con la disculpa de esa instrucción se tenga á los jóvenes por todo aquel plazo de tiempo «sometidos á un régimen embrutecedor, renunciando á la individualidad libérrima en aras de una disciplina ruda, creada para gente soez, como la que componía antiguamente los ejércitos, desprovista del sentimiento del deber, y obediente sólo al castigo». Por otra parte, los socialistas, que acá en España braman como fieras por el servicio militar obligatorio, en Francia le atacan rudamente, declarando que el ejército es inútil y perjudicial á la sociedad en tiempo de paz; prueba clara de que si aquí le piden, es sólo con los fines arriba indicados...

Poco á poco me fuí otra vez aclimatando, y volví á pasarlo menos mal en aquel

rincón, que tan hermoso y halladero me había parecido al principio.

Unos días después se marchó Juanito Martín á tomar posesión de su Juzgado. Iba el hombre más hueco que perro con pulgas. ¡Qué sentencias dará, Dios mío!...

Cuando me quedé sin el aspirante, se me solía juntar el pariente de Rosa, que era un buen muchacho, de escasa ilustración, pero simpático é inteligente; al revés del otro, en esto último, y en lo demás muy parecido. Contándome un día un motín de mujeres que había ocurrido en la plaza de su pueblo contra los acaparadores, comenzó á decirme cómo era la plaza; le dije yo que la conocía bien, así como todo lo demás de la población, y desde entonces siempre me estaba preguntando si me acordaba de tal ó de cuál cosa de la antigua ciudad, para que le hablara de ella, y me oía embebecido y orgulloso cuando le describía aquella estrecha, típica y monumental calle de San Francisco, toda con sus portales bajuchos y pintorescos, discurriendo por la cual cree uno hallarse en plena Edad Media; ó cuando le ponderaba la hermosa iglesia gótica de Santa María, antigua colegiata, con sus tres naves espaciosas, con su capilla plateresca de la izquierda muy recargada de adornos, con su coro de treinta y siete asientos en el orden superior y treinta y

cuatro en el inferior primorosamente tallado, y luciendo una pintura en tabla tras de cada asiento.

También se nos juntaba algunas veces el canónigo... No era trigo limpio. Su compostura exterior ocultaba un fondo de cobardía moral, de transigencia y de acomodamiento, en gran manera vituperable... Como debía la canongía á un personaje político, que, caprichosamente y sin más merecimientos de su parte que algún servicio electoral no muy lícito, le había sacado de la oscura pobreza del clero rural para ponerle en candelero, la gratitud le había hecho encariñarse con el personaje... y con el sistema... Seguramente habría sido un mal estudiante: él mismo lo daba á entender quejándose de las injusticias de los catedráticos, alguno de los cuales había llegado á suspenderle, y por poco no le había hecho perder el curso. Y mientras sus condiscípulos más aventajados, los que sacaban nota de sobresaliente, estarán á lo mejor de párrocos ó de ecónomos en Rabanal de las Llantas ó en Camasobres ó en Cardaño de Arriba, montando á caballo en ayunas para decir la segunda misa después de andar una legua de mal camino, pisando nieve la mitad del año, y luciendo el año entero una sotana sebosa y un sombrero roto —porque las *treinta y siete pesetas* y al-

gunos céntimos que mensualmente percibe un ecónomo rural después de los descuentos, habilitaciones y demás ladronicios no dan para otros lujos,—él, que quedaba suspenso en los exámenes, vive descansado y se pasea por las aceras de la ciudad, y tiene unos hábitos nuevos de paño para el invierno y otros de merino para el verano...

Estos son los naturales frutos del patronato cuando le ejercen Gobiernos liberales de los que ahora se usan... Comprendo el patronato ejercido, como en su origen, por monarcas piadosos, que al mismo tiempo que padres de su reino, eran hijos obedientes de la Iglesia, celosos de su prosperidad y de su gloria; pero ejercido por ministros liberales y masones, que no desean más que arruinarla, me parece un contrasentido tan grande que no sé cómo se sostiene.

Y malo es que los canónigos, que aun cuando ahora no suelen tener ocasiones de ejercer, son en buena disciplina los consejeros del Obispo; malo es que por este sistema de elección sean casi siempre lo peor del clero; pero todavía es mucho más grave que la designación de los Obispos se haga por el mismo sistema. Se dirá que el Sumo Pontífice puede rechazar al designado ó presentado si no le considera digno, lo cual es cierto y tranquilizador... en teoría; pero ¡ay! en la práctica es tan difícil

resistir á los deseos de estos gobiernos sin conciencia, que emplean á lo mejor para salirse con la suya ignobles amenazas de males mayores...

Y eso que mayor no sé si cabe.

Sabido es que la masonería viene á ser una especie de contra-iglesia, la iglesia del Diablo enfrente de la Iglesia de Dios. Tampoco ignora nadie que en España ha habido desde la implantación del liberalismo, y hay todavía en todos los Gobiernos, ministros masones, y hasta se ha dado alguna vez la coincidencia de que el Presidente del Consejo de Ministros, el Jefe del Gobierno que llaman responsable, haya sido al mismo tiempo Gran Oriente de la masonería, ó sea jefe de la contra-iglesia. Bueno, pues así puede darse el caso de que el jefe de la iglesia de Satanás sea el encargado de designar los Obispos para la Iglesia de Cristo. Tan absurdo me parece esto como me parecería que el dueño de un rebaño dejara á cargo del lobo la elección de perros y de pastores para guardarle: claro está que el lobo procuraría designar pastores ciegos, ó por lo menos cortos de vista, y perros sin olfato, sin ladrido y sin dientes... sobre todo sin dientes...

Así venía á ser el canónigo: no mordía á nadie, todo lo encontraba bien, y todos para él eran muy buenas personas...

Se habló un día de un ex-ministro liberal, desalmado del todo, concubinario, prevaricador, ladrón... en fin, que ni en la vida privada ni en la pública tenía el diablo por dónde desecharle, y salió el canónigo diciendo, como de costumbre:

—¡Ah! es muy bueno...

—¡Caracoles!—dije yo dando un estremecido.—¿Muy bueno un hombre que ha hecho esto... y esto... y esto... y esto...? (y le citaba atentados sacrílegos en el orden jurídico, y estafas y rapiñas en el orden económico).

—Bien... yo le diré á usted...—me contestó el canónigo con tranquilidad:—en política es posible que se haya equivocado alguna vez... ¿quién no se equivoca?... Yo me refería más bien á su vida particular...

—¡Ca!... ¡Si su vida particular es peor que la política!—le repliqué.—¡Si todo el mundo sabe que mató á su mujer... á disgustos, y ha pasado toda la vida dando escándalo!...

—Bien, yo le diré á usted...—tornó á contestar con una dulzura desesperante:—ya se sabe que todos tenemos defectos... ¿quién no los tiene?... Yo lo decía porque he oído que ese señor es muy amante de sus hijos...

—¡Ah! eso lo será—le contesté con alguna viveza.—También las fieras aman á

sus cachorrós... y también roban y matan para sustentarlos... Si el ideal de usted son los lobos, verbigracia...

—No... yo le diré á usted... etc....

Y no se le podía sacar de estas blanduras, ni se le podía hacer condenar nada, ni abominar de nada explícita y terminantemente...

—Usted, D. Joaquín, me parece que tiene la manga muy ancha,—le dijo otro día el de Rioseco, oyéndole abonar á otro bandido...

—¡Ah! sí, hijo mío, no hay más remedio... ¡Es el hombre tan débil!... Y Dios es tan misericordioso...

—Sí, eso sí—le dijo el campesino.—Dios es muy misericordioso; pero también nos enseñan que es justo, y yo creo que el que se la hace se la paga, si no se arrepiente á tiempo.

—Diga usted que sí, Rafaelito—añadí yo,—que Dios es infinitamente misericordioso; mas para que su misericordia infinita pueda aplicarse al pecador, es menester que haya términos hábiles. Y esos términos todos los cristianos sabemos cuáles son, aun sin ser teólogos como D. Joaquín, porque el P. Astete nos lo enseña en el Catecismo. Esos términos hábiles, ó esas condiciones para que la infinita misericordia de Dios se ejerza perdonando, son contricción, confe-

sión y satisfacción, y aunque estas dos últimas, cuando son imposibles de realizar, pueda suplirlas el deseo, lo que es la primera, la contricción ó el arrepentimiento, no se suple con nada...

—Sí, sí—dijo D. Joaquín, siempre con su dulzura, que era estudiada, pues por temperamento era un campesinete seco y áspero:—todo eso es verdad; pero ¿quién será el que no se arrepienta de haber ofendido á un Dios tan bueno?...

—¿Quién?...—le dije yo.—Pues todos los que se pasan la vida ofendiéndole y desconociéndole y trabajando porque le ofendan y desconozcan los demás, dictando leyes injustas y atropellando las suyas santas y los derechos de su Iglesia, y mueren sin querer reconciliarse con ella y sin querer reparar ni aun de palabra, con una retracción pública, el mal causado...

—¡Ah! pero quizás allá en su interior, en los últimos momentos... Y luego que para juzgar á los hombres políticos hay que tener en cuenta el espíritu de los tiempos... y las circunstancias... Y también hay que considerar que los pobres suelen vivir muy engañados...

—Porque quieren—le interrumpí yo,—y porque les va bien con el engaño... Lo mismo que los que viven defendiendo errores y herejías más ó menos solapadamen-

te, vulgarizando blasfemias y propalando mentiras perniciosas en periódicos de gran circulación... que no la tendrían ni podrían apenas sostenerse si los Obispos todos se pusieran de acuerdo y prohibieran á los fieles su lectura, pues resulta que se están sosteniendo con el dinero de los católicos...

—Sí... pero tampoco se puede muchas veces ir de frente contra la opinión general, ni contra la corriente de los tiempos...

Así, de esta sangre bonachona, suelen ser los mastines elegidos por los Gobiernos liberales para que ayuden á los pastores á guardar el redil cristiano...

Y aun los pastores no suelen ser de otra.

Vale Dios que la Iglesia es divina y no puede perecer, porque tiene la promesa de Jesucristo de que no han de prevalecer contra ella las logias masónicas, ó dígase las puertas del infierno. Pero si no la sostuviera milagrosamente el poder de Dios, bien pronto no quedaría de ella ni rastro.

Bien se me alcanza que habrá dificultades para dejar este sistema que tan graves daños produce y seguir otro; por eso no tiene lo que digo tono de censura á la autoridad legítima, sino de triste exposición de un hecho lamentable. Porque á los simples fieles no nos toca más que eso: exponer lealmente nuestro sentir doliéndonos de lo que nos parece que no va bien, y des-

pués bajar la cabeza y pedir á Dios que haga cambiar las cosas...

El día 5 de Agosto, que es el de Nuestra Señora de las Nieves, salí muy de mañana con mi madre, que para celebrar sus días y obsequiar á su santa patrona iba á comulgar á la misa que decía el canónigo en la capilla de la Blanca. Yo no me atreví á comulgar pareciéndome que no estaba bien dispuesto: no hice más que oír misa. Cuando volvimos, después de haber tomado chocolate en casa de Neluco en compañía del canónigo á quien mi madre convidó á desayunarse allí también, nos encontramos sobre la mesa de la sala el correo, más abundante que de ordinario, pues había muchas cartas y tarjetas para mi madre, felicitándola sin duda.

Comenzó á abrir sobres y yo cogí un periódico...

—Esta es de Monteviejo... Esta es de la Valdivia—me decía según iba abriendo.—Aquí viene Manuel Ibáñez, siempre tan cumplido... ¡Ay! la pobre Carmen, á pesar de sus penas... La Condesa de la Loma del Peral... El marquesito de Valdegrija...

Yo atendía un instante, hacía algún comentario ó alguna pregunta encaminada á averiguar dónde se hallaban los remitentes, y luego seguía leyendo.

—Carta de tu tía Jesusa, —me dijo luego.

—¿De Gijón escribe?—la pregunté.

—Sí, de Gijón... Que salieron de la Festosa dos días después que nosotros, y llegaron sin novedad... Que está aquello muy animado con los preparativos de las fiestas de Begoña... Muchas felicidades... muchos recuerdos de tus primos... Toma, si la quieres leer...—dijo al fin alargándome la carta.

La cogí y empecé á leerla.

Era una carta muy cariñosa, porque mi tía y mi madre se quieren mucho; como hermanas; y aun creo que no será difícil hallar hermanas que no se quieran tanto. Se trataron con intimidad desde niñas, se casaron en un mismo año, y luego enviudaron también con pocos años de diferencia, uniéndolas entonces la desgracia con vínculos todavía más fuertes.

La carta decía con más extensión todo lo que en compendio había dicho mi madre, y al final tenía esta posdata:

«Querida tía Nieves: Aunque ya veo que mamá la felicita á usted en nuestro nombre, quiero ponerla á usted estas cuatro líneas enviándola un abrazo muy apretado y muchos besos.

»La quiere á usted mucho, mucho, su sobrina—*Isabel*.

»Recuerdos á Alvaro, y que no olvide mis consejos.»

Al volver á dar la carta á mi madre, me dijo:

—Ya habrás visto lo que te dice Isabel, que no olvides sus consejos... No sé qué consejos son... pero seguramente no serán malos, siendo suyos...

—Ni malos ni buenos, mamá—la dije.— Es una broma de Isabel...

—¿Una broma?... Pues parece que habla formalmente... Ahora que... si es algún secreto...

—Mamá querida... ¡si yo para usted no tengo secretos!...—la dije, dándole un beso en la mano y luego dos ó tres en la mejilla.

—Bueno, hijo mío—me dijo enternecida y dándome á su vez un beso en la frente.—Ya sé que me quieres mucho; pero si sientes decírmelo...

—No, mamá—la dije comprendiendo que tenía deseo que se lo dijera,—no lo siento nada... Verá usted. Isabel me solía dar bromas con aquella mejicana que vino aquí unos días á bañarse y que estaba también en la Festosa... se empeñaba en que me gustaba mucho...

—También á mí me pareció que te había hecho alguna impresión en aquellos primeros días...

—Sí, mamá; pero no pasó de ahí... El día que fuí con el juez en ciernes y con los

señores mayores á la romería de la Pruneda, fué también ella, y aquel día la hablé por primera vez, porque el aspirante conocía á un muchacho de Santander que andaba con ella y con otras amigas, y se empeñó en llevarnos al baile donde estaban... Después ya tuve que saludarla todas las mañanas cuando venía á bañarse... Luego la encontramos en la Festosa, y no tenía más remedio que hablarla y hacerla algo de caso. La noche última de las fiestas, en el baile del teatro, bailé con ella un rigodón, durante el cual, Isabel, que nos veía desde la platea de la Riega, creyó notar que estaba algo displicente conmigo; y á otro día, en su casa, cuando fuimos á despedirnos, me estuvo hablando mucho de ello, diciéndome que no me afligiera por aquellos desdenes, que á lo mejor no serían lo que aparentaban, sino más bien avivadores del amor, y aun cuando fueran verdaderos desdenes no tenían importancia, porque en todas las relaciones hay altos y bajos, y tras de la tempestad vendría la calma... Y aunque yo la contestaba que no podía venir la calma porque no había tempestad, ni relaciones, ni amor, ni desdenes, ni nada de lo que decía, ella seguía imperturbable diciéndome que no me desanimara, que todo se arreglaría perfectamente, que fuera yo constante y que pronto llegaría á la posesión del

objeto amado... A esto sin duda llama Isabel sus consejos...

—Me extraña mucho que Isabel te dijera esas cosas... Por el contrario, yo creía que tu prima...

Hizo mi madre aquí una pausa, ó mejor dicho, una parada en firme, y después de unos momentos de silencio, como quien retrocede para tomar otro camino, me preguntó de pronto:

—¿No te gusta Isabel?...

—Sí, mamá, sí me gusta.

—Lo dices así... sin entusiasmo... como por complacerme.

—No, mamá: lo digo con sinceridad, porque me gusta.

—Verdad es que eso es lo natural: lo raro sería que no te gustase, porque ¿á quién no ha de gustar Isabel? Es muy buena, es angelical, ya me lo has oído decir otras veces y has convenido en ello...

—Sí, es buenísima.

—Y además es hermosa... y es una gran figura, fina, distinguida, elegante con elegancia natural, agradabilísima... Dite tú que tuviera otro carácter, que fuera algo menos modesta y algo más bulliciosa...

—Y ya no la gustaría á usted tanto...

—Es verdad; pero quería decir que con esas otras condiciones llamaría la atención y brillaría muchísimo en el mundo...

—Ya sabe usted que yo no me pago gran cosa de esos brillos, de suerte que así como es Isabel, con su sencillez y su modestia, me gusta más que si fuera de otro modo...

Aquí volvió mi madre á quedarse callada unos momentos, y después continuó:

—Yo en *eso*, hijo mío, casi no me atrevo á decirte nada, porque es asunto muy delicado... A lo más que podría determinarme sería á darte mi parecer...

—Que para mí sería decisivo.

—No, hijo; según y conforme... En eso no estás obligado á hacer precisamente lo que á mí me parezca... Y más te diré: hasta podría darse el caso de que estuvieras obligado á no hacerlo... Si, por ejemplo, tratara yo de inclinarte á que te casaras con una mujer á quien no quisieras, ó á quien tuvieras antipatía...

—Bueno, mamá; pero ese caso no puede darse, porque ya sé yo que usted no había de proponerme nunca una cosa como esa.

—Figúrate que te propusiera el casamiento con Isabel...

—Esa proposición sí que no me costaba nada de trabajo aceptarla... Y ahí sí que no se daba ese caso que usted decía antes; porque Isabel, bien lejos de inspirarme antipatía, me es muy simpática y la quiero muchísimo... de suerte que me daba usted por el palo del gusto.

—No puedes figurarte, hijo de mi alma, cuánto me alegro de oírte hablar así...

—Pues nunca he pensado de otra manera, mamá.

—Entonces—añadió con visible alegría—estamos del mismo parecer, y ya no hay dificultad ninguna para resolver ese asunto á gusto de ambos, hijo mío...

—Sí, mamá: puede haberla... por parte de Isabel...—la dije.

—¡Ah! yo creo que no—me contestó algo sorprendida:—yo creo que Isabel te quiere... y tu tía también se alegraría mucho... ó mucho me equivoco yo... y hasta Pepe... ¡Sería una cosa tan á gusto de todos!...

—Pero Isabel está creída de que estoy enamorado de la mejicana... la han contado mil invenciones... y no sé si llegaría á convencerse...

—Sí; ¿por qué no se ha de convencer?... Yo la hablaré, si quieres... Y eso que tratándoos vosotros con tanta confianza, no debéis de necesitar intermediarios... O escribiré á tu tía para que se lo diga.

—Ya hablaremos de eso, mamá.

—Bueno, hijo mío.

Desde aquel día me consideré estrictamente obligado á no volver á pensar, con relación al matrimonio, más que en mi prima. Ya otras veces había formado el mismo propósito y no le había podido cumplir;

pero entonces no me creía obligado más que conmigo mismo, pues á nadie había dado conocimiento de mi resolución, mientras que ahora estaba también obligado con mi madre, y esto era más serio... Y como, por otra parte, el recuerdo de Amparo iba siendo menos vivo cada día, por aquello de que «donde no está el rey no parece...», se me antojaba el cumplimiento de mi obligación cosa fácil...

Estaba resuelto á hablar á Isabel con formalidad en cuanto llegáramos á Madrid, y si, como mi madre suponía, no había dificultad por parte de ella ni de su madre, arreglar en seguida la boda. Algunas veces, pareciéndome que esperar hasta volver á Madrid era esperar mucho, estuve tentado á escribirla á Gijón diciéndola sencillamente mi deseo, ó contándola, para que me creyera mejor, toda la conversación tenida con mi madre; pero luego me parecía que estas cosas era mejor decirlas de palabra, y así lo fuí dejando, sin que la carta pasara nunca de proyecto. Mantenía firme, sin embargo, mi resolución en lo principal, y disfrutaba, gracias á ella, cierto bienestar, cierta tranquilidad de espíritu que me duraron hasta el fin de la temporada de baños.

El día de la Asunción de la Virgen, que es la fiesta principal de Trascumbres, con honores de feria, fuimos allá todos los de la

casa, menos la ingeniera, que no podía andar tanto por su gordura, y la registradora, que estaba indispuesta. Su marido fué con nosotros con ánimo, según decía, de volverse en cuanto oyera misa; pero luego, haciéndosele que tardaba mucho en empezar, se salió de la iglesia despacenciado y se volvió á la playa. Por cierto que llevaba un sombrero blando tirolés, que al entrar en el templo había metido debajo del brazo como tenía de costumbre, y al salir se le olvidó ponerle y se fué á pelote hasta la Blanca, de lo cual le sobrevino una insolación que á poco le lleva. Ya otra vez, una tarde que cayó una nube, había vuelto de paseo aguantándose la lluvia y con el sombrero debajo del brazo, sin acordarse de que le tenía.

Aquel día conocí al cura de Trascumbres, ó al Abad, como le llaman allí, que es un anciano venerable. Alumno de Teología el año 33, dejó el Seminario para irse á las filas carlistas, donde hizo la campaña de los siete años y llegó á comandante. Disuelto aquel ejército por la traición de Maroto, ó llámese convenio de Vergara, de cuyos beneficios no quiso aceptar más que la amnistía, reanudó sus estudios, se ordenó y fué cura, primero de una aldea muy pequeña, y después de Trascumbres, de donde no piensa ya salir, según dice. ¡Qué diferencia

entre él y el canónigo de que te hablé antes!...

Tenía el Abad noticia de quiénes éramos los que estábamos en la fonda del Espinadal, por el dueño, persona bellísima, y también de que pensábamos ir á pasar aquel día á Trascumbres, y en cuanto habíamos llegado se nos presentó á convidarnos á comer á todos, diciendo que contaba ya con nosotros y que teníamos que hacerle ese favor, y que no había remedio... No valió decir que teníamos ya encargada comida en el parador, porque dijo que él se encargaba de desencargarla.

—Señora Condesa—la decía á mi madre, —yo bien sé que usted no es enemiga de la Iglesia ni de sus ministros: de manera que no debe tener usted inconveniente en aceptar un convite eclesiástico, enteramente eclesiástico. No tengo más convidados que los curas del contorno y algún seglar de los que no se avergüenzan de confesar á Jesucristo. De modo que no estará usted en mala compañía. Y por lo demás, no comerá usted como en su palacio de Madrid, ni siquiera como en el de Villamoros; pero como es usted buena cristiana, también sabe que algún día hay que hacer penitencia.

—No tengo miedo á la penitencia que hubiera de hacer hoy en casa de usted—le decía mi madre;—pero somos muchos y les

vamos á causar á usted y á su familia, y aun á sus compañeros y amigos, un gran trastorno...

—Ninguno, señora: todo está previsto, y no hay trastorno posible...

Tampoco hubo posible resistencia. Los de Rioseco dijeron que estaban de antemano convidados á casa de un indiano amigo; y como éste se presentó al salir de misa á certificarlo y á reclamarlos, se fueron con él. Mi madre y yo nos fuimos á casa del señor cura.

No me pesó nada. Estuve hablando con él un largo rato antes de sentarnos á la mesa, y algo mientras la comida, y luego, de sobremesa, otro rato bueno, y me dejó encantado. ¡Qué hermoso corazón hay debajo de aquella modesta sotana!... ¡Qué fino sentido de lo recto y de lo justo!... ¡Qué valor moral, qué presencia de espíritu, qué sencillez en la abnegación, qué tranquilidad en la disposición al sacrificio, qué naturalidad en la intransigencia!...

Tenía también convidado á comer al canónigo, á quien ya conocía mucho porque había estado allí más veranos, y como le trataba con bastante confianza, solía salirle al encuentro en cuanto le parecía que se desviaba un poco del buen camino. Había salido aquel día el canónigo para Trascumbres mucho antes que nosotros con objeto de

decir la misa primera, confesar y asistir á la mayor, de modo que no le habíamos visto en toda la mañana; y al encontrarnos con él en casa del Abad á la hora de comer, le dijo mi madre:

—¿Qué tal, D. Joaquín?... Hoy no nos hemos visto... ¿Qué tal pasó usted la noche?...

—Bien, gracias, señora... ¿Y usted?—la contestó el canónigo...

—¡Hombre, hombre!... Sr. D. Joaquín —le dijo sonriéndose el Abad,—en ningún cristiano está bien; pero en un ministro de Cristo que debe ser gala y ornamento de su Iglesia; en un sacerdote ilustre que ha sido colocado en alta posición para que sirva de modelo á los demás, está muy feo eso de seguir las modas masónicas. Se dice: «bien, gracias á Dios». El antiguo saludo español y cristiano era éste: «¿Qué tal?» ó «¿cómo te va?» ó «¿cómo está usted?»—«Bien, gracias á Dios»; ó «hay salud, gracias á Dios». Se daban las gracias á Dios por estar bien, por gozar de salud, como es natural que se le den al que nos está conservando la salud y la vida en todos los instantes, pues en cualquiera de ellos en que dejara de conservárnosla caeríamos deshechos. Por eso ha dicho un filósofo que la conservación viene á ser una creación continua; y siendo así, continuamente debemos dar

á Dios gracias por ella, ó si esto no es posible, á lo menos siempre que hablemos de nuestro bienestar ó de nuestra salud. Así se hacía antes. Pero la masonería, que está empeñada en echar á Dios de todas partes, quiso echarle de las despedidas, sustituyendo en ellas el «á Dios» por el «abur», que ya no dice nadie más que algún tonto, y quiere echarle también del saludo usual y corriente diciendo así, como usted: «bien, gracias», frase en que se conservan las *gracias* de la antigua, pero ya no se dan á Dios por la conservación de la salud, sino al que pregunta, por la atención de preguntar por ella... En seguida han entrado en esa moda todos los impíos que aborrecen á Dios, y todos los majaderos que aman la novedad, sea como quiera, y tratan siempre de imitar á las personas que creen de más tono, y algunos incautos, que no reparan en la malicia de las cosas, entre los cuales, por lo visto, hay hasta canónigos de Palencia...

—Este D. Cipriano—dijo el canónigo como rascándose el mosquilón—no deja pasar una: siempre está en su puesto...

—Y este D. Joaquín—dijo el abad—no suele estar nunca en el suyo...

Es un gran hombre aquel abad, un gran hombre... Me gustaba mucho hablar con él por lo bien que juzgaba de las cosas: así es

que desde aquel día que le conocí le visitaba con frecuencia. Por las tardes, en vez de ir para otro lado á paseo, me iba hasta Trascumbres á echar con él un párrafo.

Hacia el fin del mes de Agosto me dijo un día mi madre que había que ir pensando en dejar aquello, porque teníamos que pasar unos días en Villamoros, dar también una vuelta por la Casería de Matabuena y volver á Madrid á principios de Octubre.

Añadió que, para bien ser, habíamos de tocar en alguna población de cierta importancia, que tuviera comercios donde poder comprar algún regalo para las muchachas, que son muy buenas, y algunas chucherías para los niños del casero de Matallana, digno también de toda clase de atenciones. La dije que podíamos detenernos un día en Palencia, donde, si habíamos de ir á Villamoros, de todas maneras teníamos que hacer noche esperando hasta la madrugada el paso del tren del Noroeste; ó podíamos, si la parecía mejor, irnos á Santander, para lo cual no necesitábamos más que, el día que llegáramos á Torrelavega, en vez de tomar el tren que sube hacia Reinoso, tomar el que baja y volver á subir al día siguiente...

Ni mi madre ni yo conocíamos á Santander más que de oídas y de lecturas; y acaso esto fué causa de que ella se decidiera por

la última de mis proposiciones. Declaro francamente que no tuve segunda intención al hacérsela. Suponía yo que estaría allí todavía la mejicana; pero no la creía en la ciudad, por lo que diré, sino en el Sardine-ro, á donde no era necesario ir, y yo procuraría que no fuéramos, porque, aun cuando parezca extraño, no deseaba verla.

Hechos los preparativos de viaje, y comprometidos muy de antemano dos asientos de berlina en la diligencia de los Orgas, pagándolos desde El Infiesto, una tarde nos despedimos de los compañeros de fonda y de la familia del Espinadal, y fuimos á la Blanca á pasar la noche en casa de Neluco, para montar á la mañana en la diligencia que pasaba por allí al ser de día. Así lo hicimos: llegamos sin novedad á Torrelavega, comimos tranquilamente, y por la tarde salimos para Santander en el tren mixto.

Me había escrito Salceda desde Santander al día siguiente de su llegada y á los dos de habernos despedido, pues siempre solía hacer así: escribía luego que nos separábamos, muy fervoroso, una carta, ó dos á lo sumo, y luego no volvía á dar señales de vida hasta que nos encontrábamos de nuevo. Recordé que escribía en papel muy historiado de una fonda, con el edificio litografiado arriba, y debajo el nombre y las señas. Busqué la carta en la maleta, y ví

que la fonda era la de Redón, y las señas núm. 3, calle de Atarazanas. Propuse á mi madre que, pues no conocíamos ninguna otra, podíamos irnos á la fonda en que había estado Salceda, y así quedó acordado.

Volví á repasar la carta, en la que recordaba yo que Luis me hablaba de la mejicana, y dí con el párrafo á ella dedicado, que decía: «Ayer tarde, cuando salí de casa por primera vez, después de una siesta muy larga, pues antes de anoche apenas dormí, y tras de antes de anoche ya sabes que dormimos poco, me encontré con Payito en la Segunda Alameda. La hice una inclinación de cabeza, sin pararme á saludarla, porque iba con unas desconocidas; pero luego, cuando vine á comer, me la volví á encontrar en el comedor, pues vive aquí en la misma fonda con su padre. Entonces ya la saludé en forma, y me contestó muy amable, preguntándome por tí, si te habías quedado en la Festosa, y presentándome luego al autor de sus días, que, aunque es buen mozo, no me parece tan simpático ni con mucho. Me han dicho que en cuanto pase esto de las ferias se trasladan al Sardi-nero, al Gran Hotel, donde piensan estarse todo el verano.»

A las cinco próximamente llegamos á la estación de Santander, desde donde nos hicimos conducir á la fonda mencionada, que

es de bastante buen aspecto; y en cuanto nos proveyeron de agua y nos purificamos con repetidas abluciones del humo y del cisco y del polvo que habíamos cogido en el tren, volvimos á salir á ver la ciudad, que no tiene que ver demasiado. De monumentos, como población de desarrollo moderno, está muy pobre; y en cuanto al caserío y la traza, fuera del muelle, que es alegre y hermoso, apenas hay más que callejuelas tristes. Aquel muelle, sí; aquella prolongada lancera de encristalados miradores dominando la extensa bahía y á través de ella el florido suelo trasmerano, vale cualquier cosa; pero no es más que como una brillante fachada, detrás de la cual, en vez de un suntuoso palacio, se encuentra una casa de vecindad oscura é infecta.

Verdad es que en casi todas las poblaciones sucede lo mismo: en casi todas es más lo malo que lo bueno, y aquí está Madrid, la Corte de España, con sus calles de Mira el Sol y de Mira el Río y de Rodas y de Cabestreros y del Tribulete y del Arroyo de Embajadores y del Peñón y de Arganzuela y del Bastero y del Carnero..., y cito éstas porque las conozco mucho de haber visitado en ellas los pobres de la Conferencia de San Vicente, las cuales no tienen nada que envidiar en lo malo ni á las peores callejas de Santander, ni aun

á las de cualquier ciudad de Marruecos.

Después de dar unos paseos por el muelle, que estaba muy concurrido y animado, volvimos á la fonda ya entre dos luces.

Nos advirtió la camarera que podíamos ir al comedor cuando gustásemos, pues ya estaban empezando á servir la comida: dijímosla que íbamos al momento, que nos esperara para guiarnos, y así lo hizo. Entramos en el comedor precedidos de la camarera, nos enseñó ésta los sitios que habíamos de ocupar, que eran los primeros desocupados del ala izquierda un poco más abajo de la mitad de la mesa, acerqué la silla á mi madre para que se sentara, y al ir yo á sentarme, por entre un frutero y un ramo de flores, ví enfrente á Payito que me miraba sonriéndose.

—Voy á saludar á aquella señorita—dije á mi madre.—Y dando la vuelta por el extremo de la mesa, llegué á donde estaba.

—¡Qué felicidad tan grande!—la dije.

—No mayor que la *nuestra*—me contestó, señalando con la vista, como para justificar el plural, hacia un hombre que tenía á su lado y añadiendo inmediatamente:—Mi padre... El Conde de Villamoros—continuó, dirigiéndose á él,—de quien he hablado á usted tantas veces...

Y en seguida, mientras su padre y yo nos saludábamos, se levantó precipitada, y

haciendo en sentido inverso el mismo viaje que yo acababa de hacer, se fué á saludar á mi madre.

—¿Cómo está usted, señora?—la dijo, cogiéndola una mano y besándosela respetuosamente, y añadiendo sin darla tiempo á contestar:—Yo he tenido muchas veces el gusto de ver á usted, aunque nunca la satisfacción de hablarla; pero ahora...

—Sí, también yo la recuerdo á usted mucho—la interrumpió mi madre—de haberla visto á usted en la Blanca y en la Festosa, y sabía por mi hijo que tenía usted la amabilidad de tratarle...

—Honrándome en ello...

—Muchas gracias...

—De modo que usted me perdonará que haya aprovechado esta primera ocasión...

—Con mucho gusto mío... No es caso de perdón, sino de agradecimiento...

Cuando el padre de Payito y yo acabamos de hacernos los cumplimientos que son de costumbre, me dijo:

—Ahora hágame usted el favor de presentarme á su mamá, pues mi hija ya se ha presentado ella sola.

—Se conocían mucho de vista,—le dije.

Y dando con él la vuelta á la mesa, le llevé á presentarle á mi madre, como deseaba.

—Este es mi padre—la dijo Payito en

cuanto llegamos, sin aguardar á que yo hablara,—que deseaba mucho conocer á ustedes por lo que yo le refería...

—Sí—añadió él:—mi hija me hablaba siempre de ustedes con tal entusiasmo, que tenía ya verdadero deseo de conocer á ustedes y de ponerme á su servicio, como tengo el honor de hacerlo ahora...

—Muchísimas gracias,—dijimos mi madre y yo á un tiempo...

Después del saludo y de las frases de cortesía que reclamaba el caso, hija y padre se fueron otra vez á su sitio.

—¡Qué amable es la chica y qué llana! —me dijo mi madre á media voz cuando se marcharon.

—Sí—la dije yo,—es muy tratable.

Mientras la comida, padres é hijos cambiamos algunas palabras, aunque pocas, porque no se podía hablar con comodidad. Era la mesa algo ancha, y además hacían mucho ruido los permanentes en la cabecera, discutiendo sobre la última corrida de novillos, de modo que era necesario levantar demasiado la voz para entenderse.

Pero ya que no hablar, lo que hice yo fué mirar mucho á Payito, que estaba hermosísima, con un simple traje de escocesa y una flor en el pelo, contrastando aquella elegante sencillez con el mal gusto de otras señoras que había por allí cerca, ma-

terialmente cargadas de pedrería. Siempre suele Payito «vestirse poco», ya sea por inclinación á lo sencillo, ya por convencimiento de que para parecer bien la bastan sus gracias naturales...

Debo confesar con franqueza que desde luego comenzó á recobrar en mi corazón el terreno perdido...

A ello contribuía, no solamente su hermosura, que era aquella noche, y es para mí siempre, irresistible, sino también y muy poderosamente el juicio de mi madre, que, lejos de serla hostil, la era favorable en principio... «¡Qué amable es!» había exclamado con verdadera espontaneidad. Y esto era ya mucho realmente.

En cuanto llegaron á los postres los que habían empezado á tiempo á comer, pues mi madre y yo íbamos más atrasados, se levantó Payito de donde estaba y se vino al lado nuestro, cogiendo y tratando de acercarse una silla. Se la quité de la mano, y corriendo la mía un poco hacia abajo, se la puse al lado de mi madre, donde en seguida se sentó y comenzó á hablar tan afectuosamente con ella como si fueran amigas de toda la vida. Poco después vino también el padre á sentarse junto á mí y entablar conversación, algo desatendida de mi parte por atender á la que con mi madre tenía Payito.

Comenzó preguntándola si íbamos á estar allí muchos días, y se afligió al oír que sólo hasta la tarde del siguiente.

—¡Ay, qué poco!—decía con encantadora naturalidad.—¡Yo que me había ya forjado la ilusión de estar aquí con usted unos días, y estaba tan contenta!...

—¡Muchas gracias!—la contestaba mi madre.—No podemos estar más porque ya hemos avisado el día que vamos, y nos esperan... No hemos entrado por aquí más que de paso, por hacer unas compruchas de poca importancia y ver á Santander, ya que pasábamos cerca.

—¿No había estado usted aquí nunca?...

—No, nunca, hasta ahora.

—¿De manera que no conoce usted la población?...

—Lo que hemos visto esta tarde: el muelle, que nos ha gustado mucho, y poco más...

—Pues yo saldré con usted mañana, si usted quiere...

—¡Ay, no! Muchísimas gracias...

—Sí, señora... ¿por qué no?... Dice usted que tiene que comprar algunas cosas...

—Sí, cuatro chucherías...

—Bueno: pues como usted no sabe las tiendas, voy yo con usted á enseñárselas. Yo llevo aquí ya un mes largo... Es decir, aquí en la ciudad no he estado más que

ocho días cuando vine, allá por las ferias, y cuatro ó cinco ahora: lo demás del tiempo hemos estado en el Sardinero, pero muchos días venía con el aya á dar una vuelta: de suerte que conozco esto bien, ya sé dónde está todo, y puedo servirla á usted de guía... Porque aunque tiene usted aquí á su hijo, que sabrá...

—No: tampoco ha estado aquí nunca, ni sabe más que yo.

—Y aunque supiera, señora: iba á decir que sabría las calles; pero aunque las supiera, á los hombres parece que no se les amaña bien ni les gusta ir con nosotras á los comercios: lo veo por papá... De modo que ya sabe usted: á la hora que á usted la parezca mejor, me manda usted recado por la camarera... estamos en el número 5, ella ya sabe... y vengo y la acompaño á usted.

—No, no, Amparito: no quiero que usted se tome tanta molestia...

—¡Ay! ¡Si no es molestia ninguna, Condesa, créame usted, sino al contrario, grandísimo placer para mí!... Usted no puede figurarse cómo la quería yo á usted ya antes de tener la fortuna que he tenido esta noche... Me fué usted tan simpática desde la primera vez que la ví... ¡Si supiera usted el deseo que yo tenía de ser amiga de usted!... Cuando estaba algo cer-

ca de usted en la Blanca y en la Festosa ¡me daba una pena el no poder hablarla!... Así es que ahora que ya tengo esa dicha, no me prive usted de disfrutarla todo lo posible, estando con usted el mayor tiempo que pueda dentro de lo poco que van ustedes á detenerse...

—Es usted muy amable...

—Muchas gracias... Digo las cosas como las siento, créame usted. Si no lo sintiera, me callaría, porque no sé decir una cosa por otra... Soy así...

—Así se debe ser...

—¡Ay! Pues ahora me alegro más de ser así, como á usted la gusta... Bueno... quedamos en que mañana me avisará usted... ¿sí, Condesa?... A la hora que usted guste... No importa que sea muy de mañana, todo lo de mañana que usted quiera, porque yo me levanto siempre temprano para ir á misa...

—También yo tengo que ir á misa.

—¡Ah! pues vamos juntas también, si usted quiere... O me manda usted recado, ó me dice usted desde luego la hora, y voy por la habitación de usted, ya dispuesta, y nos vamos... Podemos ir á la Compañía, que está cerca... La Catedral tampoco está lejos; pero hay que subir un poco de barga, y si acaso usted siente...

—No, eso no lo siento nada: ando muy bien, gracias á Dios.

—Entonces es lo mismo... Yo suelo ir á la Compañía, porque el primer día que fuí me encontré diciendo misa al P. Azpeitia, que estuvo en Méjico, y era mi confesor allá... y me alegré tanto... Por eso parece que me gusta más ir allí; pero iremos á donde usted quiera...

—Yo quiero á donde usted me lleve...

—Bueno, pues á la Compañía... Verá usted qué bien... Y después de oír misa nos vamos de tiendas, compra usted esas cosas que ha dicho, y luego nos volvemos á casa...

—Perfectamente. Ya que usted se empeña, aquí me tiene usted dispuesta á aprovecharme de su amabilidad...

—No: á que yo me aproveche de la de usted, Condesa, porque yo soy la que voy ganando...

—Para con Dios no digo que no, si lo sufre usted con paciencia; porque va usted á hacer una obra de misericordia: enseñar al que no sabe...

—¡Ay, no, señora! Para con Dios nada ganaré, desgraciadamente, porque lo hago con tanto gusto, que me dirá que ya en ese gusto he recibido mi recompensa.

—Muchas gracias...

—No, no las merezco... ¿Y á qué hora

quiere usted que salgamos, Condesa?...

—Si no la parece á usted muy temprano, á las ocho...

—No, señora; ni á las siete... Me levanto siempre antes.

—Entonces á las siete y media, si la parece á usted... Para oír misa con sosiego y tener tiempo de todo...

—Bueno: á las siete y media... Y después que vengamos de compras, allá á las diez y media ó las once, podemos volver á salir con Alvarito y con papá, y vamos al Sardinero á que vean ustedes aquella playa... Podemos ir para allá en el tranvía de vapor que va por la Magdalena, por toda la orilla de la bahía hasta la barra, y luego por la orilla del mar, con unas vistas preciosas, y volver en coche por el paseo de la Alta, que también es bonito. Allí están haciendo unos hoteles...

—Mira, Payito, que estos señores han venido hoy de viaje y querrán descansar: no te embebas tanto en la conversación,—dijo el padre á la hija, viendo que ya nos íbamos quedando solos...

—No, papá: estamos arreglando el plan para mañana, si Dios quiere,—le contestó ella.

—Bueno, hija; pero no seas pesada,—la dijo él.

—¡Ay! no, señor—le replicó mi madre

en seguida.—No diga usted eso, por Dios... ¡Si es tan agradable!...

—Muchas gracias, señora—dijo él;—pero ustedes, por más que sea, siempre vendrán algo cansados...

—No gran cosa—le dije yo,—porque descansamos en Torrelavega, y desde allí acá es tan corto el trecho...

—De todas maneras—insistió levantándose,—ya va siendo buena hora... y cuando se viene de viaje, aunque no sea largo...

Salimos todos del comedor, nos acompañaron padre é hija hasta la puerta de nuestra habitación, y despidiéndose muy amistosamente, echaron á andar por el pasillo.

—Ahí me tendrá usted á las siete y media, Condesa,—dijo todavía Payito desde lejos.

—Bien: aquí la espero á usted,—la contestó mi madre.

Entramos en la habitación que nos abrió la camarera, y en cuanto nos quedamos solos, volvió mi madre á decirme:

—¡Qué cariñosa es la chica, y qué llana y qué afable!... No tenía yo idea de que las americanas eran así...

—Sí, mamá—la dije:—pues yo varias veces he oído que en la América española se conserva mucho el antiguo trato español, franco y noble, la afabilidad cristiana de nuestros abuelos llevada allí por los

que fueron á conquistar y á civilizar aquellas regiones salvajes; mientras que acá nos hemos contagiado mucho de la comiquería francesa, y no poco del frío y estúpido formalismo de los ingleses...

—Eso sí es verdad... Y algo hemos mejorado de algún tiempo á esta parte, pues cuando yo era muchacha aún estaba más en auge lo inglés, y el trato era más frío y menos natural que ahora...

—Pues todavía deja mucho que desear, y no tiene comparación con lo que debió de ser antiguamente ni con lo que dicen que es hoy en América. Me contaba hace años en Madrid un señor de Puerto Rico, que allí no tanto, porque están más en contacto con los españoles de ahora, pero en Venezuela, donde él iba muchas veces, porque era de allí su madre, la primera vez que ven á uno le tratan ya como si fuera amigo íntimo ó como si fuera hermano. Me decía que varias veces le había sucedido á él en casa de sus parientes comer con un desconocido, con un viajero que, al pasar por delante de la puerta, preguntaba si iba bien para tal ó cual parte, ó si había algún mesón ó parador por allí cerca, y la contestación era hacerle apearse, cuidarle la caballería, sentarle á él á la mesa con la familia, y despedirle afablemente después de la comida y del café con un «vaya con

Dios, amigo», probablemente para no volverle á ver nunca. Lo mismo creo que sucede en los demás países educados y civilizados por España; y es natural, como que la Religión cristiana, cuyo espíritu dominaba entonces en nuestras leyes y en nuestras costumbres, enseña á considerar al hombre, aunque sea desconocido, como á un hermano, mientras que los filósofos protestantes y racionalistas, siguiendo en esto como en todo á los gentiles, enseñan á considerarle como á un lobo. También de Méjico he oído decir que se conservan allí muchas de las antiguas costumbres cristianas de Castilla y de León, mejor que acá por estos reinos.

—Yo no sé...—dijo mi madre queriendo volver á su tema:—lo cierto es que esta chica es muy afable y muy amistosa.

—Sí, es sencilla y franca.

—El padre ya no me gusta tanto... Parece algo zorro...

—Verdad es que parece más reservado.

—Y luego tiene un mirar así... como de quien está dispuesto á cualquier cosa... No debe de ser bueno...

—No tiene la mejor traza; pero... ¿quién sabe?...

—Es verdad que no se puede juzgar así, nada más por una impresión... ¡Jesús! Dios me perdone. No hagas caso, hijo mío... Pue-

de que sea bastante mejor que yo... pero quería decir que no me gusta como su hija... Lo que es la hija, es muy amable... y parece buena...

—No creo que sea mala.

—Sí, tiene arte de ser buena... además de ser guapa, porque hay que convenir en que como guapa...

—Es guapa, sí.

—Y no es tonta; tiene talento, pues á pesar de haber hablado mucho conmigo y de haber estado muy expansiva, no ha dicho ninguna simpleza...

Seguimos hablando todavía un rato de Payito y de su padre; después rezamos el rosario, y luego yo me pasé á mi gabinete y nos acostamos.

No pude dormir. Haciendo calendarios y discurriendo y metiéndome en confusión y volviéndome tarumba pasé toda la santa noche. La tranquilidad conquistada últimamente había volado. La presencia de Payito con su fascinadora hermosura, y el agrado con que mi madre empezaba á tratarla, habían echado por tierra en un momento el inseguro andamio de mis propósitos. La mejicana se volvía á enseñorear de mi corazón, sin encontrar casi resistencia, durante la oscuridad de la noche. Mi prima, que desde hacía un mes reinaba en él pacíficamente, apenas ocupaba ya á la madrugada

más que un rinconcito como de limosna.

En realidad, lo que en mis vacilaciones anteriores me había hecho decidirme por Isabel, era el deseo de complacer á mi madre, que la quería mucho y aun había llegado á decirme que sería una felicidad vivir con ella. Pero en aquel encuentro inesperado acababa yo de adquirir la seguridad de que mi madre llegaría á querer también á Payito; más diré: la seguridad de que ya la quería. Y estando seguro de esto, y gustándome más Payito que Isabel, ¿por qué había yo de sacrificar mi gusto?...

Y lo que es de las buenas disposiciones de mi madre respecto de Payito, no cabía duda. ¡Había estado tan explícita!... Varias veces había repetido que era muy amable, muy llana, muy cariñosa... Aun había dicho que parecía muy buena, que era muy guapa, que tenía talento... ¿Qué más podría decir si hablara de ella con verdadero cariño?...

No creía yo que mi madre al hablar así pretendiera inclinar mi corazón hacia la mejicana... Eso no, ¡qué disparate! Ni podía pasarme por las mientes semejante idea... Mi madre se expresaba así porque se expresa siempre con sinceridad: la había producido buena impresión Payito, y lo decía sencillamente, sin pensar, ni sospechar, ni imaginar siquiera, que con ello podía

hacer daño; porque como yo la había dado á entender claramente al explicarla los *consejos* de Isabel y referirla mi última conversación con ella que no tenía nada con la mejicana, lo había creído así, estaba tranquila sobre ese particular, y no se figuraba que mi resolución de casarme con mi prima pudiera correr el menor peligro.

Verdad es que aun cuando hubiera vislumbrado alguno, tampoco hubiera dicho de Payito otra cosa que lo que sentía, porque no había de ser injusta con ella quien no lo es con nadie. A lo sumo, se hubiera callado... Y creo que ni aun eso, porque aun el callar la hubiera parecido que era algo así como hacerla un hurto del merecido elogio... ¡Tan mirada es mi madre y tan justificada en sus palabras y acciones!...

Bueno: y en resumidas cuentas... después de haber convenido con mi madre tan formalmente en tratar de mi casamiento con Isabel apenas volviéramos á Madrid, ¿iba yo á salir cualquier día con que me gustaba más Payito y con que no había ya nada de lo hablado?... Imposible... ¿Me resignaba á casarme con Isabel, si quería ella, renunciando para siempre á Payito, aun viéndola tan dispuesta en mi favor, y aun sabiendo que á mi madre la agradaba ya casi tanto como mi prima?... Tampoco... ¿Y qué hacía?... Después de mucho revol-

ver y batucar en el cerebro inútilmente los términos del problema, entreví y acaricié la esperanza de que podría yo hacer en tal forma la pretensión á Isabel y poner las cosas de tal modo que ella me diera calabazas, y entonces, haciéndome la víctima y con los fueros que da el serlo, ya me atrevería yo á decir á mi madre: «Si es que tanto la gustó á usted la mejicana, á mí tampoco me disgusta...»

La cosa, como ves, no era leal, ni noble, ni hacedera, por consiguiente; pero yo, en aquellos momentos de insomnio, no discutiría con claridad, ni veía más que lo posible del buen éxito, sin reparar en perfiles...

A la mañana sentí cuando Payito fué á buscar á mi madre para ir á misa: las oí saludarse y besarse cariñosamente, y las sentí marchar.

Un rato después me levanté, pedí el desayuno, y después de tomarle me puse al balcón á ver lo que pasaba por la calle. Me vió el padre de Payito, que estaba asomado á otro balcón de la misma lancera; me saludó con la mano, porque estábamos algo lejos, y me envió una muchacha á decirme si quería que saliéramos á dar una vuelta mientras volvían las señoras. Le contesté que sí por la misma emisaria, y vino en seguida á buscarme. Me propuso ir á ver la catedral, y fuimos... Es gótica, de buena

época, pero es pequeñita; como que no fué construída para catedral, pues la diócesis es moderna, sino para colegiata, ó para simple parroquia. Dedicada á San Andrés, ó á *Sant-Anders*, como se decía en la Edad Media, es la que ha dado nombre al pueblo.

Estaban los canónigos en el coro cantando tercia, demasiado á prisa por cierto, y le dije á mi acompañante:

—Va á empezar la Misa mayor: ¿quiere usted que nos quedemos á oirla?

—Como usted quiera,—me dijo. Y nos quedamos.

Cuando se concluyó salimos, y después de dar una vuelta por el muelle de Maliaño, volvimos á la fonda, donde encontramos ya á mi madre y á Payito, que acababan de llegar de su excursión, y nos estuvieron enseñando las compras.

Hicimos luego todos juntos la segunda expedición tal como estaba proyectada... Y efectivamente: el viaje de la ciudad al Sardinero por la Magdalena es precioso... Incómodo también, eso sí, por las malas condiciones del ferrocarrilín aquél económico... demasiado económico. Pues como todo él es curvas y contracurvas, en las que la elevación del rail exterior, destinada á neutralizar la fuerza centrífuga, tiene que estar en razón inversa del radio y éste es cortísimo, resulta un desnivel muy fuerte y un

zarandeo insufrible, en el que van los coches siempre entornándose y los viajeros siempre cayéndose, cuándo para un lado, cuándo para otro. Pero las vistas durante el viaje son muy hermosas. Y el Sardinero también... una preciosidad algo mal cuidada.

Vueltos á la ciudad almorzamos, y al levantarnos de la mesa tratamos mi madre y yo de despedirnos. Dijeron que no la hija y el padre, que habían de ir á la estación con nosotros y allí nos diríamos á Dios; pero mi madre se opuso terminante á tal propósito, y nos despedimos en regla.

—También nosotros vamos á marcharnos de aquí pronto—dijo el padre de Payito:—cualquier día de estos saldremos para Barcelona á pasar allí este mes, y después nos iremos á la Corte, que ésta todavía no ha visto.

—Sí—añadió ella dirigiéndose á mi madre:—por Octubre vamos á Madrid, me ha dado palabra papá, y allí, si usted sigue siendo tan bondadosa conmigo, ya la veré á usted con frecuencia.

—Tendré en ello mucho gusto,—la dijo mi madre...

—Para que no se le olvide á usted mi nombre—me dijo el papá,—le voy á dejar á usted una tarjeta.

Y sacando del bolso interior de la caza—

dora una carterita de piel de Rusia con unas letras de oro enlazadas, me dió una tarjeta que decía en el centro, en dos renglones: *Roberto G. de la Cortina, Diputado al Congreso*; y en la esquina inferior de la derecha: *Méjico*.

Por la tarde, unos veinte minutos antes de la salida del expreso, nos llevó á la estación el coche de la fonda. Habíamos elegido sitio y estábamos paseando por el andén, cuando llegaron Payito y su padre.

—Al fin se han empeñado ustedes en venir,—les dijo mi madre.

—Como era nuestro deber,—dijo el mejicano.

—Y nuestro gusto,—añadió su hija...

Volvieron á hablar de su viaje á Barcelona y luego á Madrid, donde habían de pasar el invierno y donde nos veríamos... y de otras varias cosas...

Cuando los empleados de la estación dieron en cerrar las portezuelas de los coches, nos subimos mi madre y yo al nuestro, después de despedirnos otra vez, y á los pocos instantes silbó la máquina, comenzó el tren á moverse pausadamente, y luego más á prisa.

Payito y su padre se quedaron en el andén diciéndonos ¡á Dios! y ¡feliz viaje!...

Para mí no podía serlo, porque traía una revolución dentro del alma. Traté de disi-

mularlo dando conversación á mi madre, hablándola de los pueblos y de los paisajes que íbamos dejando atrás, mientras fué de día, y luego recordándola las cosas de la Blanca; pero á lo mejor me quedaba distraído y no la contestaba ó tardaba en contestarla á alguna pregunta...

Después que comimos en la estación de Reinosa, á eso de las ocho, mi madre se recostó en su rincón quedándose adormitada, y yo pude entregarme de lleno á mis cavilaciones. De vez en cuando el cariño á Isabel reaccionaba un poco, auxiliado por la razón, que protestaba seriamente contra la injusta mudanza; pero el corazón, caldeado todavía por las recientes miradas de Payito, se hacía rebelde, y la pasión, apoderada de él, ahogaba todas las protestas, aun las más razonables.

En Villamoros y en la Casería he estado un mes sosteniendo las mismas luchas... Vinimos á Madrid ocho días hace... y aquí me tienes hecho una lástima.

XI

CONSEJOS

Cuando Alvaro acabó su relación, los dos nos quedamos callados, él atendiendo á ver lo que yo le decía, y yo pensando lo que había de decirle.

Pasados así dos ó tres minutos, volvió él á romper el silencio diciéndome:

—Ahora, ¿qué te parece que haga?...

—¿Quieres que te dé un consejo?—le dije.

—Sí: le estoy esperando,—me respondió.

—¿Y estás dispuesto á seguirle, sea el que sea?...

—No... no estoy dispuesto.

—Entonces, ¿para qué he de dártelo?...

—Para saberle, y para tratar de seguirle si tú me ayudas...

—¡Ah, ya!... No te entendía.

—Es que me preguntabas tú de un modo... Si me hubieras preguntado si quería

seguir tu consejo, te hubiera contestado que sí resueltamente. Pero me has preguntado si estoy dispuesto, y... la verdad es que no lo estoy, por desgracia... Como dispuesto, no estoy más que á seguir á Payito á donde se la antoje arrastrarme... Querer quiero hacer lo mejor, pero...

—Sí, vamos; estás en la disposición que decía San Pablo escribiendo á los fieles de Roma: «Alcanzo á querer lo bueno, más no hallo cómo ejecutarlo (1).»

—Exactamente. Ya me has oído que más de una vez, desde que principió esta andanza, he formado excelentes resoluciones y no he podido cumplirlas. Por eso te pido, no solamente consejo, sino también ánimo para seguirle; te pido que con tus reflexiones y con tu persuasión me comuniqués fortaleza para obrar del modo más justo y razonable, que es como deseo obrar siempre.

—Esa fortaleza, principalmente, es cosa de Dios, y á él tienes que pedírsela, agradeciéndole al mismo tiempo la buena voluntad que ya te ha dado, porque ya sabes que aun eso de querer obrar bien es dádiva suya. El mismo Apóstol lo ha dicho claramente en otra carta: «Dios es el que produce en vosotros el querer y el ejecutar, se-

(1) *Velle adjacet mihi, perficere autem bonum non invenio.* (AD ROM., VII, 18.)

gún su beneplácito (1).» De manera que á Dios hay que pedírselo.

—Pues también á eso tienes que ayudarme, porque ya te he dicho el estado en que estoy de indecisión y de incapacidad para todo...

—Bueno: también te ayudaré á eso... y á no creer en esa incapacidad que dices... Vamos á ver, vamos á ver si atamos cabos... Tú quieres á tu prima... Así me lo has dicho.

—Sí... la quiero... es verdad.

—Y la quieres lo bastante para casarte con ella, puesto que has estado resuelto á ello aún no hace mucho, y has permanecido muy á gusto en esa resolución una temporada...

—También es cierto...

—Sin que ella, por su parte, haya hecho desde entonces cosa alguna por donde desmerecer tu amor y tu cariño.

—No: nada absolutamente.

—¿Y está ya en Madrid tu prima?

—Sí: vino primero que nosotros, dos días antes.

—Pues... ¿sabes lo que tienes que hacer?... Hablarla en seguida formalmente; y si no hay dificultad por parte suya, que creo que no la habrá, según lo que me has

(1) *Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate...* (AD PHILLIP., II, 43.)

dicho, arreglar la boda lo más á prisa que puedas y casarte con ella cuanto antes.

—¡Ay!... no puedo...

—¿Por qué?

—Porque aunque te he dicho que quiero á mi prima, y es verdad, quiero más á la mejicana, estoy mucho más enamorado de ella que de mi prima, no tengo valor para renunciar á ese hermoso sueño de ventura...

—¡Bien que sueño!...

—Y... vamos... hoy por hoy eso que me aconsejas es imposible.

—No, imposible no es. Te costará trabajo desprender el corazón de esas engañifas; pero todo el trabajo que te pueda costar merece la empresa, y no debes terrecer el dedicársele. Por el hermoso retrato moral que me has hecho de tu prima... el físico ya le conocía yo, y no tiene nada que envidiar al moral, aun cuando esté el moral un poco favorecido...

—No, no te exageraré nada.

—Pues auto en favor, y continúo... Por el retrato moral que me has hecho de tu prima y por el físico que yo conozco, entiendo que Isabel es una joya, una mujer ideal, inmejorable para cualquier hombre, y para tí más que para cualquier otro. Se quieren ya tu madre y ella como lo que han de ser después, como madre é hija. Su ma-

dre y su hermano te tienen á tí también verdadero cariño. Te casas y te quedas dentro de tu familia, sin necesidad de sufrir aclimatación en otro ambiente, sin necesidad de estudiar caracteres nuevos ni de entablar nuevas relaciones... En fin, que tu boda con tu prima es de las que bajan del cielo, según dice el refrán... Es tu destino, y será tu felicidad sin dda... A mi juicio, eso es lo que te conviene...

—Y al mío también; pero...

—¡Ah! ¿De modo que tú mismo conoces?...

—Sí: conozco que eso sería lo mejor y lo que me convendría más; pero no tengo fuerza para apartarme de lo otro definitivamente y dejarlo. Me sucede algo de lo que la sucedía á Medea, según el conocido verso de Ovidio:

Video meliora proboque, deteriora sequor (1).

—Debilidad que también explicó San Pablo, diciendo: «No hago lo bueno que quiero, sino que hago lo malo que aborrezco (2).»

—Pues esa es mi debilidad. Comprendo que lo que me propones es una solución ra-

(1) METAMORPH., lib. VII.

(2) *Non enim quod volo bonum hoc ago; sed quod odi malum illud facio.* (AD ROM., VIII, 45.)

zonable, y al mismo tiempo llana, descansada, tranquila...

—Y lo otro una aventura peligrosa é innecesaria.

—También, si quieres... también te concederé que lo sea; pero...

—Pero ¿qué?... Explicáte.

—De eso trato... Hay un cantar que, bien mirado, es una tontería; pero que, haciéndomele recordar en este momento mi triste situación presente y mi actitud embarazosa delante de tí, es posible que sirva para explicártelas. No sé si le conocerás; acaso sí, porque ha tenido la suerte loca de ser puesto en música no sé por quién, y el papel en que anda impreso forma parte infaliblemente de la biblioteca musical de todas esas pobres niñas de la clase media que pasan lo mejor de su juventud trabajando con ardor, sin levantar cabeza, por aprender á aullar un poco al piano, en la creencia de que eso las servirá para casarse primero, aunque algunas no se casan nunca, y las que se casan no suele ser por esa *gracia*, sino á pesar de ella... El cantar es éste:

El confesor me dice
Que no te quiera...
Y yo le digo: «Padre,
¡Si usted la viera!...»

—Pues aunque yo la viera, seguiría di—

ciéndote lo mismo que te digo ahora... Ya la veré... si es que va á venir á Madrid...

—Ya ha venido: ha llegado con su padre esta mañana... ó mejor dicho, ayer mañana, porque ya estamos en otro día que cuando empezamos á hablar... No ha ido al Real, porque venía muy molestada del viaje, que ha sido penoso. Habían de haber llegado veinticuatro horas antes; pero les atrasó el descarrilamiento de Las Casetas.

—Veo que estás muy enterado... Pero á lo que íbamos... Efectivamente, querido Alvaro, el cantar es una simpleza; y aunque sirve para dar idea de tu amartelamiento, no sirve para justificarle. Todo eso son ñoñeces impropias de un hombre y más de un cristiano, y hay que desprenderse de ellas. «¿Hasta cuándo—dice el Sabio en los *Proverbios*,—hasta cuándo, ¡oh niños! habéis de amar las niñerías? ¿Hasta cuándo ¡oh necios! habéis de desear las cosas que os hacen daño? (1)». «No hagas caso, hijo mío—dice después,—no hagas caso de los embustes de las mujeres (2).» ¿Estaría bueno que porque una mujer fuera hermosa y amable pudiera reducir á la más completa

(1) *Usque quo, parvuli, diligitis infantiam, et stulti ea quæ sibi sunt noxia cupient?* (PROV. I, 22.)

(2) *Ne attendas fallaciæ mulieris.* (PROV. V, 2.)

esclavitud á un hombre formal, sin dejarle posibilidad de resistir ni de obrar racionalmente?... No, Alvaro: el hombre no ha sido hecho por Dios para ser esclavo de una mujer.

—Ni yo quiero serlo.

—Pues hay que romper esos lazos y volar y remontarse á cosas mayores. Recuerda aquel terceto de Rioja en su admirable *Epístola moral*, de que ahora quieren desposeerle cuatro mentecatos:

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

Y si esto dijo el poeta por contraposición á las ocupaciones de la guerra, la navegación y el estudio de las ciencias naturales, ¿con cuánta más razón lo diría si viera á un hombre desviarse de su camino propio y natural por seguir y obedecer á una mujer hermosa?... Porque yo supongo que será muy hermosa la mejicana...

—Sí, lo es muchísimo: más de lo que supones... por mucho que supongas.

—Corriente. Mas, en primer lugar, ya sabes que la hermosura es cosa bien efímera. «*Omnis caro fœnum*—clamaba el profeta Isaías por encargo especial de Dios:—Toda carne es heno, y toda su hermosura como flor del campo. Secóse el heno, y

se cayó la flor (1).» Lo mismo viene á dar á entender Salomón cuando dice: «Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la mujer temerosa de Dios, esa es digna de alabanza (2).» Pero no hay necesidad de acudir á la Escritura Sagrada para probar que la hermosura es muy perecedera y poco subsistente, porque es cosa que está bien á la vista y que todos los días comprueba la experiencia. Unas viruelas, un sarampión, un simple ataque de erisipela algo fuerte, desfiguran á la mujer más hermosa y la dejan hecha un horror en cuatro días. Esto sin contar con los estragos naturales y continuos del tiempo... Y luego, por otra parte, has de convenir en que Isabel también es hermosa. Si no lo conoces ahora, porque estás apasionado y ofuscado, pregunta á cualquiera, verás como la tiene por hermosa todo el mundo... A más de que tú mismo me has confesado que antes también á tí te lo parecía. No será acaso tan hermosa como la mejicana...

—No, no es tanto, ni con mucho.

—Bueno; pero el que sea un poco más hermosa la mejicana, ó un mucho si quieres, ¿te parece suficiente motivo para dejar de

(1) *Omnis caro fœnum, et omnis gloria ejus quasi flos agri. Exicatum est fœnum et cecidit flos.* (ISAÍ., XL, 6 y 7.)

(2) *Fallax gratia et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum ipsa laudabitur.* (PROV. XXXI, 3.)

casarte con Isabel, después de haberla hecho mil veces consentir en ello y después de haberlo convenido así solemnemente con tu madre, á quien quieres tanto?... ¿Es que crees tener obligación de casarte precisamente con la mujer más hermosa del mundo. Por ese camino ¿á dónde irías á parar, Alvaro de mi vida?... Figúrate que te dejas ahora llevar de la pasión, y rompes del todo con tu prima, en lo cual disgustas á tu madre grandemente. Pero, en fin, como quiera que dice un cantar popular, para consuelo y esperanza de los hijos rebeldes, que no dura un año el disgusto de un padre:

Cásate á gusto, niña,
No andes dudando;
Que el disgusto de un padre
No dura un año,

se la pasa el disgusto á tu madre y llegas con su anuencia á arreglar la boda con Payito, lo cual es ya ponerse muy bien las cosas. Pero figúrate que después de tener la boda arreglada con Payito, con la mujer más hermosa que conoces, ves otra mujer que te parece más hermosa y que te gusta más que ella... No me negarás que el caso es posible...

—No lo sé... Sí, como posible...

—¿Y qué harías entonces? ¿Dejarías también la boda con la mejicana, para tratar de casarte con la otra, última y suprema her-

mosura que habías visto? ¿Y si en lugar de conocer otra mujer más hermosa que la mejicana antes de casarte con ésta, la conocieras ya después de casado?...

—Entonces ya sabía que no debía codiciarla... ni mirarla...

—Sí; pero también ahora sabes y reconoces que es lo racional tu casamiento con Isabel, y te excusas con la falta de valor para desprenderte de la mejicana, porque es muy hermosa... ¿Quién te asegura que entonces ibas á tener el valor que ahora te falta?... Hay que resistir desde luego para no ser malamente arrollado. Esta vida es de resistencia y de lucha. Por olvidarlo anda el mundo al revés tiempo hace. Antes se decía: «gobernar es resistir», y se gobernaba; pero vino un badulaque ó un bolonio que dijo: «gobernar es transigir», y desde entonces no hay gobierno... Pues lo mismo hay que tratar á las pasiones que á los anarquistas: á palo limpio y sin compasión ninguna. Desengáñate, querido Alvaro: el que derrama mucho su corazón por la vista, y luego se deja llevar de los antojos que por la vista entran en el corazón, es hombre perdido...

—Pero hay antojos, como éste del amor de Payito, por ejemplo, si es que te place llamar antojo á esta afición mía...

—No se la puede llamar de otra manera.

—Bueno... pues hay antojos, como éste mío, que podrán ser algo arriesgados, podrán ser no muy convenientes, pero que no son criminales, pues su satisfacción cae dentro de lo lícito...

—Sí; pero tras de los antojos lícitos suelen venir los que no lo son; y si el corazón está hecho á salirse con la suya, si no está domesticado y avezado á la resistencia y á la contrariedad, corre mucho peligro de insubordinarse y saltar por todo. Ya ves lo que sucede con el niño muy consentido á quien no se quitó jamás un gusto, que al quitarle el primero, por insignificante que sea, se enjata de un modo terrible y se pone á morir de corajina; mientras que el niño acostumbrado á que se le nieguen muchas cosas, aun la negativa de lo que más desea recibe sin descomponerse. Hay que educar el corazón como se educa un niño, negándole antojos para que sea bueno... Y dispuesto á negárselos al tuyo, ¿qué mejor que empezar por uno que tú mismo confiesas que no te conviene?

—Tanto como eso no se si te he dicho... Me parece que no, porque yo creo que sí me conviene casarme con Amparo. Lo que he reconocido y reconozco es que por de pronto y para mi tranquilidad y sosiego me sería mejor casarme con mi prima.

—Pues llámalo hache... A más de que

tampoco está bien claro que ese antojo sea del todo lícito; porque si tu preferencia por la mejicana se funda principalmente en su hermosura, que ya hemos convenido en que es cosa efímera y deleznable, yo creo que también se funda un poco en su tan ponderada riqueza...

—No, eso no. Me gusta que sea rica; pero por eso solo no me hubiera enamorado de ella.

—Yo lo creo; por eso solo no... Aunque fuera más rica que Rothschild, si era también más fea que Picio, seguramente no te hubieras enamorado... Pero ya dices que te gusta que sea rica... ¿Para qué quieres tú esa riqueza? ¿Qué falta te hace? ¿No hacías propósitos al principio, ante el temor de que fuera mal adquirida, de darla toda á los pobres en cuanto fueras dueño de ella?... Pues figúrate que ya se la has dado y te has quedado con lo tuyo. ¿Qué importa ser un poco más rico ó un poco menos, teniendo lo necesario?... Hay que hacerse fuerte en el deber y dar de mano á todas esas ilusiones y fantasmagorías alucinadoras. Ten ánimo, que la ayuda de Dios no te ha de faltar, porque á nadie falta... En cuanto pases unos días sin ver á Payito y sin intención de verla, se te irá borrando su imagen. ¿No te sucedió eso en La Blanca en el mes de Agosto?

—Sí; pero entonces tenía contra ese amor un freno poderoso que ya no tengo ahora.

—¿Cuál?

—El respeto á mi madre y el deseo de darla gusto.

—¡Ah!... ¿Y ahora ya no tienes respeto á tu madre ni te importa disgustarla?

—Muchísimo, lo mismo que antes; pero es que ahora ya sé que no la contrarío con eso gravemente, y que su disgusto, si se disgusta un poco, será pasajero; porque estoy seguro de que quiere ya algo y llegará á querer mucho á Payito.

—No sé de qué sacas esa seguridad... A mí me parece una ilusión tuya... Del hecho de que no la pareciera mal la primera vez que la ha hablado y te dijera de ella algunas palabras de elogio, sin sospechar ni remotamente que pensaras en dársela por nuera, no se deduce esa seguridad que dices. Lo que yo deduzco de todo lo que me has contado es que tu madre, que quiere mucho á tu prima Isabel y está consentida muy á gusto en que te vas á casar con ella, porque así se lo has hecho consentir y creer, sufriría un desengaño terrible al saber que habías mudado de resolución, y se disgustaría muchísimo. ¿Cómo la vas á decir tú que ya no hay nada de lo convenido el día de las Nieves? ¿Cómo la vas á arrancar la

satisfacción que la diste precisamene el día de su fiesta?

—No lo sé... Eso es lo que me parece imposible.

—Y lo es, no lo dudes. Eso no podrás decírselo nunca. Ni creas tampoco que te había de dar buen resultado la estratagema de procurar que Isabel misma te rechazara... En primer lugar, á tí mismo te había de repugnar ese procedimiento hipócrita; mas aun cuando fueras capaz de emplearle, tampoco te produciría el deseado efecto, pues con la intimidación que dices que hay entre las dos familias, en cuanto la contaras á tu madre la contestación de Isabel, había de hablarla y se había de enterar de por qué te había rechazado, descubriéndote así todo el juego. ¿Cómo quedabas entonces con tu madre? ¿Cómo te atrevías á ponerte delante de ella?

—No, eso ya veo yo que no se puede hacer...

—Ni eso ni nada, querido Alvaro; nada se puede hacer en ese sentido... Lo único que se puede y se debe hacer es lo que te he dicho antes.

—Pero ¡si estoy tan perdidamente enamorado de Payito... y tan apegado á la idea de que mi madre había de quererla mucho!...

—Es una ilusión eso del cariño de tu ma-

dre... En eso no confíes... A tu madre la tenía que sentar muy mal esa sustitución de tu prima... ¡Y no te quiero decir nada del caso muy probable de que resulte que los bienes de la mejicana son de un origen ignominioso...! Verdad es que en ese caso tú mismo, aun sin la consideración de tu madre, habías de retroceder horrorizado, porque el casarse con una mujer rica sabiendo que sus riquezas han sido adquiridas por malos medios, viene á ser lo mismo que entrar en una compañía de ladrones... ¿Te estremeces?... Puede ser que te disguste oirme hablar con esta crudeza...

—No, no... es la verdad...

—Ni más ni menos: la verdad pura. Y sobre esto dice la Escritura Sagrada: «El que entra á la parte con el ladrón, es enemigo de sí mismo (1).» Y en otro lado enseña que «los robos de los impíos serán su ruína (2).» Y también nuestro proverbio dice que «lo bien ganado lo lleva el diablo...»

—Sí; y «lo mal ganado, á ello y á su amo.»

—Justamente. Ahora tú verás si, no teniendo valor para desamarte de Payito, le

(1) *Qui cum fure participat, odit animam suam.*
(Prov. XXIX, 24.)

(2) *Rapinæ impiorum detrahent eos.* (Prov. XXI, 7.)

vas á tener para cargar con todas esas bendiciones.

—No, eso no. Si supiera eso...

—Pues tenlo por sabido. De suerte que si no estás dispuesto á entrar con todas, como la romana del diablo, debes renunciar desde hoy á esos irreflexivos amores y hacer lo que te vengo diciendo.

—¿Pero tú sabes algo, ó tienes alguna noticia?...

—No, ninguna: no tengo más noticias que las que tú me has dado; pero como si las tuviera. Porque, lo que tu madre dice: ningún río crece de pronto sin enturbiarse. De modo que ese caudal, formado tan de repente, tiene que ser agua muy turbia.

—Es que acaso no se habrá formado de repente... Por de pronto, la noticia de la camarera de La Blanca en lo referente al principio del padre de Payito, lo de que era un asturiano pobre que se marchó á América á buscar fortuna, aparece rectificada por su tarjeta, pues si fuera español no sería diputado en Méjico.

—También podría haberse naturalizado allá ó haber falsificado su nacimiento.

—Hombre, eso no es de creer... ¡Piensas unas cosas!

—Más libre está el cielo de lobos, querido Alvaro... Créete que, tratándose de gente así, aventurera, al despiadado refrán

que dice: «piensa mal y acertarás» hay que atenerse. ¿No te parece sospechoso el que una joven guapa y rica se venga desde Méjico aquí á tratar de casarse?...

—No ha venido á eso: ha venido á conocer á España...

—¡Qué inocente eres! Eso lo habrá dicho ella por explicar de algún modo su viaje... ¿Querías que dijera con franqueza que había venido á buscar novio?... No había de ser tan cándida... Lo demás, ten por cierto que no ha venido á otra cosa, y acuérdate de aquel otro refrán que dice:

El que lejos va á casar,
Va engañado ó va á engañar.

Y como en el caso presente ella no viene engañada, tú serías el engañado de seguro, si no en la cantidad, en la calidad del dote; si no en la hermosura corporal de la novia, en las condiciones morales, en el carácter, en la procedencia...

—No, de carácter es excelente y de costumbres también: es muy cristiana, muy piadosa...

—Quizá lo sea; pero tú no lo sabes: apenas la conoces. Puede decirse que no la has visto más que en visita, y, como se suele decir, en visita todos somos buenos... Además, el origen suyo, aparte del de las ri-

quezas, también es cuestión de importancia. Aun cuando su caudal no sea mal adquirido, y aun cuando ella personalmente no sea mala, puede tener una procedencia que la haga inaceptable. Porque has de advertir que tú no eres un Juan Particular que puedas casarte con la primera mujer que te guste. No: tú eres el continuador de una familia noble, el sostenedor de una casa ilustre, y tienes que unirte para eso con una mujer que, además de ser buena por sí, sea también, por los antecedentes de su familia, digna de entrar en la tuya. Has de tener en cuenta que tus ascendientes, los que fundaron tu casa, los que luego la engrandecieron y los que la conservaron después en su esplendor hasta llegar á tí, te estarán mirando el día de tu boda desde el cielo, y te bendecirán con satisfacción santa si les das una nueva *hija* digna de serlo por sus virtudes personales y por su estirpe... No lo dudes: los que hemos tenido la dicha de nacer de buenos padres, tenemos, en cambio, ciertas obligaciones de que están libres los pobres hospicianos.

—Estoy en ello.

—Contra todo esto se suele generalmente decir que cada uno es hijo de sus obras; pero no por eso es menos verdad que cada uno es hijo de sus padres. Gran necesidad sería querer negar el parecido de los hijos

á los padres en lo físico, puesto que se ve en el semblante, ¿no es así? Pues igual necedad y tan grande majadería es tratar de negar ese mismo parecido en lo moral, puesto que igualmente se ve en las obras. Se ha observado especialmente con mucha frecuencia que la hija de madre *desgraciada*, que es como llaman en tierra de León á la que perdió la virginidad antes del matrimonio, se *desgracia* también á su tiempo. En esta observación, sin duda, está fundado el cantar popular que dice:

El andar de la madre
Tiene la hija:
Siempre salen los cascós
A la botija.

«Dame la mimbre de buen soto—dice también un refrán,—que si no vuelve un aire, vuelve otro». «Donde buenas ollas se quiebran, buenos cascós quedan», dice otro, expresando en buen sentido el mismo pensamiento del cantar citado; y otro dice que «el hijo de la cabra... cabrito»; y otro, que «la cabra siempre tira al monte»; y otro, que «de casta le viene al galgo el ser rabilargo»; y otro cantar popular dice:

Eres hija de buen padre,
De buena madre cristiana,
Y tú también lo serás:
De buen tronco, buena rama.

Y no es cosa de aducir más documentos de la sabiduría popular en comprobación de la importancia de la raza y de que todo se hereda, porque los hay también de la Sabiduría Divina, pues el mismo Jesucristo, Verbo de Dios y Verdad eterna, al apostrofar con dureza terrible á los escribas y los fariseos hipócritas, echándoles en cara sus vicios y pecados, no les llamó víboras simplemente, sino *raza de víboras* (1).

—Hablas á un convencido. En ese particular estamos completamente de acuerdo. Ya te dije que no pasaría por el mal origen de las riquezas, y ahora te digo que tampoco pasaré por el mal origen de la persona...

—Bueno: me alegro mucho. De modo que, si no te decides á seguir inmediatamente mi consejo, dando desde luego por malos ambos orígenes...

—No; sin saberlo no me decido, porque podría luego llegar á enterarme de que ni uno ni otro lo eran, y sentir cierto pesar por haber partido de ligero...

—Pues entonces, lo que hay que hacer es averiguar la genealogía de Payito y el origen de las riquezas de su padre.

—Eso sería bueno; pero va á ser muy difícil.

(1) MATH., XXIII, 33.

—Quizá no tanto como te parece. Tengo en Méjico amigos á quien preguntar; y como quiera que ese señor, si es que tiene asiento en el Congreso, ha de ser allí muy conocido, aunque no sea muy honrado, fácilmente podremos llegar á saber...

—¡Ah! pues entonces hazme el favor de escribir en seguida.

—Bueno; y hazme tú también el favor, mientras me contestan, de no meterte mucho en harina, para que, si la contestación no es buena, que no lo será, te cueste menos trabajo escurrirte... ¿Me das palabra?

—Sí, te la doy... Y vámonos, que es ya muy tarde.

XII

EL BAILE DE LOS CHINOS

Por los años en que pasaban los sucesos de esta historia, se hallaba establecida la Legación del Celeste Imperio, llamada vulgarmente la Embajada china, en un hotelón de planta irregular, situado en el paseo de la Castellana, á la mano izquierda, dando espalda á la calle de Miguel Angel y formando parte de la glorieta donde se alza la estatua ecuestre y fea del general Concha, á quien una bala carlista cortó los hilos del vivir en Abarzuza.

Era el plenipotenciario chino aficionado á las costumbres europeas, partidario especialmente de las de España y gran admirador de la belleza de nuestras mujeres, así como del lujo y de la brillantez con que suelen presentarse en las fiestas.

Las indicadas aficiones del ministro, de que también participaban el secretario y los agregados, les habían inducido á cultivar, con más esmero todavía que las rela-

ciones diplomáticas, las particulares en la *alta sociedad* de la Corte, llegando á adquirir amistades con personajes de importancia y á conquistarse simpatías hasta entre el bello sexo, según contaban malas lenguas.

Por cierto que también se dijo después con mucha formalidad que, al ser relevado de su cargo el ministro y llamado á su país, había encontrado al Emperador tan severo y tan enojado de su conducta, que en el acto mismo le había sentenciado á muerte de la manera callada y simbólica como ellos lo hacen, regalándole un precioso cordón de seda negra para que con él se ahorcara; y que él, comprendiendo la terrible indirecta, así lo había ejecutado. Pero esto debió de ser un cuento.

El caso es que metidos del todo aquellos chinos en los trotes de por acá, y agradecidos á las deferencias y al buen trato de que eran objeto por parte de mucha gente, idearon obsequiar á sus amigos y conocidos, y á toda la buena sociedad de Madrid, con un gran baile, lo mismo que lo suelen hacer los embajadores y plenipotenciarios de otras naciones.

La idea no fué del todo bien recibida al principio, pues era bastante general el temor de que no habiendo en la casa ninguna señora que diera carácter y autoridad á

la recepción, iba á resultar ésta poco concurrida y no bien ordenada. Pero luego se fueron orillando y venciendo las dificultades: se discurrió que un amigo de los chinos, de los de mayor intimidad, casado, se constituyera en la Legación desde las primeras horas de la noche con su señora, para que ésta recibiera á las demás é hiciera *los honores de la casa*, como suelen decir con frase gabacha nuestros revisteros de salones y en fin, la cosa fué cuajando de tal manera, que el baile se llevó á efecto, y si bien es verdad que el orden en algunos detalles no fué muy completo, lo que es la concurrencia fué *numerosa y distinguida*, según otra frase de los mismos revisteros, la misma concurrencia de todos los bailes de lo que llaman ellos el *gran mundo*...

Desde la sobremañana del 10 de Octubre, en que me había llevado Alvaro de la chocolatería de la calle de la Visitación al hotel de R... encargándome mucho al bajarme del coche y despedirnos que cuidado que escribiera á Méjico aquel mismo día, me visitaba mi amigo con mucha frecuencia, al principio para echar cuentas sobre lo que tardaría en llegar allá la carta y sobre cuándo podría venir la contestación, después para preguntarme si había venido, y siempre para contarme sus cuitas, para

desahogar sus penas y para proponerme, por último, ir á conocer á Payito á tal ó cual teatro, á tal ó cual reunión, donde suponía que ella iba á ir y podría yo verla.

En una de aquellas visitas recuerdo que me dijo, entre otras cosas:

—¿Sabes con quién me he encontrado en la Puerta del Sol esta mañana?...

—¿Con quién?... ¿con Payito?...

—No: con D. Joaquín, aquel canónigo de Palencia que te dije que había conocido en La Blanca.

—¿Y qué trae por ahí?

—Me dijo que había venido á ver al Marqués...

—¿A qué Marqués?...

—A su protector, al Marqués de Gordolobo.

—¿Y qué Marqués es ese?

—¡Toma! pues un politicastro que, habiéndose enriquecido mucho en el oficio, pretendió y obtuvo un título de Marqués, como han hecho otros muchos.

—¿Y ha sido boticario ó droguero herbórizante?...

—No; creo que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Gordolobo es una planta medicinal muy conocida, y si acaso por eso, en memoria de sus trabajos botánicos ó farmacéuticos, había elegido ese título.

—No: es que se llamaba Gordo y Lobo

de apellidos paterno y materno, y como no se encontró en su vida ninguna acción ilustre que pudiera servir para denominación del marquesado, hubo que acudir á sus apellidos, y con esa denominación de Gordo-Lobo le dieron el título hará media docena de años.

—Por supuesto, que el canónigo ese dirá que es muy bueno, si es que de todos lo dice...

—Sí, le pondera mucho... Dice que vino á verle porque le tiene mucho cariño, y además porque hay una canongía vacante en Valladolid...

—Vamos, sí: por atún y á ver al Duque, como se decía en tiempo de Espartero...

—Sí: el hombre se conoce que quiere ir ascendiendo... Estuvo muy expansivo conmigo, me preguntó cómo iban nuestras cosas, y me confesó que él, allá en el Seminario, era carlista intransigente como lo eran todos sus compañeros los demás seminaristas; pero luego creyó que era necesario rectificar un poco aquellas primeras ideas y transigir algo con la realidad, para no aislarse del todo y para poder obtener algo, aun de los malos Gobiernos, en beneficio de la Iglesia...

—Sí: «del lobo un pelo». Conozco el sistema muchísimo, y es más falso que el alma de Judas. Porque ni aun ese pelo que

dicen, llegan á sacar nunca del lobo liberal en provecho de la Iglesia. En provecho propio sí suelen sacar, no sólo un pelo, sino un buen mechato...

—También me dijo que á pesar de esa transigencia, en el fondo piensa como nosotros... «La idea, añadía, todavía está acá, y no crea usted que me había de pesar que ustedes triunfaran.»

—¡Es claro! Para asegurarle la canongía y sus rendimientos. Porque teme que si no triunfamos nosotros, triunfe la revolución el día menos pensado, y entonces á Dios canongías y á Dios todo. No creas que sea el único ese canónigo en semejante manera de pensar. De esos liberales que no les pesaría nuestro triunfo, de esos partidarios de al día siguiente, tenemos infinitos...

—Pues todo eso vino contándome el buen D. Joaquín por la calle de Alcalá, hasta que llegamos á la iglesia de las Calatravas, donde entró diciéndome que iba á celebrar... Por cierto que me extrañó, porque había venido fumando...

—Hoy fuman muchos sacerdotes antes de decir misa... Dicen que el fumar no es comer ni beber; pero así y todo, parece algo de irreverencia. Antes no lo hacía nadie... Yo siempre que veo alguno, seglar ó sacerdote, que fuma antes de comulgar, me acuerdo del caso que le pasó á Benitón el

de Tanarrio con el cura viejo de Argüébanes... Estos dos pueblos de Val-de-Varó, que como todos los demás de Liébana, pertenecen á la diócesis de León y á la provincia de Santander, forman juntos una sola parroquia. El cura que la regía, allá hacia la mitad de este siglo, había sido en su juventud catedrático del Seminario, y era hombre instruído, aunque se le tenía por algo raro... Había reunido un día, según costumbre, á sus compañeros los curas de las parroquias vecinas para que le ayudaran á confesar á los feligreses de la suya, no sé si por la Cuaresma ó por el Adviento, pues en ambas épocas suele confesarse allí todo el mundo, y á eso de las once de la mañana se puso la pelliz para dar la comunión á los que se habían confesado después de la última misa. Se hallaba entre los comulgantes arrodillados en la grada del altar un vecino muy fumador y de muy pocos alcances, á quien llamaban Benitón, que momentos antes había estado fumando en el pórtico; y al llegar el cura á él dando comunión, cuando ya había empezado á decir: *Corpus Domini Nostri Jesucristi...* le olió el humo del cigarro y se paró con la Sagrada Forma en la mano, diciéndole:

—¡Ah, Benito! Tú has fumao...

—Señor... Dos chupadinas...

—¡Animal!... ¿Quieres que pase Dios

por una chimenea?... Vete para casa y vuelve mañana...—Y siguió dando comunión á los demás fieles, mientras el pobre Benitón se retiraba de la Sagrada Mesa como un doctrino para volver al día siguiente.

—Es bueno eso,—dijo Alvaro riéndose y celebrándolo mucho.

—Pues es histórico—le dije yo,—no vayas á creer que es alguna anécdota de almanaque... Me lo contó un famoso Padre jesuita que se salió de la Compañía, creo que por un poco de apegamiento al propio parecer, y fué luego en la última guerra civil capellán de uno de los batallones castellanos, y del Cuartel Real últimamente... Era natural de un pueblo próximo al del suceso, y lo había oído de joven á los mismos que habían presenciado la escena.

—Pues si vuelvo á encontrarme por ahí estos días con D. Joaquín, ó si va él por casa, pues me dijo que había de ir á ver á mi madre, he de buscar ocasión de contárselo... Porque á mí no me parece bien que los curas fumen antes de misa.

—Ni antes ni después creo yo que habían de fumar...

—También estoy contigo.

—Es que ni los curas ni los seglares, porque es una simpleza que para nada sirve, como no sea para hacer daño á la salud del que fuma y para fastidiar á los demás

con el humo, con el olor y con las inmundicias de la ceniza y de las puntas que dejan caer por todas partes.

—Ciertamente; pero á los curas todavía parece que les está peor... porque luego se les suelen poner amarillentos y medio ennegrecidos, como á todos los fumadores, los dedos de coger el cigarro, que son precisamente los mismos dedos con que tienen que coger todos los días el Santísimo Sacramento... Y además, en el confesonario el olor á tabaco frío y húmedo es desagradable...

—Nada... que es una cosa que no tiene lado defendible. Porque además, la vulgarización del cigarro, á que ha contribuído el ejemplo de las personas distinguidas, es ocasionada á incendios y á catástrofes. El noventa y cinco por ciento lo menos de las frecuentes explosiones de polvorines, de pirotecnias, de droguerías, de minas, etc., así como de los incendios de mieses, de eras, de pajares, de almacenes de maderas, son originados por el cigarro y por la maldita costumbre de fumar. Algunas veces se llega á saber con certeza, otras veces no se averigua porque no lo quieren decir ó porque no queda nadie para contarlos; pero es indudable, porque no se puede asignar ningún otro origen... Poco hace que en el patio de un cuartel de esta Corte, en el Pacífico, tenían tendida al sol una partida de

pólvora que estaba poco seca, y había alrededor oficiales y soldados. Púsose un valiente á fumar encima... y pagaron aquella valentía bien cara unos cuantos. Otra vez, de esto hace ya más tiempo... era yo estudiante... voló en el cuartel de San Gil el tejado del cuerpo central en cuyo piso cimero estaban unos sargentos y soldados cargando cartuchos. Allí no quedó nadie que pudiera contar cómo había sido: todos perecieron; pero la cosa apenas podía explicarse de otro modo. Y luego, aparte de que ocasiona un gasto de bastante consideración para la gente poco acomodada, convienen todos los médicos en que para la salud es nocivo...

—Sobre eso recuerdo haber leído hace años un razonado folleto de nuestro inolvidable doctor Vicente, y también otro de un famoso médico francés, que después de hacer la estadística de lo que en el año anterior había producido la renta del tabaco en Francia, concluía con este epifonema: «¡Tanto dinero por un veneno!»

—Después de lo cual, y reconociendo, como no se puede menos de reconocer, que el olor y el gusto del tabaco, á lo menos del mal tabaco, que es el corriente, son desagradables, apenas se puede explicar que fume casi todo el mundo, como no sea por aquella divina sentencia del sagrado li-

bro del *Eclesiastés*, que dice que es infinito el número de los... fumadores.

—¿Conoces el cuento de Hartzenbusch sobre el origen del cigarro?

—Sí: es ripiosillo, pero tiene gracia.

—A mí la primera vez que le leí me gustó mucho...

—Atribuyela la invención involuntaria del cigarro á Prometeo, que después de haber aprovechado para calentarse el fuego que produjo un rayo en un roble, quiso transportar aquel benéfico elemento de una parte á otra, para lo cual enrolló un día unas hojas húmedas y encendió un extremo del rollo después de seco, chupando por el otro lado para que no se le apagara, y dice:

Chupó el rollo *sin desdén*
Y dijo para su sacco:
«Esta planta (era tabaco)
Sabe mal, pero arde bien.»

Es decir, y aquí está la gracia, que al principio se aguantaba el mal sabor del cigarro en gracia de la utilidad que tenía como mecha, y ahora se arrostra lo nocivo y lo caro de aquella mecha, que ya es inútil, por el gusto de saborearla...

Mediado ya, y corriendo precipitadamente á su fin el mes de Noviembre, como á

Alvaro le pareciera que podían ya ir llegando de Méjico las noticias que esperaba con harta impaciencia, dió en menudearme las visitas hasta hacérmelas casi á diario.

Solía yo animarle á que, dando por supuesto que las noticias no habían de ser buenas, no las aguardara más é hiciera desde luego lo que debía hacer, como si ya hubieran venido; pero á esto se me resistía siempre. Me confesaba alguna vez sus temores de que los antecedentes del padre de Payito no fueran muy satisfactorios, porque sabía que en el poco tiempo que llevaba en Madrid, frecuentaba la Bolsa y había dado ya allí algunas pruebas de no ser demasiado escrupuloso en materia de intereses. Asimismo sabía que se había echado de amanuense para los negocios bolsísticos á un tal Moquillo, diputado de acá, que es un bribonzuelo; y por aquello de «dime con quién andas...» y lo de «Dios los cría...», ó como se dijo en latín: *similis cum simili congregatur*, había realmente para temer que él no fuera bueno tampoco... Mas con todo, no quería resolverse Alvaro sin saberlo de cierto.

—¿Y Payito?—le pregunté una vez,—¿ha intimado ya mucho con tu madre?

—No, nada—me contestó:—no la ha vuelto á ver todavía.

—Como me decías que al despedirse en

Santander habían manifestado propósitos de verse aquí con frecuencia...

—Sí, ella lo dijo; y mi madre la contestó, naturalmente, que tendría gusto en ello; pero se han arreglado de otro modo las cosas. Yo fui á verlos al hotel de la Paz el día que llegaron. Sabía que venían...

—¡Ah! ¿Te había Payito avisado la llegada?... ¿Te escribes ya con ella?

—No: lo sabía por aquel estudiante de Trascumbres de que te hablé, el que dió aquellos noticiones á Isabel en casa del Conde de la Riega... Anda por aquí y se me hace muy conocido: el día antes me encontró en la Carrera de San Jerónimo y me dijo que venían y á dónde venían á parar, y fui á ver cómo habían llegado. Unos días después fueron ellos á casa en ocasión en que habíamos salido. A los quince días ó cosa así fuimos mi madre y yo y les dejamos unas tarjetas. Después han vuelto ellos cuando tampoco estábamos en casa.

—Vaya, menos mal... ¿Y qué disculpas á tu madre de no haber dicho todavía nada á Isabel?

—Ninguna: hasta ahora no he tenido necesidad de darla ninguna disculpa, porque no me ha preguntado sobre eso...

—Parece extraño... Habiendo quedado en que hablarías á Isabel en cuanto volvié-

rais á Madrid, parece extraño que no te pregunte...

—Debe de creer que estamos ya en relaciones...

—¡Ah!...

—Sí, me parece que ha de estar en esa cuenta. Porque mira: el primer día que fuimos en casa de mi tía, hizo Isabel en seguida conversación aparte conmigo... sobre el mismo tema de siempre, ¿sabes? preguntándome cómo iba con la mejicana y diciendo que no era franco y que no me creía, cuando la contestaba que no tenía nada con Payito... igual que en la Festosa. Luego, cuando han venido ella y su madre á nuestra casa, ha sucedido lo mismo... Y mi madre, que nos ve ponernos á hablar solos á media voz en cuanto nos encontramos, y ve que Isabel, que anda ahora malucha, se anima y aparece complacida y algazarosa hablando conmigo, cree buenamente que ya nos hemos entendido y que todo va muy bien... á lo menos á mí se me figura que está en esa creencia y no me pregunta esperando á que yo se lo diga.

—Es posible; pero si un día te pregunta, ¿qué la vas á decir?

—No lo sé, y me asusta pensarlo. ¡Es una situación la mía!...

Alrededor de Navidad, suponiendo que

mi carta no había llegado á su destino, ó que, de haber llegado allá la carta, se habría perdido la contestación, escribí otra, tomando al dirigirla mayores precauciones. Pasadas las fiestas, entró la temporada de los bailes, y entonces comenzó á prepararse el de los chinos.

Todavía no conocía yo á la mejicana. Una vez había ido con Alvaro al Real, creyendo que iría ella, porque era su turno, y no acudió; después supimos que había estado en la Zarzuela, donde había aquella noche una función extraordinaria de esas que la caridad divertida suele organizar en beneficio de los pobres. Otra vez fuimos al teatro de Lara, donde tenía abono los martes, que eran los días de moda, y también fuimos en balde, porque resultó que la tocaba el Real aquella noche. Ello era que, por haches ó por erres, aún no había yo llegado á verla.

—Ahora tienes buena ocasión de conocer á Payito,—me dijo Alvaro una tarde.

—¿Dónde?—le dije.

—En el baile de la Embajada china, que es pasado mañana por la noche. Allí estará, de seguro.

—¿Y quién me convida á ese baile?

—¿No conoces á Ling-Tchang-Tchung?...

—No... ni tú tampoco.

—Yo sí, hombre: le conozco, años hace, á él y también al Secretario.

—¡Ah! ¿pero de veras se llama así el Ministro?... Yo creí que eso de *chung, chung*, lo decías en chungá.

—No, no: es que se llama así.

—Bueno: pues llámese como quiera, yo no le conozco más que de vista, de verle ir en coche por la calle, y de verle pasear á pie por el Retiro con su ancho y vistoso sayo de seda azul y su trenza colgando por la espalda hasta cerca del suelo... Por cierto que el año pasado solía yo pasear con un amigo de muy buen humor, que siempre que encontrábamos á los chinos se entusiasmaba elogiando la magnificencia de su traje, mucho más estético, decía, más hermoso que el nuestro. Y la verdad es que no le faltaba razón, porque lo que es el nuestro no tiene nada que ponderar. El hombre moderno, el europeo civilizado no ha sabido en el vestir más que asemejarse á los irracionales y copiar de ellos sus figurines. En el siglo pasado, verbigracia, la tendencia era á parecerse á las aves: el modelo del hombre era el pájaro, y á él trataba de asemejarse lo posible. Mira un retrato de Carlos III ó de Carlos IV, ó de alguno de sus ministros, con las zancas desnudas, es decir, cubiertas sólo por la apretada media que se adapta á su forma; las haldetas de la casaca despegándose hacia atrás, como las alas para alzar el vuelo; el moño en el co-

gote haciendo de caperuza; la prolongada nariz haciendo de pico... ¿En qué se diferenciaba un monarca ó un cortesano de aquéllos de un chorlito ó de un martín-pescador, si la casaca era negra, ó de un relinchón ó de un pica-rebollos, si por ventura la casaca era encarnada ó verde?... Hoy, en cambio, ya no tiende el hombre europeo á asemejarse á las aves, sino á los cuadrúpedos, y de entre ellos á los más vastos y menos delicados de forma. Un hombre de ahora vestido de invierno, con pantalones anchos de pierna, capote ruso sin entallar, de paño recio y vedijudo, cuello y bocamangas de piel... ¿en qué se diferencia exteriormente de un oso?... Ni siquiera en andar en dos pies, porque también el oso anda así cuando quiere.

—Tiene gracia.

—No: es que es verdad... Pero quedamos en que no trato á los chinos esos y no puedo ir al baile.

—Yo te presentaré si quieres... ó haré que te conviden.

—Eso último me parece mejor, porque así no necesitamos buscarnos para ir, ni esperar uno por otro, sino que vamos cada uno por nuestro lado y allá nos encontraremos.

—Bueno: pues recibirás la invitación mañana.

La recibí efectivamente, se lo avisé á Alvaro para su satisfacción, y en la noche señalada, á eso de las once, me fuí á la fiesta.

Al dejar el gabán en el guardarropa ví que no había colgaderos ni estantes, sino que los criados que se hacían cargo de los abrigos, después de hacerles un rebujón y ponerles un número mal atado con un bramante, los iban hacinando en una alcoba oscura: de modo que si los concurrentes no se ponían de acuerdo para salir precisamente en orden inverso del en que habían entrado, lo cual ciertamente no era de esperar, aquello iba á ser un barullo.

Lo fué, en efecto, y éste es uno de los detalles á que antes me refería, en los que el orden no fué perfecto ni con mucho. En cuanto se le ocurrió salir á alguno de los primeros que habían entrado y se trató de buscar su abrigo, hubo que revolver todo el almacén, y á la media hora de haber comenzado á salir gente ya el depósito aquel había llevado cien vueltas, con las cuales iban soltándose las ataduras y cayéndose los números, de manera que pronto fué preciso, para buscar un gabán, irlos mirando todos. Hubo luego señoras impacientes, y hombres también, que ante la gran dificultad de hacerse con el abrigo propio, cogieron el primero que encontraron, y esto

aumentó la confusión extraordinariamente, porque fué causa de que otras personas, ni aun después de repasarlos todos, encontrarán el suyo; y como en la necesidad de apropiarse alguno nadie se tiraba á lo peor, los que salieron los últimos no hallaron más que zarrias.

Se dijo con este motivo al día siguiente que habían faltado gabanes de pieles y abrigos de gran lujo, y que había habido gentes de ambos sexos que sin duda habían ido al baile á proveerse de buenas prendas; pero no resultó verdad: todo pareció al fin; los cambios fueron deshaciéndose, y quedó averiguado que no había habido hurtos, sino solamente equivocaciones.

En cuanto subí la escalera que conducía al piso principal, me encontré con Alvaro.

—Ya me parecía que tardabas—me dijo, —y temía que emperezaras y no vinieras.

—No debe de ser tarde—le contesté:—cuando salí del hotel serían poco más de las once... Verdad es que he venido en el tranvía y ha hecho muchas paradas, como siempre, y esto está lejos...

—Sí: ya van á dar las doce... Todo el mundo ha venido ya... Mira qué llenura.

—En efecto: parece que hay mucha gente; me ha costado un triunfo subir la escalera.

—Pues toda la casa está así... Ya no se

veía entrar gente hacía rato, y temía, como te digo, que no vinieras... Te aguardaba con un afán...

—Por enseñarme á Payito... ¿Ha venido ya?

—Sí: ya está ahí hace rato; pero no era por eso precisamente, sino por verte y por hablar contigo... Ya sabes que siempre lo deseo, y en estas circunstancias mucho más... ¿No has tenido noticias desde ayer que nos vimos?

—No: todavía no es tiempo. Desde mi segunda carta, y contando con que la primera se perdiese, no ha habido tiempo de que venga la contestación. Dentro de ocho ó diez días es posible que la haya.

—Estoy en una situación tan difícil de sostener, que los días se me hacen años...

—Bueno: y ¿dónde está Payito?... Veámosla...

—Debe de estar abajo, en el salón grande: para allí la ví entrar... Pero si entramos ahora nosotros y nos aproximamos de modo que puedas verla bien, me verá ella también á mí, y entonces tendré que ir á saludarla...

—Naturalmente. Y no veo mal en ello.

—No; pero es que yendo á saludarla, y estando en un baile, tengo necesariamente que invitarla á bailar algo, un rigodón si- quiera...

—Esa necesidad ya no la veo tan clara como la otra; pero, en fin, tampoco hay en eso inconveniente... siempre que te conduzcas con prudencia y no pierdas la serenidad...

—No, descuida... Regularmente no se podrá bailar: lo que es por ahora, hasta que no se inicie el desfile y vaya la gente raleando algo, no hay dónde; pero de todos modos, con invitarla cumplo.

Bajamos con forzada pausa y grandes apreturas la escalera; nos asomamos al salón que estaba enfrente; comenzó Alvaro á pasear por él la mirada, y á poco me dijo:

—Mira á nuestra derecha... ¿Ves en el testero cerca del ángulo de allá, una señora que tiene un vestido de color de grana con encajes blancos?... Es la embajadora de Méjico, vamos, la plenipotenciaria, la generala Rodríguez... Pues la que está á su izquierda con un traje blanco liso, muy poco escotado, es Payito... La que habla ahora con ella, ¿la ves?

—Sí, ya la veo...

—Y ¿qué te parece?... Con sinceridad...

—Pchs... es monilla...

—¡Hombre, por Dios!... ¿Monilla nada más?... Dí que es hermosa, muy hermosa...

—No, no lo digo, porque no creo que es para tanto ponderar... Los ojos los tiene

expresivos, pero algo pequeños... tiene una sonrisita agradable, y, en fin, es graciosilla; pero no pasa de ahí... ¿Quieres que te diga la verdad?

—Por supuesto, de eso se trata.

—Pues me parece bastante más guapa tu prima.

—Casi no puedo creer que digas eso formalmente...

—Con toda formalidad. ¿No está aquí esta noche?...

—No, está algo mala... Y aunque estuviera buena no hubiera venido, porque es poco aficionada á estas fiestas: no siendo por necesidad, cuando es en casa de alguno de sus parientes ó de las relaciones más íntimas de su familia, no suele ir á ningún baile...

—Porque si estuviera aquí sería fácil verlas cerca una de otra, y tú mismo te habías de convencer...

—No: yo conozco que Isabel no es fea y que es agradable; pero ¡de eso á poder compararla con ésta, y aun ponerla por encima!... Se conoce que no has visto bien á Payito, ó no la miras con buenos ojos...

—Con los ojos que tengo, que no creo que son del todo malos, la estoy viendo perfectamente: la veo hablar y sonreír, de modo que poseo los datos necesarios para formar juicio sobre su belleza, y no recti-

fico el que he formado... ¿Quién es aquél que la saluda ahora?...

—No la saluda... Es el Ministro de Méjico, con quien habrá venido seguramente, y se conoce que va á presentarla á aquel joven alto que está un poco detrás.

—¡Ah!... Sí, Garañón. A ese le conozco yo mucho.

—¿Y se llama así, Garañón? ¡Qué apellido tan cruel!

—No es apellido: es mote.

—Expresivo, por cierto.

—Pues no creas que tuvo al principio la significación despiadada que tú le das... y que le da cualquiera: tuvo un origen bien inocente; mas hoy por hoy, aun en su significación obvia no resulta mal aplicado. Ese muchacho es de allá de hacia Babia, de un pueblo que se llama Garaño. Su padre, que era tabernero, y le llamaban de apodo Malvino, porque bautizaba demasiado, hizo dinero en el oficio y trató de dar carrera al hijo mayor, que era éste, enviándole de primera intención á estudiar gramática latina con un dómine que había en Canales, otro pueblo de allí cerca. En los estudios de latín es costumbre antigua llamar á los estudiantes por el nombre del pueblo de su naturaleza; y así allí, á uno le llamaban Riello porque era de Riello, á otro Cármene porque era de Cármene, y á otro

Soto y á otro Salce y á otro Benllera y á otro Cosera por iguales motivos, y á éste por la misma razón le llamaban Garaño. Dió en estirar y hacerse grandote, más de lo correspondiente á la edad, y surgió sin sentir el aumentativo, llamándole todos Garañón, lo mismo que se llama Juanón á un Juan muy alto. Del estudio de Canales pasó al Instituto de la capital, donde ya no se le gastó otro nombre; y del Instituto ha venido aquí á la Universidad, donde, según he oído, no estudia más que en dar aire y libertad á las onzas que bautizando y rebautizando el vino y cobrando usuras apriisionó su padre, y en buscar una novia rica.

—Entonces, con esa intención se habrá hecho presentar á Payito.

—Bien creas.

—Pues no le hará caso.

—¡Hombre! No parece sino que estás dentro de ella para hablar con esa seguridad... ¿O es que no has cumplido la palabra que me diste en la chocolatería y estáis ya en relaciones?...

—No, no te alarmes: no es nada de eso. Es sencillamente que por lo que pude observar este verano, creo que no aspira á casarse con un rico nuevo como dices que es ese Garañón, por muy rico que sea, sino con un muchacho de familia noble aunque

no sea rico, y por eso me figuro que ese no ha de llenar sus aspiraciones.

—Pues es una lástima, porque más vale que se queme una casa que no dos, como se suele decir, y también valdría más que un río turbio se juntase con otro turbio y no fuera á enturbiar á uno claro... Lo digo porque ahí me parece que ninguno de los dos podía enturbiar al otro gran cosa; ni tendrían nada que echarse en cara, porque sería aquello de «dijo la sartén al cazo...»

—Eso suponiendo que el caudal de ella sea turbio también.

—Que sí lo será... Malo es que á mí se me asiente...

—Bien podrías equivocarte... Pero mira, me está viendo Payito, y ha debido de conocer que estamos hablando de ella. No tengo más remedio que ir á saludarla.

—Bueno, vete: aquí te espero... si es que no te vas á estar allí toda la noche.

—No: vuelvo en seguida.

Apenas me había dejado Alvaro, sentí una palmadita en el hombro izquierdo y oí al mismo tiempo estas palabras:

—¡A Dios, poeta!

—¡Hola, Nogales!—contesté sin necesidad de volverme á mirar, pues conocí al que me hablaba en la voz y en que siempre me solía llamar así por haberme oído

años atrás recitar versos en la Juventud Católica.

Era este Nogales un hombre especial. Como llevaba ya muchos años en la Corte frecuentando círculos, reuniones y tertulias, sabía la historia de casi toda la que llaman en Madrid gente conocida, y solía contar algún trozo que otro con cierta franqueza y libertad de expresión, no exentas de amenidad ni de gracia. Decían por eso que tenía mala lengua, aunque en realidad lo malo no solía ser la lengua de Nogales, sino la historia.

Declaro que me alegré con él, porque para una noche como aquélla era un hallazgo. Y más si Alvarito se me quedaba alrededor de la mejicana y me hacía estar solo mucho tiempo. Traté, pues, de retenerle á mi lado, y le dije:

—¿Qué tal? ¿Está usted dispuesto á irme haciendo biografías de esta gente que se ve por aquí?

—Todas las que usted quiera. Vaya usted preguntando.

—Le advierto á usted que necesitaré preguntar mucho, porque como hace ya años que no asisto á esta clase de reuniones, desconozco á gran parte de los que las frecuentan ahora. Del elemento ese flotante que se renueva á menudo, no conozco á un alma...

—Ahí tiene usted al barón de Zorranciana tan orondo... A ese sí le conocerá usted...

—Sí, hombre, á ese sí... ¡Qué carrera está haciendo!... ¿Cree usted que llegará á ministro?... Porque sobre eso hay opiniones.

—Para mí es indudable que llega... Apostaría doble contra sencillo... Tiene todas las condiciones necesarias...

—Pero... ¿cree usted que para ser ministro...?

—No... ya sé lo que usted me va á decir... Tiene usted razón. Para ser ministro en estos tiempos no es necesaria ninguna condición positiva... He debido decir que carece de todas las que estorban.

—¿Quién es ese rebollo de la cinta en el ojal del frac?

—Uno de nuestros primeros faroles: el Excmo. Sr. D. Juan de la Estopilla. Ese era un perdulario que se afilió á la masonería como medio de vivir holgadamente. Protegido por la logia, fué luego nombrado Catedrático de la Universidad de X... sin oposición, por una de esas puertas falsas que tienen siempre los ministros liberales abiertas y á su disposición para burlar todas las leyes. Llegó á tomar posesión de la cátedra en el mes de Abril, cuando faltaba ya poco más de un mes para terminar el

curso, y anunció en seguida su propósito de publicar una obra de texto muy lata, en cinco tomos, que habían de costar á tres duros cada uno. Hizo imprimir de prisa y corriendo el programa, que era de absoluta necesidad á todo alumno para examinarse, y que no se podía adquirir sin pagar desde luego los quince duros, precio de toda la obra. Comenzó vendiendo en aquel primer año, ó en aquel primer mes, mejor dicho, unos doscientos programas, tantos como eran los discípulos. En el curso siguiente publicó ya algunas entregas del primer tomo, que se daban con el programa por los quince duros consabidos, y que seguían siendo de necesidad absoluta para ganar el curso, no solamente á los alumnos oficiales, á quienes, si les veía tomar apuntes de la explicación, les advertía honradamente que no se molestaran, pues no habían de ser preguntados por la explicación oral en el examen, sino también á los alumnos libres. Por este procedimiento, en pocos años más llegó á vender unos mil ejemplares de la obra que todavía no había hecho más que empezar, reuniendo así quince mil duros, que han sido la base de su fortuna, pues con ellos se hizo elegir diputado de oposición, y se hizo grato á la señora del jefe del partido, hasta el punto de que hoy está en potencia propincua

para ministro y para marqués y para todo.

—Ya habrá concluído la obra, ¿eh?

—¡Quiá! Ni habrá vuelto á pensar en ella. Como lo que se proponía era cobrarla, después de haberlo conseguido ya no tiene objeto.

—¿Y qué condecoración es la que indica esa cinta?

—La gran cruz de beneficencia que le acaban de dar por haberse quedado con la mitad del dinero de una suscripción abierta para socorrer á unos pueblos de su distrito, donde cayeron una tarde cuatro gotas de agua que él hizo pasar por una inundación espantosa...

—Y esa que se acaba de sentar ahí, á la izquierda, ¿quién es?

—¡Ah! ¿esa?... la Felicia.

—¡Caramba, cómo está de brillantes!...

—Pues no serán falsos, seguramente.

—¡Y qué vestido más hermoso!...

—Sí: se conoce que andan bien los giros de Cuba...

—¡Ah! ¿Tiene fincas en Cuba?

—No, no tiene fincas; tiene empleados...

—¿Empleados?... No entiendo lo que quiere usted decir con eso.

—Pues es muy sencillo: que tiene en Cuba empleados que la envían dinero mensualmente.

—¿Y por qué?...

—Porque han sido nombrados con esa condición...

—Pues sigo no entendiéndolo.

—Verá usted, hombre... Esa Felicia, ó Felicianana, que así creo que se llamaba antes, era mujer de un escribiente del Ministerio de Ultramar. Un día se presentó al ministro, que era entonces Carraspera, á pedirle el ascenso de su marido, y fué en tan buena mano, y tan favorable acogida encontró, que aquel mismo día pasó el escribiente á ser secretario particular de su excelencia, y pocos meses después salía para Cuba con un importante destino en Aduanas. Se murió allá del vómito el antiguo escribiente, y el ministro tomó bajo su protección á la viuda. Hoy, aunque ya Carraspera no es ministro, tiene gran influencia con el Gobierno del partido contrario, y muy especialmente con su sucesor en el Ministerio de Ultramar, porque sabe los secretos de la casa y podría revelarlos; y como sigue protegiendo á la viuda del escribiente, y no puede darle dinero porque no lo suele tener, la da credenciales... ¿Lo va usted entendiendo ahora?... El que desea ir empleado á Cuba trata de averiguar por dónde podrá conseguir el empleo. En el Ministerio mismo, ó en alguna otra parte, le dan luces de la gran influencia de la Feli-

cia para el caso: se presenta á ella, hace su petición, oye las condiciones, las acepta, deja su nombre, se le da ella luego á Carraspera, obtiene éste la credencial, que hace llegar por medio de la Felicia al empleado, y... al avío.

—¿Y entre las condiciones?...

—La principal es que el empleado ha de enviar mensualmente á la dadora de la credencial el sueldo íntegro.

—Y entonces ¿con qué ha de vivir el empleado?

—Con lo que robe; que ya cuidará él de robar, no sólo para vivir, sino para ahorrar y volver millonario.

—Eso es horrible...

—Sí lo será; pero es lo corriente.

—Así es allí aborrecida nuestra dominación...

—Y tan aborrecida... Por eso se han sublevado los cubanos y hemos tenido diez años de guerra formal, costándonos muchos miles de hombres el hacerla y muchos millones de pesos el concluirla... provisionalmente, porque se volverán á sublevar el día menos pensado...

—Y perderemos la isla.

—Esa y las demás: lo perderemos todo. Cuente usted con que los liberales, que comenzaron su desgobierno perdiendo las Américas continentales, perderán las Anti-

llas, perderán el Archipiélago filipino y lo perderán todo, provocando sublevaciones con sus rapiñas, ó vendiéndolo si hay quien se lo compre...

—¡Ya, ya! ¡Están buena gente!... ¿Y quién es ese muchacho elegante que saluda ahora á la Felicia esa...?

—¡Ah! Ese es uno de nuestros más distinguidos barrenderos.

—¡Qué cosas tiene usted!

—Lo que usted oye: ese es un barrendero de la villa.

—¡Hombre, por Dios!... Déjese usted de bromas.

—¿Qué bromas?... No, señor: le estoy á usted hablando en serio... Verá usted... Ese joven es hijo del marqués de Casa-Reciente, que es muy rico, pero que llora todavía por lo que queda fuera de su casa y se empeña en tener á todos sus hijos empleados, aunque sea con sueldos modestos, á fin de que saquen para sus gastillos particulares, como teatros, toros... y no le sean gravosos más que en la mesa.

—Vamos, que quiere que se los sostenga, ó por lo menos, que se los divierta el país.

—Justo.

—No, justo no es: querrá usted decir que es cierto.

—Precisamente... Pues ese muchacho

figuraba como auxiliar en Hacienda con seis mil reales; pero hubo un director de malas pulgas, que al enterarse de que el tal auxiliar no prestaba auxilio ninguno, pues no iba nunca jamás á la oficina, le dejó cesante. El marqués puso el grito en el cielo, vamos, en el despacho del ministro y aun en la Presidencia; pero el director se cuadró, y el joven auxiliar no pudo ser repuesto en su destino. Entonces acudió su padre al Ayuntamiento, y allí obtuvo para su pimpollito una credencial de barrendero con dos pesetas, la misma que el señorito está disfrutando, pues todos los meses cobra sus doce duros, como uno de esos pobres gallegos que llevan el baleo y la pala por las calles.

—¡Qué atrocidad!

—Pues no crea usted que es un caso aislado: hay, según parece, algunos otros barrenderos de ese mismo traje...

—Es cosa perdida... Todo el mundo quiere vivir á costa del pobre contribuyente.

—Todo el mundo... A los que no cobramos nada del Erario nos tienen por tontos...

—¿Quién es ese capitancito de infantería, muy joven, que se ha encontrado ahora con el barrendero?

—Es un hijo del general Asusta; quiso entrar en la Academia de Artillería, y no

pasó; se presentó después en la de Caballería, y tampoco. Por último, logró entrar en la de Infantería; pero perdió los dos primeros cursos y no pudo seguir. Claro es que un hijo de un general influyente no podía quedarse sin carrera, y había que buscar alguna salida. Entonces se ideó crear una Academia especial para sargentos, donde pudieran éstos, tras de breves estudios, salir á oficiales. Así se hizo. El muchacho sentó plaza en un regimiento, donde le hicieron pronto cabo, y después sargento en seguida. Como tal pasó á la nueva Academia, y de allí salió alférez antes que sus condiscípulos de la de Toledo, que no habían perdido ningún curso. Excuso decir á usted que al año siguiente se suprimió la Academia de sargentos...

En esto se metió por entre Nogales y yo, apartándonos violentamente, una mujer gorda y mal entallada, especie de morcilla sin atadero, con un vestido verde muy llamativo, y atravesó decidida el salón para sentarse en una silla que había visto desocupada enfrente.

—¿Quién será este toro fosco?—dije á mi Mentor.

—Es una diputada—me contestó:—es la de Bastote.

—¿Y Bastote quién es?

—¿No le conoce usted?... Pues un zán-

gano, que hace unos quince años, cuando tenía él diez y ocho ó veinte, se fué á trabajar á unas minas. Un tío que tenía allí ya con algunas relaciones, le sacó de los trabajos pesados, y le puso de sereno en uno de los pueblos de la comarca... Si estuviera por ahí, se le enseñaría á usted... Parece que se le está viendo el chuzo... Después comenzó á trapichear, y, aunque parece tonto, y además lo es, se ha dado tal maña para hacer dinero, que hoy dice él que tiene *deciséis* millones de pesetas; y tanto no tiene, pero es rico. Ha conseguido ya ser diputado, ó *deputado*, que es como él dice; y aunque no se ha atrevido á hablar, ni á presentar ninguna *proposición* de ley, para otra vez quiere ser senador, y lo será sin duda, soñando mientras tanto con un marquesado ó con un vistoso uniforme de maestrante.

—¡Mire usted que llegar desde sereno á senador!...

—Sí, es un salto... Y á propósito: si no ha dejado usted sus aficiones literarias, ahí tiene usted un buen asunto y hasta un buen título para una comedia ó para un sainete... *De sereno á senador*... Con este título y algunos otros pormenores que yo le dé á usted muy graciosos, éxito seguro.

—No lo olvidaré, y no será extraño que

aproveche algún día, si no para un sainete, para una novela, el título y el argumento.

Así continuó largo rato Nogales dándome noticias de la vida y milagros de cuantos entraban ó salían ó pasaban cerca de nosotros.

Se organizó al cabo un rigodón trabajosamente por falta de espacio, y me fué Nogales haciendo la filiación de cada uno de los que bailaban.

—Ese joven cachigordete—me decía,— es hijo del Marqués de Villa-Eusebia, que era un abogado demócrata sin pleitos; pero que llegó por chiripa á ser Ministro un par de meses, y desde entonces los tuvo á trompazos... Porque aquí, ya se sabe, todos los litigantes de talento acuden á los bufetes de los ex-ministros, que son los que ganan los pleitos; pues como quiera que por mal que lo hayan hecho la primera vez, siempre vuelven á serlo, están en condiciones de poder mejorar ó empeorar la carrera de los jueces, y éstos, que no suelen ser de bronce, no han de estar duros con los ex-ministros. En fin, el caso es que éste se enriqueció mucho, y, naturalmente, como era tan demócrata, lo primero de que cuidó cuando se vió rico fué de obtener un título nobiliario; y como había adquirido mediante un pacto de *quota-litis* una hermosa finca en una provincia del Norte, la bautizó con el nom-

bre de su mujer y le sirvió de denominación para el marquesado... La que baila con él es hija del marqués de la Prosperidad, el cual era empleado de Correos cesante cuando, compadeciéndose de su situación el conde de Torre-Invicta, le hizo su administrador; y por no dejar mentir al refrán aquél que dice que administrador que administra y enfermo que se enjuaga, algo traga, tragó tanto y tan bueno, que á los siete años hacía ya préstamos á su principal, y á los doce moría el buen conde en el asilo de San Bernardino y aparecía él en la *Gaceta* hecho marqués y Grande de España... Ese otro muchacho esmirriadillo y feo es hijo de un teniente coronel de caballería que murió hace dos años... Antes no se le veía por ninguno de estos sitios, porque vivían con cierta modestia, pues el sueldo de su padre no permitía lujos; pero ahora, después que murió su padre, se ha lanzado al mundo y viven él y su madre con ostentación, porque ahora cobran doble que antes...

—¡Hombre! ¿Cómo puede ser eso?

—Yo le diré á usted... La madre de este chico era hija de un general, y cobraba buena orfandad, de soltera. La perdió al casarse; pero luego, al quedarse viuda, las leyes, que todas están hechas en favor de esta gente y en contra del país que trabaja y

contribuye, la autorizaban para optar entre la viudedad que la correspondía por la categoría de su marido, ó la orfandad que como hija de general cobraba antes. Optó por esta última, y...

—¡Ah, ya!...

—No, señor: todavía no es ese el misterio; de ahí no podía resultarles tan gran ventaja. Lo que hay es que cobran las dos cosas: cobra la madre la orfandad de hija de general, y cobra al mismo tiempo el niño la orfandad de hijo de teniente coronel, figurando como hijo de otra madre...

—Pero eso es un robo.

—Claro que lo es; con la agravante de que la otra madre aparece como nacida en Cuba, y así el muchacho cobra la orfandad por Ultramar, que es mayor que el sueldo que su padre disfrutaba de vivo... Es un robo, sí; pero no es más que uno de tantos robos como aquí se están cometiendo, porque no crea usted que ese niño es un caso aislado, no: esto de las pensiones dobles es muy corriente... Pues aquel otro cegaratoso del lado de allá es un diputado del género mudo, llamado Guarrín, nieto de un usurero de Noel que se enriqueció esgañando pobres. Tenía una covacha en la plaza, que parecía la guarida de una fiera, y en ella estaba todo el día medio escondido tras de unas piezas de paño basto, acechando á los

pobres labradores, como la fiera en su caverna acecha sus víctimas. Entraba un infeliz á comprar paño para una anguarina ó para una capa de capillo, y en primer lugar se lo ponía á doble precio. Si el comprador objetaba tímidamente que le parecía caro, le decía de mal aire que se fuera por ello á otra parte donde se lo dieran más barato, que, si llevaba el dinero en la mano, acaso lo encontraría. Esto hacía recordar al infeliz la falta de dinero, y le preparaba para sufrir todas las exigencias. Se medía el paño, y se escribía la obligación en la que se estipulaba un rédito de treinta y tres por ciento, empeñando una tierra ó una viña para el pago. A los pocos años, con réditos y réditos de réditos, se había cuadruplicado el capital, y previa ejecución pasaba á ser propiedad del usurero la tierra ó la viña de aquel desgraciado. Así fué haciendo un capitalillo de rapiñas amasadas con lágrimas; capital que, aumentado constantemente por los mismos medios, administra ahora éste, subiendo todos los años los arriendos y desollando á los pobres colonos... Allí tiene usted, en cambio, al Conde de Villamoros, que es el reverso de la medalla. Entre él y su madre, que es lo mismo que él y es quien le ha educado á su imagen y semejanza, llevan una administración... que les será muy provechosa para

la otra vida, pero lo que es para la presente... Vale Dios que tienen una buena fortuna; pero como que la tienen para los demás y no para ellos... Están hoy pagándoles por las fincas la misma renta que pagaban á sus abuelos al principio del siglo, cuando un real valía casi tanto como un duro ahora; y luego, en cuanto caen en un pueblo cuatro pedriscos, los colonos, que conocen el terreno, vienen lloramíngando, y ya no les cobran aquel año la renta... y aún les dan dinero si se lo piden.

—Sí: son muy buenos la Condesa y su hijo... ¿Conoce usted á la que baila con él?...

—Es una mejicana, la de Cortina, nueva en esta plaza, como dicen los carteles de toros: la he visto en la Legación de Méjico; es guapa, como usted ve; dicen que es muy rica; tiene ya por ahí un sinnúmero de adoradores, y por lo que veo Villamoros será uno más...

—Se conocieron este verano en un balneario, y al saludarla esta noche la habrá invitado á bailar, por cortesía. No creo que vaya más allá...

—Lo extrañaría, dadas sus ideas y su severidad... Porque esa muchacha y su padre, á quien he visto también en la Legación, parecen gente aventurera... Y ella no tiene mala traza; pero el padre ¡debe de ser

un lagarto!... Pues de la pareja de más allá, él es el marqués de Vega-Fértil. Su padre era el ordinario de un pueblo de Campos, que iba todos los días á Valladolid con un machejo á llevar y traer encargos. Un día, allá por hacia el año 40, llevaba un recado para un escribano de actuaciones y fué á buscarle al juzgado, llegando en ocasión en que se verificaban unas subastas de *bienes nacionales*, como llamaban á los de la Iglesia, que apenas tenían entonces licitadores por temor á la excomunión y porque todo el mundo miraba aquello como un robo. Le dijeron que hasta que no terminara el acto nó podría hablar con el escribano, y decidió esperar á que acabasen. Oyó leer el anuncio de remate de la rectoría de un pueblo próximo al suyo, y oyó que uno de los circunstantes decía: *allano*, y le adjudicaban las fincas. En seguida oyó anunciar el remate de la hacienda del convento que había en su pueblo, y cuando el escribano acabó de leer, como nadie dijera nada, dijo él: *allano*, como había oído decir al otro antes...

—¿Y le adjudicaron los bienes?

—Sí: en el acto le adjudicaron el convento con todas sus pertenencias. Volvió á su pueblo, entró en posesión de aquella hacienda, comprada tan al desbarate, que con la renta del primer año pagó todo el

precio de la compra; dejó desde luego de ir diariamente á Valladolid, aunque nunca dejó de ser *ordinario*, y cuando se encontró rico montó su casa con gran lujo, y adquirió, pagándole muy caro, un título de marqués que ahora luce su hijo... Ella es hija de la condesa de Rubio-García. Su padre, allá por los años posteriores á la Revolución de Septiembre, se convirtió como otros muchos moderados al carlismo, y expendió bonos carlistas en gran cantidad, reuniendo buenos miles de duros; mas luego se desconvirtió, y se quedó con ellos... Después se fué á Roma...

—¿Por una bula de composición?

—No: por un título de nobleza que le dió el Ministro de Estado de Su Santidad con la denominación de sus apellidos... Pues el alto y desmadejado que les hace *vis* es hijo de aquel Director general de Establecimientos penales que hizo una contrata de muchos millares de zapatos para los presos y resultaron de cartón las suelas. Se habló mucho de ello hace unos años: se acordará usted...

—Sí, bien me acuerdo.

—Y se llegó á saber que entre él y el contratista se habían repartido ochenta mil duros; pero no se llegó á sentenciar á ninguno de los dos, ni aun á procesarlos... El padre de la morenilla que baila con él era

magistrado y murió hace pocos años muy rico. Siendo juez en una ciudad de Andalucía, le tocó fallar un pleito en que se atravesaban seis millones, y percibió dos por el fallo...

—¡Pobre justicia!

—Mal anda la infeliz; pero allí no salió perdiendo: el fallo fué justo.

—¡Hombre! ¿y por fallar en justicia le dieron dos millones?...

—Sí, porque el litigante que pretendía la sentencia injusta no daba más que uno... y el juez estaba ya dispuesto á fallar en su favor mediante el pago de un millón; pero el otro lo supo, dió dos, y obtuvo la sentencia justa... Pues este segundo de los de la cabecera de la izquierda es hijo del ex-ministro Farragús, que hizo cada negocio... Una vez vendió, sin las formalidades de subasta, una gran partida de bronces á dos reales el kilogramo, cuando estaban en el mercado á doce... Sin moverlos de donde estaban ganó el comprador noventa mil duros, de los cuales la mitad lo menos serían para el ministro, piadosamente pensando... El padre de la pareja fué gobernador de una plaza de Ultramar, y recibió medio millón de pesos por dejar introducir armas para preparar una sublevación contra España. Después le hicieron ciertas insinuaciones sobre ello en un periódico, tuvo con el autor

del suelto una miaja de duelo, y la traición quedó impune...

—Por supuesto, que el duelo sería una farsa.

—Completa. Figúrese usted que fué á pistola y se tiraron á cincuenta pasos seis tiros, que lo mismo podían haber sido seiscientos.

—A lo mejor no tendrían bala.

—Y aunque la tuvieran, no podía llegar en condiciones de hacer daño... Verdad es que aquí todos los duelos son así: farsas que no tienen más resultado que el escarnecimiento de las leyes de la Iglesia... ¿Ve usted el chacuaco ese que tenemos enfrente?...

—Sí: ¿de qué tribu es?...

—No es de la de *Dan*, no crea usted... Es de la de *Isacar*, como casi todos los que andan por ahí. Es hijo del cacique, ó dígame del jefe conservador de la provincia de *Sinventura*, como yo la llamo. Ya sabe usted lo que en la jerga liberal corriente significa *jefe* de una provincia: señor de horca y cuchillo, con derecho de ordeñar y exprimir á discreción. El padre de ese tiene todos los Ayuntamientos de la provincia puestos á contribución, exigiéndoles periódicamente gruesas cantidades por servicios imaginarios; y ¡ay del que se resista ó se retrase en el pago del impuesto! en seguida

el Gobernador, súbdito vil é incondicional del cacique, le envía un comisionado de apremio que le balda... La niña que baila con él es la de Gordillo, rico propietario territorial, á quien llaman en algunas partes *el Prior*, y *el Abad* en otras, pues posee los bienes de la mitad de los conventos de España. Los compró su padre allá al principio de la desamortización, cuando se vendían baratos, y á él aún le salieron mucho más, porque como era hombre influyente no los pagó. El hijo sigue disfrutándolos de balde, y sin pagar tampoco por ellos contribución apenas. En una sola provincia de Andalucía dicen que tiene nueve mil fanegas de tierra, y sólo tienen amillaradas trescientas veinte...

—Pero esto es una corrupción... Unos por un capítulo y otros por otro...

—Sí, y otros por todos... Apenas tiene el diablo por dónde desechar á esta gente.

—Bien se puede decir aquello del poeta: «Hay algo que huele á podrido en Dinamarca...»

—No: no se puede decir eso, porque no es bastante. Hay que decir que todo está podrido en España.

—¿Y esto es lo que llaman la *buena sociedad*?

—Sí: ésta es la buena sociedad alabada é incensada todos los días por la prensa

periódica, su cómplice; esta es la sociedad que dirige y manda desde hace sesenta años, y goza sin freno, y vive sobre el infeliz país que la sufre.

—Pues ya vendrá el socialismo, el implacable vengador de Dios, á hacerla vomitar sus hurtos y purgar todas sus iniquidades...

—Que venga: la tardanza es la que apura...

Se había concluído el rigodón y se nos reunió Alvaro. Poco después se fué Nogales á saludar á la duquesa de la Barricada, á quien acababa de ver entrar en el salón por otra puerta.

—¿Qué tal te ha ido con Payito?—dije á Alvaro cuando nos quedamos solos.—¡Siempre habrás perdido terreno del que en la reconquista de tu libertad ibas ganando últimamente!...

—Sí... un poco,—me contestó sonriéndose.

—Como no sea más que un poco...

—A tí de seguro te parecerá demasiado... ¡Pero es tan hermosa!...

—¡Ay, ay, ay!...

—¡Y tan buena!...

—¡Malo, malo, malo!...

—No, mira... La verdad es que este rigodón ha sido al revés de aquél otro de la Festosa que me hizo sufrir tanto... Esta noche

ha estado tan graciosa y tan amable, que, francamente, no acertaba á separarme de ella.

—Precisamente lo que yo me temía... Pues has hecho muy mal en dejarte llevar de esos entusiasmos, porque... para tener que volver á desentusiasmarte pronto...

—¿Qué?... ¿Sabes algo nuevo? ¿Te ha contado algo Nogales? ¿La conoce?...

—No más que de vista; pero supone, como yo, que...

—Eso no es bastante... Una suposición sin fundamento...

—No: sin fundamento, no. Ya te he dicho los fundamentos que hay para suponer que eso no es viable, y tú mismo has convenido en que no son débiles...

Nos cortó aquí la conversación un muchacho alto, moreno y bien parecido, con uniforme de capitán de Estado Mayor, que, echando á Villamoros un brazo por la espalda, le dijo cariñosamente:

—¡A Dios, Alvaro!...

—¡Querido Félix!—le contestó Alvaro en el mismo tono y abrazándole también.—¿Tú por aquí?... Te hacía en Zaragoza...

—No, en Zaragoza ya no estoy hace tiempo: estoy en Valladolid; pero ahora estoy aquí unos días con licencia, porque me acabo de casar... Mi mujer—añadió señalando á una joven rubia, esbelta y delicada,

de fisonomía muy dulce, que tenía á su lado.

—¡Margarita!—dijo Alvaro, agradablemente sorprendido al reparar en ella.—¡Que sea enhorabuena! ¿Cómo está usted?

—Bien; ¿y usted, Alvaro?—le contestó, dándole la mano afectuosamente, la joven...

—¡Ah! ¿Os conocíais?—dijo el capitán con igual sorpresa que su amigo.

—Sí, hombre; mucho—le dijo su mujer.—Hemos sido este verano compañeros de mesa y de paseo una temporada: lo que no sabía es que el conde fuera amigo tuyo...

—Pero muy amigo—dijo Alvaro,—y desde hace mucho, desde el colegio... Y ahora me alegro de que haya tenido tan buen gusto.

—¡Ay, muchas gracias!—le contestó ella ruborizándose...

Tras de breves momentos de amistosa plática, se despidieron Alvaro y los novios, diciéndole ellos dónde se hospedaban, y ofreciéndoles él ir á verlos á otro día.

—Esta—me dijo en cuanto se marcharon—es la hija del coronel de quien te hablé al contarte mi estancia en la Blanca. El es un compañero mío de colegio, Félix Santibáñez. La ingeniera, aquella viuda de quien también te hablé, me había dicho que á la rubita la hacía el amor un capitán de Estado Mayor que estaba en Valladolid;

pero no se me podía ocurrir que fuera mi amigo, á quien yo suponía en Zaragoza... y mucho menos podía pensar encontrármelos aquí ya casados... ¡Eso se llama tener suerte!...

—Lo que es esa suerte lo mismo la podías tener tú, porque también podías estar ya á estas horas casado con tu prima si hubieras tomado mi primer consejo y te hubieras dejado de ilusiones.

—Sí, es verdad; pero...

—Vengan ustedes, si quieren ver una escena edificante,—nos dijo en esto Nogales, que entraba por la puerta de la izquierda.

—¿A dónde?—le dije yo.

—Al refectorio... ó lo que sea. De paso podremos tomar algo; pero... ¡verán ustedes!

Seguimos á Nogales, que nos condujo por pasillos estrechos á una salucha donde estaban ya cenando como dos docenas de personas.

Esto de la cena, ó del *ambigu*, como dicen nuestros vecinos ultrapirenaicos... y nuestros académicos de la Lengua, era otro de los detalles descuidados ó mal entendidos que contribuyeron á deslucir algo la fiesta. En lugar de haber preparado una mesa formal donde se pudiera cenar, poco ó mucho, pero cómodamente, se habían li-

mitado á colocar en una habitación no muy espaciosa, una mesilla larga y estrecha, á manera de mostrador, que la dividía completamente en dos mitades. Sólo una de éstas era accesible al público; en la otra estaban los criados de la casa y los dependientes de la repostería encargada del servicio. Sobre el mostrador ó tinglado divisorio había fuentes con fiambres, castillos de galletas, torres de platos, baterías de botellas de vinos y licores, escuadrones de copas grandes y chicas, largas hileras de tazas para te y un par de teteras ahumando. El convidado que quería hacer por la vida se acercaba al mostrador por su terreno, y pedía lo que deseaba; los dependientes, desde el suyo, le servían una ración de lo que apetecía y una copa de vino de lo que eligiera; devoraba la ración de prisa y de pie, porque no había dónde sentarse; apuraba la copa; tomaba luego un par de galletas de cuatro mordajos; bebía el te de cuatro sorbos; desocupaba una copita de Coñac ó de Ojén, si era aficionado, y dejaba el sitio para otro de los muchos que esperaban ocuparle.

Las fiambres eran exquisitas: buen pavo trufado, buen jamón, cabeza de jabalí, lengua á la escarlata... Los vinos y los licores eran excelentes: Burdeos de Saint-Julien, Jerez de Misa, Champañ de Moet et Chandon, Coñac de Garnier... todo de primera...

Y el te, no hay que decir si sería archisuperior... ¡Como que era paisano de los anfitriones y del mismo huerto de aquel otro te célebre que, según nos informó D. Tomás de Iriarte,

..... viniendo del Imperio chino,
se encontró con la salvia en el camino!

De modo que había venido de allá indudablemente. Mas todas estas excelencias quedaban echadas á perder por la falta de comodidad, por la falta de anchura y por la falta de asientos; si bien esta última tenía, como veremos, sus excepciones, aunque muy raras.

La escena que Nogales nos había llamado á presenciar era la siguiente: en el rincón de la derecha de la parte de sala destinada al público, estaba la marquesa de Rasetta, sentada en una silla ruín, con una servilleta extendida en el regazo, que hacía de mesa, y un plato encima con algo comible. A su orilla, sentado también sobre un cajón vacío que le habían alargado los criados desde el otro lado del mostrador, y comiendo con ella en el mismo plato, estaba el conde de Granilla, jefe de la fracción política á que pertenecía su marido; mientras que éste estaba á cierta distancia, de pie como un ujier, aguardando órdenes, y cuando

se las daban, las cumplía puntualmente trayéndoles del mostrador lo que querían.

Después de contemplar unos momentos con tristeza el cuadro, tomamos nosotros un tente-en-pié con gran dificultad, pues cada vez iba acudiendo más gente y se hacía el arribo al mostrador más trabajoso.

Al salir de allí luchando contra la corriente de los que pretendían entrar, dijo uno de éstos á Nogales:

—¿Han dejado ustedes algo?

—Sí, todavía queda—le contestó;—pero no sé si cuando usted salga se podrá decir otro tanto.

—¿Quién era ese?—le dije yo después.

—¿Ese? Un zampón, un tragaldabas que ha comido y bebido todo lo que tenía... Ahora está empleado en Hacienda en el negociado de consumos... No sé cómo se ha descuidado tanto esta noche, porque casi siempre es el primero que empieza á cenar... y el último que concluye. No pierde una reunión de éstas, y no viene más que por atracarse á lo pavo. Si hubiera otros cuatro de la misma caída de él, en un cuarto de hora dejaban eso limpio de polvo y paja.

—A Dios, Nogales—le dijo luego otro de los que iban hacia la moraga:—siempre queriéndole á usted mucho.

—Gracias—le contestó:—yo, en cambio, no le quiero á usted nada.

—¡Ja, ja, ja! Usted siempre tan bromista.

—Sí: yo siempre diciendo las verdades.

—¡Ah! ¿trata usted á ese?—dijo á media voz Alvaro á Nogales.

—Sí le trato—le contestó,—pero ya ve usted cómo... Ese—continuó, dirigiéndose á mí, pues comprendió que Alvaro ya le conocía—es un danzante que fué juez de unas oposiciones con otros tan buenos como él y pusieron las plazas á mil duros. El opositor que los daba la obtenía; el que no los daba, así supiera más que Merlín, se quedaba sin ella. Como eran las plazas ciento treinta y cinco y hubo compradores para todas, ¡cheche usted la cuenta de los miles de duros que se repartieron los mozos!...

Un rato más tarde nos despedimos de Nogales Alvaro y yo, después de haberle oído contar otras cuantas historias negras; y luego, tras de una penosa faena para hacernos con los abrigos, salimos de allí cuando ya estaba amaneciendo, y nos metimos en el coche de Alvaro, que me dejó á mí en el hotel y á él le llevó á su casa.

A otro día, que era domingo, nos encontramos en misa de dos en San Jerónimo, pues como ambos habíamos trasnochado, coincidimos en el madrugar.

A la salida me preguntó si había tenido carta de Méjico: le contesté que no, y lo

mismo tuve que contestarle otras cuatro veces que vino á verme al hotel en aquella semana.

Por fin, el lunes de la siguiente pude ya decirle, al verle entrar en mi cuarto, sin aguardar á que me hiciera la pregunta:

—Ya está aquí la carta.

—¿Con noticias?...

—Completas.

—¿Y qué tal son?...

—Toma, lee.

XIII

ANTECEDENTES

La carta, después de un afectuoso preámbulo sin relación alguna con la presente historia, decía de esta manera:

«En Monte-Rey, ciudad principal del estado de Nuevo León, que primero fué pueblo y se llamó Santa Lucía de León, después ciudad de Santa Lucía, en tiempo de Felipe II, y más tarde, de Santa María de Monte-Rey, se avecindó, á fines del siglo pasado, un español llamado José Ignacio de Irurozqui.

Pronto comenzó á prosperar en el comercio; se casó y tuvo numerosa familia.

Veintitantos años después, siendo ya acaudalado, se trasladó á la capital de la República, poniendo su habitación y comercio en la Plaza Mayor, frente á la Catedral, en el Portal de las Flores, llamado así porque vendían allí flores de papel algunas mujeres de clase humilde, mediante

el pago de un canon de seis pesos al propietario de la finca y de otro tanto al municipio.

En el nuevo establecimiento siguió prosperando aún más á prisa el caudal de Irurozqui, quien siendo ya muy millonario, hizo viajes á Europa con su familia, y en París se casaron dos de sus hijos, Aniceto y Ricardo, y otras dos hijas, Luisa y Belén, éstas con personajes que figuraron en puestos preeminentes durante el segundo Imperio. Otras dos, Natividad y Teresa, no se casaron nunca, á pesar de haber tenido muchos pretendientes: vivieron entregadas á Dios, y emplearon su hacienda en obras de caridad y en instituciones benéficas que aún subsisten.

Uno de los hijos, llamado Fermín, salió de mala cabeza y hacía vida muy disipada. Requebrando á las floristas al entrar y al salir de casa, fué poco á poco fijando su atención y concentrando sus requiebros en una de ellas, llamada Mercedes Alberdi, con la cual entró en relaciones, y luego dejó ella el oficio para ser sostenida por el hijo del acaudalado comerciante.

Por sus excesos probablemente y como consecuencia de su mala vida, sufrió Fermín un ataque, del cual quedó medio paralítico; y en estas condiciones, muertos ya sus padres y heredero de una fortuna de

más de tres millones de pesos, formó sociedad comercial con sus hermanos, y abandonando la casa donde vivían sus hermanas solteras, dedicadas á la piedad y á las buenas obras, se fué á vivir con la florista. De esta criminal unión nacieron dos hijos, Eugenio y Tomás: el primero, chaparro y fornido, algo más que moreno, de grandes ojos, de noble y resuelto corazón y de clara inteligencia; el segundo, un imbécil.

Contaba el mayor diez y seis años cuando el padre se halló á la muerte, y Teresa su hermana, que tan constante como inútilmente venía trabajando por sacarle de aquella vida de réprobo, puso entonces empeño grandísimo en que Fermín se casara *in extremis* con la mujer con quien había vivido mal, y lo consiguió al cabo.

Mas como lo que Teresa se proponía era únicamente salvar el alma de su hermano, no se cuidó del llamado matrimonio civil, que las impías leyes modernas hacen necesario aun en los países católicos, negando al verdadero matrimonio efectos civiles.

A última hora acudieron como buitres, al redor del lecho del moribundo, abogados y notarios, pretendiendo que Fermín hiciera testamento en favor de la Alberdi, cada cual con el desinteresado fin de que á él le debiera ésta el beneficio, para que luego se le pagara dándole su mano en matrimonio,

ó por lo menos, la administración de los bienes; pero estorbándose unos á otros, sobrevino la muerte sin que el testamento llegara á otorgarse.

Un abogado joven, D. Martín Celada, fué más listo que los demás, y se entendió, mediante una fuerte gratificación, con el encargado del Registro civil, que falsificó una partida de matrimonio entre Irurozqui y la Alberdi. Heredó ésta á Fermín, con sus hijos, por terceras partes, y fué Celada su apoderado.

Puso éste de jefe del despacho de la viuda de Irurozqui á un pariente suyo, abogado también, que había quedado pobre y sin destino en la desecha del Imperio, al que había servido lealmente. Era D. Juan de Armunia, que así se llamaba, todo un caballero cristiano, honrado y noble á carta cabal, y muy simpático y amable, condiciones por las cuales Eugenio, el hijo mayor de la viuda, comenzó pronto á cogerle cariño. Correspondiendo á él Armunia con el suyo, sincero y entrañable, se ganó en poco tiempo la absoluta confianza del joven, que tenía entonces diez y siete años, y le educó á su gusto social y religiosamente; educación que hubiera dado con el tiempo excelentes frutos, pues era semilla sembrada en buen terreno, si la muerte, insidiosamente preparada por mano criminal, no hu-

biera tronchado en flor aquella existencia...

La tierna solicitud de la buena Teresa redimió á su hermano Fermín de las penas eternas, piadosamente pensando, y al mismo tiempo, con el complemento de la habilidad de Celada, redimió también á Mercedes de las penas sociales, pues así pudo ésta aparecer como viuda rica, y su mano comenzó naturalmente á ser solicitada de cuantos andan á caza de dotes y buscan modo de enriquecerse sin trabajo.

Hallábase entre éstos un tal Roberto García, buen mozo, audaz y listo, que había sido *plateado*, como se llamaba antes á los bandidos que asaltaban y robaban las conductas de plata que venían de las minas. Cogido y encarcelado cuando andaba en aquel oficio, que también tenía sus quiebras, había logrado escaparse de la cárcel merced á la protección de un elevado funcionario, y huir á los Estados Unidos, viviendo unos cuantos años en Tampa, donde sedujo á una infeliz muchacha, hija de españoles, y tuvo con ella una niña. Vuelto más tarde á Méjico, fiado en la protección del personaje aludido, que había ya llegado á ocupar uno de los puestos más elevados, vivió del juego, y recibió por entonces un balazo en un muslo, de un disparo que hizo sobre él un compañero á quien ganó á la mala unos cuantos pesos.

Roberto García solicitó el amor de Mercedes y pronto le obtuvo, logrando que la viuda le prefiriera á todos los demás que manifestaban iguales aspiraciones. Pero la cosa desagradaba en extremo á Celada, á quien ya por los malos antecedentes del sujeto, ya porque sintiera perder los rendimientos de la administración, procuraba estorbar aquellas relaciones por cuantos medios estaban á su alcance.

Vivía Mercedes en una buena casa de una de las calles principales y más céntricas, y en otra casa próxima vivía su apoderado Celada. Entre la casa de éste y la de la viuda había otra en construcción, avanzando los andamios hasta la mitad de la calle, y en la esquina de enfrente había, y aún hay ahora, una pulquería, no *pulperia*, como han entendido esos indoctos académicos, sino pulquería, que es un tendajo fétido en donde se vende *pulque* y donde sólo entra la gente baja y de mal vivir.

Una tarde, al oscurecer, volvía Celada á su casa solo, y de la pulquería salieron riñendo dos *pelados*, uno de los cuales, aparentando que quería herir al otro con un puñal, hirió á Celada, que afortunadamente sobrevivió á la herida. El delito quedó impune, y todo el mundo comprendió de dónde venía el golpe.

El antiguo plateado, burlando la vigi-

lancia de Celada, visitaba á la viuda por las noches, y en una de éstas, el joven Eugenio, que le odiaba porque ya sabía su historia, al encontrarse con él en el comedor se puso fuera de sí y le disparó un balazo, errando el tiro. El hecho pasó inadvertido para el público, porque á Roberto no le tenía cuenta dar ruido; pero quedó grabado en su corazón rencoroso.

Un año después, yendo Celada desde su casa al despacho de la viuda, al pasar por junto á la casa en construcción, riñen otros dos hombres... la riña era simulada como la de antes, y la bala que uno de ellos dispara contra el otro en apariencia, hiere mortalmente á Celada, que era á quien iba dirigida.

Celada murió á las pocas horas, quedando así Roberto libre de su adversario. El autor material del asesinato compareció ante el jurado, y el jurado le condenó á muerte; pero á los ocho días de la sentencia se fugó de la prisión Flores, que así se llamaba, y no dió con él la policía. Se fué á los Estados Unidos, donde vivió con desahogo.

Aún no había espirado Celada, cuando ya no era un misterio para nadie que Roberto García era el verdadero autor de su muerte. No bien había salido Flores de entre garritas, cuando ya decía todo el mundo que el alto protector de Roberto le había libertado.

Flores tuvo la mala ocurrencia de volver al país antes de que acabara de pasar el tiempo necesario para la prescripción, cuando el personaje protector estaba ya expatriado y Roberto ausente, y expió su delito en el patíbulo.

Al mes de perpetrado el asesinato de Celada, Roberto García y la viuda de Irurozqui se unían en matrimonio, sacando él por primera vez á luz un segundo apellido que regularmente no sería suyo: el de Cortina. Después se ha suprimido el primero casi del todo, dejándole reducido á la inicial, y poniéndose Roberto G. de la Cortina.

Como por la ley pierde la madre, contrayendo segundas nupcias, la patria potestad sobre sus hijos, Eugenio nombró por su curador á un abogado de fama y de conciencia, amigo de Armunia, D. Joaquín Gutiérrez Contreras, y por tutor al mismo Armunia. Ambos emprendieron con valor y con fe la lucha que desde luego pareció necesaria para recoger los bienes del menor de poder de la madre y del padrastro, lucha que todo el mundo comprendió que había de tener algo de heróica.

Un día dijo Roberto en un corrillo que había de matar á Contreras y beber su sangre. Se lo contaron al abogado, y éste, que precisamente aquella tarde tenía cita con Roberto, se fué á casa de éste antes de

la hora de la cita, y le dijo: «Sé que ha dicho usted que me va á matar. Si es simple amenaza, le advierto que no me intimida, ni me apartará del cumplimiento de mi deber en lo más mínimo. Si es resolución formal, aquí me tiene usted: puede usted ejecutarla.» Esto desarmó á García, que luego entregó íntegro el haber de Eugenio, interviniendo en la entrega su nuevo protector, el licenciado Ramales, católico-liberal empedernido á quien el expatriado personaje había dejado recomendado á Roberto diciéndole: «Mire usted por él como si fuera hijo mío.»

Bajo el amparo de Armunia crecía Eugenio Irurozqui en edad y en virtud, y entró en la buena sociedad mejicana, no en la frívola de última moda, sino en la que por entonces aún conservaba las buenas costumbres de nuestros padres, y fué en ella estimado como merecía.

Su hermano Tomás, el estúpido, se quedó con su madre y con Roberto.

Rico ya éste con la posesión de las dos terceras partes de la cuantiosa herencia de Fermín, hizo con presto de negocios mercantiles un viaje á los Estados Unidos; sacó á su hija, que ya tenía doce años, de la Inclusa, donde con indeleble señal la había metido de recién nacida, y la trajo consigo, poniéndola aquí á educar en un convento.

Año y medio después tuvo Armunia conocimiento confidencial de que García, ó sea Cortina, como se había dado en llamar, maquinaba la muerte de Eugenio. Bien porque no pudiera olvidar el tiro que éste le había querido pegar en el comedor de su casa, bien porque quisiera hacerse dueño de su fortuna (pues naturalmente si Eugenio moría le heredaba su madre), fuese por venganza ó fuese por codicia, ó por ambas cosas, era lo cierto que tenía determinado matarle. Dió noticia Armunia á Contreras de aquellos depravados intentos, y, de acuerdo los dos, trataron de burlarlos y de poner en salvo á su pupilo. No permite al tutor nuestra ley sacar al menor del lugar de su residencia sin autorización judicial; y como pedir ésta hubiera sido avisar á Roberto, que de seguro hubiera apresurado la ejecución de su plan inicuo, prefirieron habilitar de edad al menor, que tenía ya diez y nueve años. Obtenida la habilitación con gran secreto, se despidió Eugenio una tarde de su madre, á quien amaba con ternura, y de una joven angelical con quien tenía honestos amores, y aquella misma noche á las once tomó en la estación, acompañado de Armunia, un tren que los condujo á Veracruz, donde se embarcaron para Europa.

Unos dos meses después, partía también

Roberto ostentosamente para París con su mujer, el otro hijo de ésta, varios criados y criadas, un médico y una partera, diciendo que su mujer iba en cinta. Durante la navegación nació el hijo de García, ó mejor dicho, se fingió el nacimiento; pero lo cierto es que la Alberdi llegó á París con elorro.

Eugenio, en tierra extranjera, ve con alegría y emoción á su madre, á su hermano Tomás, á su nuevo medio hermano... Llevado de su natural bondadoso, cede á las instancias de su madre, á quien ya he dicho que quería de verdad, y se reconcilia con Roberto. Armunia se va unos meses después á tomar las aguas de Vichy que le habían prescrito para la diátesis úrica que le molestaba mucho, dejando encargada la custodia de Eugenio á su paisano D. Jacinto Casas, que era un soñador, inútil para todo, con fama de hombre de talento. Durante la ausencia de Armunia, Eugenio, que cada vez iba creyendo más en el falso cariño de su padrastro, comió un día en casa de su madre y salió algo indispueto. Su malestar se agravó de un modo alarmante. Avisado Armunia, se volvió inmediatamente á París y llegó en los instantes en que su pupilo recibía los Sacramentos, espirando al poco rato. La enfermedad, que había durado sólo tres días, fué, según el Sr. Casas,

una diarrea que no cedía con nada y que le consumió rápidamente.

Armunia quería que se hiciera la autopsia del cadáver; pero Roberto le coge de la mano, le hace entrar en un gabinete, abre un armario y le da un paquete enorme de billetes, por valor de cincuenta mil duros, porque no insista en lo de la autopsia, que sería una deshonra para la familia. Armunia rechaza la oferta enfurecido, y saliendo del gabinete pide al médico francés que haga la autopsia; la madre se opone, y el médico, que no debía ser tan inaccesible como Armunia, dice que, según la ley, no puede hacerlo si la madre no lo consiente...

Eugenio fué sepultado, y Armunia, después de dar inútilmente algunos otros pasos encaminados al esclarecimiento del crimen, se volvió á Méjico.

Antes que él llegó una carta del médico Hacha, el que acompañó desde aquí á la familia de Roberto y asistió á Eugenio, al médico D. Ramón Tribes, que era el que aquí trataba al malogrado joven, diciéndole en ella que su antiguo enfermo había fallecido de «congestión cerebral, proveniente de un estado saburral tan tenaz que se resistía á los purgantes más enérgicos.» ¡Venía bien esto con lo que había dicho Casas, testigo de la enfermedad y de la muerte!...

Eugenio murió intestado y le heredó su

madre. Esta falleció al año y meses en París, intestada también y también de muerte no bien explicada, y la heredaron su marido y sus dos hijos. En cuanto hubo terminado el juicio de abintestato de Mercedes Alderdi, murió de *garrotillo*, según dijeron, el supuesto hijo de Roberto (que no era sino un desgraciado inclusero comprado en la Habana, donde había hecho escala el buque), y naturalmente, le heredó su padre. Dueño ya éste de la mayor parte de la enorme fortuna de Fermín Irurozqui, se apoderó también del resto de ella, obligando con amenazas de muerte al imbécil Tomás á que le vendiera todos sus bienes por una pensión vitalicia... con el propósito, sin duda, de descargarse de ella cuanto antes.

Viudo García y rico, alternó en París con toda la aristocracia prostituída y jugadora, y aun se asegura que tuvo relaciones con cierta reina destronada. Perdió en el juego una gran parte de su fortuna, y la volvió á ganar. Fué á Italia, y estuvo á punto de ser nombrado Marqués de San Roberto, título que solicitaba para casarse con una dama muy copetuda con quien tenía ya concertado el matrimonio; pero ni obtuvo el marquesado ni se casó, por haberse divulgado algo de lo que va referido.

Vuelto á Méjico, hará unos cuatro años,

sacó á su hija del convento, hecha ya una mujer, y la presentó en sociedad, viviendo dedicado á ella como padre cariñoso, acompañándola á todas partes y echándoselas en todo de hombre formal y serio. Luego se hizo elegir diputado.

Ahora hace un año volvió á París llevándose á su hija, con intento, según dijeron, de casarla con Tomás, su hijastro y pensionista, para que todo quedara en casa. Mas Amparito, que así se llama ella, crando conoció al novio, se resistió á la boda. Poco después murió Tomás inopinada y casi repentinamente, quedando en consecuencia Roberto libre de la pensión pactada.

Desde París se fueron á España el padre y la hija, á ruegos de ella, según aseguran los que los trataban aquí; pues, como aprendiera en el convento algo de historia y se la quedaran muy grabados los ejemplos de valor y de caballescá hidalguía de nuestros antepasados, está enamorada de todo lo español y parece que todo su afán es casarse con algún representante de la antigua nobleza.

Tal es la historia que usted deseaba saber, y cabe decir de ella algo parecido á lo que se dice de los malos versos que contienen buena doctrina: «no es poesía, pero es verdad.» Así esta historia: realmente no es hermosa, pero es cierta. Fuera del episodio

de los amores regios, de cuya verdad no respondo, todo lo demás es rigurosamente exacto.

Ahora, volviendo al último libro de usted...»

—Bueno: eso léelo si quieres—dije á Alvaro;—pero ya no tiene que ver con Payito ni con su padre.

—Ya, ya,—me dijo, dejando de leer. Y con la carta en la mano izquierda y la frente apoyada en la derecha, se quedó como petrificado.

Después de algunos minutos de silencio, que él no parecía dispuesto á romper, quise yo sacarle de su penosa concentración diciéndole:

—No pienses más en ello: figúrate que ha sido un sueño todo, que has estado soñando desde que te fuiste á veranear hasta ahora. Cierra el paréntesis y... ya sabes lo que tienes que hacer, lo que enseña el refrán: sacar un clavo con otro. ¡Es tan fácil para tí ese remedio!... Con que, vamos, ¿qué me dices?

—Que tenías razón; que hice mal en no creerte y en no seguir tu consejo desde el principio.

—Y ahora, ¿estás ya curado de tus ilusiones?

—Radicalmente.

—¡Gracias á Dios!... ¿Y estás dispuesto

á hacer pronto lo que debías haber hecho hace ya tres ó cuatro meses?

—Sí: esta noche ó mañana.

—¿Decidido?

—Decidido.

—Dame un abrazo... y no estés triste, que no tienes motivo sino para estar muy contento.

Y mientras le decía yo estas palabras, nos dimos un abrazo bien apretado.

XIV

ÚLTIMAS NOTICIAS

Tres días después fui á ver á Alvaro á su casa.

—Iba yo á ir á verte á tí—me dijo según entraba;—iba á ir á verte, á darte un millón de gracias y á decirte lo contento que estoy y lo bien que me va por haber seguido tu consejo.

—Me alegro mucho—le dije—de que te vaya bien y estés contento. Lo esperaba: no me sorprende; pero me alegro mucho... Vamos, cuéntame...

—Pues, verás: aterrado con la lectura de la carta, y mirando con horror el abismo de ignominia en que pude caer, formé la otra tarde la resolución que me oíste, y la cumplí declarándome formalmente á Isabel aquella misma noche.

—¿Y...?

—Muy bien... Al principio manifestó la

desconfianza de siempre y empezó á hablarme de Payito; pero la atajé poniéndome serio y diciéndola:

—No: mira, Isabel, eso es una broma tuya... A no ser que sea una evasiva... De todos modos, hazme el favor de no volver á mentarlo. Te hablo formal... Tú podrás quererme ó no quererme; pero creer, me tienes que creer...

—Te creía siempre, hasta que me diste en negar cosas que yo sabía que eran ciertas.

—Podían haberte informado mal.

—No... creo que no...

—Bueno: pues de todas maneras, ya sabes que lo que fué y no es, como si no hubiera sido. De lo de antes no te acuerdes. Ahora te digo con toda formalidad que estoy enamorado de tí, y no debes dudarlo. Mas si te empeñas en dudar de mi sinceridad, ¿dudarás de la de mi madre?

—¡Ay, no! ¡Jesús!... Ni de la tuya... si te formalizas; pero lo que es de la de tu madre... ¡Dios mío!

—Pues mi madre vendrá á decirte lo mismo que yo te estoy diciendo, si es que no me crees á mí; porque has de saber que te hablo de acuerdo con ella, porque da la feliz casualidad de que se hermanan perfectamente sus deseos con las inclinaciones de mi corazón...

—Y entonces, ¿qué te dijo?—le interrumpí.

—Entonces se la arrasaron los ojos de lágrimas, que rodaron hasta sus mejillas, brillando en ellas un instante como suele brillar el rocío sobre las rosas.

—¿Me crees ya?—la pregunté después de unos momentos de silencio.

—Sí... ahora ya te creo,—me respondió con voz apagada, apenas perceptible.

—Bueno... ya hemos adelantado algo—continué;—ahora falta la segunda parte... Ya me crees; pero... ¿me quieres?

—Eso... ¿para qué lo preguntas... si lo sabes?... Yo creo que lo sabes... Porque yo no sé disimular... Y desde que empecé á conocer que me mirabas con buenos ojos... agradecida á un favor con el que no podía ni soñar...

—¡Benditas seas, Isabel, bendita seas!—la dije sin esperar á que acabara la frase.

—Pero este verano—continuó,—sin querer y sin conocerlo, me has hecho sufrir mucho...

Y se la volvieron á enaguar los ojos.

—Perdóname, alma mía, perdóname,—la dije yo parpadeando á prisa por evitar que se me saltaran las lágrimas á mí también, y cogiéndola una mano para besarla.

—No, no te perdono,—me dijo retirando

la mano con presteza, sin dejármela llegar á los labios.

—¡Ah!... ¿No me perdonas?—la dije entristecido.

—¿Cómo te he de perdonar?—me contestó sonriéndose un poco por entre las lágrimas, como suele á veces, en los días hermosos de primavera, lucir el sol en medio de la lluvia.—¿Cómo te he de perdonar, si no me has ofendido?... Dices que me informaban mal... y de todos modos, la verdad es que nada me habías dicho, eras libre; así es que nunca me sentí agraviada ni tuve la más leve tentación de ofenderme... Me daba mucha pena tu desvío y me ponía muy triste; pero seguía queriéndote lo mismo que antes...

—Eres muy buena—articulé con dificultad, pues la emoción me anudaba la garganta y apenas podía expresarme.—Con nada te podré pagar esa bondad, ni dando por tí mi vida, como la daría si se presentase la ocasión, ni consagrándotela toda entera...

—No digas eso... Yo soy la que nunca te podré agradecer bastante el que hayas pensado en mí...

—¿Quieres callar, Isabel?... ¡Con que me está pareciendo á mí un sueño... y estoy tan orgulloso de que me quieras!... Estoy deseando poder decir á todos que eres

mi novia... y en cuanto me autorices para ello vendrá mi madre conmigo á pedirte.

—Antes he de hablar yo á la mía, aunque sé ciertamente que no se opondrá... Ya sabes el buen concepto y la estima en que te tiene... con justicia...

—Muchas gracias... ¿Crees que no pondrá dificultades tu madre?...

—Ninguna. Bien lejos de eso, se alegrará como su hija... Por supuesto, que, si fueras malo, te reirías de mí porque soy tan sincera contigo; pero como no puedo temer de tu nobleza....

—Nada absolutamente.

—No, ya lo sé: por eso aún lo voy á ser más... diciéndote que hoy es el día más feliz que he tenido en mi vida...

—¡Qué encanto de mujer!—dije interrumpiendo á Alvaro sin poder contenerme.

—¡Es un ángel!—me dijo él, llevándose el pañuelo á los ojos.

Cuando, ya sereno, trataba de anudar su relación, entró en el gabinete su madre, á quien habían también anunciado mi visita.

Quise dejarla la butaca en que estaba sentado junto á la lumbre; pero la condesa, rogándome que continuara donde antes, ocupó la de su hijo, que era la de la izquierda de la chimenea, y viniendo Alvaro á sentarse á mi lado, estuvimos los tres otro rato en conversación agradable.

Me habló la condesa de la boda, diciéndome que me suponía enterado por su hijo, haciéndome grandes elogios de Isabel y manifestándose muy contenta.

Unos días después vino á verme Alvaro, y entró en mi cuarto sonriendo.

—Te conozco en la cara—le dije—que va eso perfectamente... ¿No es verdad?

—Sí, chico: va muy bien, muy bien. No puede ir mejor... Por eso vengo á verte. Antes recordarás que venía para desahogar el dolor, para descargarme algo de mis penas contándotelas, porque no podía con ellas, y me parecía que mientras te las estaba contando descansaba un poco... Ahora vengo á participarte mi dicha, porque tampoco puedo con ella... no me cabe en el pecho, y necesito dejarla salir contándosela á alguno... Y como á nadie debo contarla primero que á tí, ya que á tí solo te la debo...

—¡Hombre, no! Se la debes á Dios y á tu prima y á tu madre...

—A tí, á tí... después de Dios, á tí; porque si no hubieran sido tus consejos, me hubiera precipitado en el abismo por cuyos bordes anduve unos cuantos meses, y á estas horas estaría perdido... Mientras que ahora, ¡qué diferencia!... Ya lo tenemos todo arreglado: pedida la dispensa de cuarto grado de consanguinidad, y señalado día

para la boda, el tercero hábil después de la Cuaresma, el miércoles de Pasquilla... Pero á veces se me figura que antes me va á suceder alguna desgracia, porque no es posible tanta felicidad aquí abajo como la que yo tendría con Isabel... Si eso fuera posible en este mundo, ya no sería valle de lágrimas... ¡Si vieras qué buena es Isabel!.. Ahora la veo todos los días, una vez por lo menos, porque voy á su casa por la noche, y cada vez descubro en ella una nueva bondad, un nuevo encanto. Te voy á llevar una noche conmigo para que la conozcas; y á su madre: verás qué buena es también... Tiene Isabel ya mucho deseo de conocerte... Como la he hablado tanto de tí y la he contado los buenos consejos que me dabas... Porque te advierto que la he confesado ya toda la verdad de mis devaneos de este verano tras de Payito, y como sabe que es á tí á quien debo el no haber hecho algún disparate que no tuviera remedio, la eres muy simpático... De modo que te llevaré una noche... Digo, si tú quieres...

—Sí, hombre: con mucho gusto.

—¿Quieres venir esta noche?

—Esta noche no puedo, porque estoy convidado á comer; cualquier otro día...

La primera vez que volví á ver á Alvaro, me pareció que estaba triste.

—¿Qué es eso?—le dije.—¿Qué tienes?
¿Hay algún contratiempo?... ¿Ha surgido
algún obstáculo?...

—No; pero puede surgir uno insuperable.

—¿Cómo?... ¿Cuál?...

—Está mala Isabel...

—¿Que está mala? Ya se pondrá buena,
si Dios quiere...

—Es que no querrá... Tengo el presen-
timiento de que mi prima se va á morir...

—¡Ca, hombre!... pero ¿tan mala, tan
mala está?...

—No está bien, y además irá empeoran-
do. ¿Te acuerdas que te hablé de los temo-
res que sobre la salud de Isabel manifestaba
mi madre un día en la Festosa? Pues ahora
tengo yo aquellos mismos temores.

—No tendrán fundamento... La misma
felicidad, que ves tan próxima y tan com-
pleta, te hace temer imaginarios peligros.

—Ojalá fueran imaginarios... Pero son
reales... Isabel ha estado mala ya todo el
otoño... Esta temporada de atrás se había
animado la pobre con los proyectos de bo-
da... Pero pasadas las primeras impresio-
nes, que la han tenido como galvanizada,
vuelve la enfermedad á recobrar sus fueros,
y el decaimiento es mayor que antes... Me
tiene esto muy afligido... porque además,
como yo he sido el causante de su mal...

—¿Tú? ¿Por qué?

—Por lo que la hice pasar este verano... Aquellos disgustos la quitaban las ganas de comer, y por no comer se fué apoderando de ella la anemia, y detrás de la anemia viene la tisis...

—¡Mejor lo hará Dios!...

—Lo puede hacer, y se lo pido muy de veras; pero no me oirá, porque no lo merezco.

—¡Ay, querido Alvaro! Si Dios no nos diera más que lo que merecemos, ¡aviados estábamos!...

—Pero es que á mí, además, me tiene que castigar, no puede menos, porque tengo un pecado muy grande, que nunca te le he dicho, y te le voy á decir ahora.

—Vamos á ver qué pecado tan grande es ese.

—Ya te dije que desde el encuentro de Santander, en que á mi madre no la pareció mal Payito, acaricié la esperanza de que fácilmente había de llegar á quererla tanto como á mi prima...

—Y yo te persuadí de que era ilusoria aquella esperanza.

—Justo: me hiciste ver la imposibilidad de que mi madre aceptara de grado la sustitución; y te dije que había imaginado salir del paso haciendo la pretensión á Isabel en tal forma que tuviera que darme calabazas, y...

—También te lo quité de la cabeza, convencéndote de que aquella repugnante farsa, ni era digna de tí, ni aunque la hicieras podía darte buen resultado.

—Bueno: pues cuando me tapaste el último resquicio y me encontré sin salida ninguna, se me ocurrió la idea... recordando los temores de mi madre, se me ocurrió la idea de que la mejor manera de arreglarlo todo sería que Isabel se muriese, y casi me alegraba... Claro que cuando reflexioné un poco, la rechacé, diciendo: No, no. ¡Dios mío, pobre Isabel!... pero la rechazaba así como por obligación, y al poco rato se me volvía á presentar más halagüeña que antes... y volvía á acariciarla unos momentos... Esto no puede Dios perdonármelo.

—No digas desatinos. Dios puede perdonarlo todo, aun los verdaderos pecados, por graves que sean, cuanto más eso, que no es pecado ni es nada...

—¡Ah! ¿no es pecado desear la muerte á una persona?

—Sí, muy grave; pero tú no has podido desear la muerte á Isabel... ¡Qué se la habías de desear! Estoy seguro de que en aquellos mismos momentos en que se te ocurría la idea de su muerte, si hubieras visto en peligro su vida, habrías expuesto la tuya por salvarla...

—Sí... eso, creo que sí...

—Pues entonces, ¿dónde estaba el deseo formal de que se muriera?... Esos no son deseos propiamente tales: esos son pensamientos vagos ó imaginaciones que vienen y se van y vuelven cuando quieren, sin que lo podamos impedir; son movimientos que los teólogos llaman primo-primos, de los cuales no somos responsables. ¿No sabes aquella décima que empieza:

El sentir no es consentir...
Ni el pensar mal es querer:
Consentimiento ha de haber
Junto con el advertir?...

—De todas suertes, lo cierto es que yo acaricié alguna vez esa idea, y ahora me temo que me diga Dios, cuando le pido la salud de Isabel: «¿No deseabas que se muriera?... pues vas á ser complacido.»

—No seas niño... Dios no dice esas cosas...

Con no poco trabajo y muchas reflexiones, acabé por sosegar aquellos remordimientos de Alvaro, que me parecían verdaderos escrúpulos, y como además su prima estuvo unos días algo mejor, volvió á verme otra tarde, ya muy consolado, diciéndome que Isabel se había restablecido mucho; que estaba casi buena del todo; que habían de

ir después de casados, á pasar la primavera á Granada, y, en fin, haciendo planes de vida feliz á toda prisa.

—¿Cuándo vas á venir conmigo á casa de mi tía?—me dijo después de un rato de charla.—Casi todas las noches me pregunta Isabel que cuándo te llevo, y también su madre... Tienen mucho deseo de conocerte... ¿Vamos esta noche?

—Bueno: como quieras,—le dije.

—Pues esta noche: no hay más que hablar. En seguida de comer vendré á buscarte...

—Para eso, mejor es que comas aquí conmigo, y luego nos vamos...

—Siento dejar á mi madre...

—¿Tiene que comer sola si no vas tú?

—Con el capellán.

—¿Y no la dejas nunca?

—Sí, alguna otra vez... cuando como en casa de mi tía.

—Pues entonces... una vez más... Digo, si te parece...

—En ese caso, habría que decírselo.

—Eso sí, hombre. Mira: ahí tienes tintero y papel: escríbela diciéndoselo, é inmediatamente va un criado á llevar la carta.

—En una tarjeta mía es mejor,—dijo Alvaro; y sacándola de su cartera escribió en ella estas palabras, que leyó antes de meterla en el sobre:

«Querida mamá: Me quedo á comer con A... en el hotel de R... Dé usted orden á Felipe de que venga con el coche poco después de las nueve, porque nos iremos desde aquí á casa de mi tía Jesusa. Hasta luego.»

Al acabar de comer nos avisaron que estaba allí el coche, y nos fuimos en él á casa de la Marquesa de Pardomino...

Desde la puerta conocí lo mucho que querían á mi amigo en aquella casa. No había allí más que Alvaro. El *¡ay, señorito!* rebotando alegría, con que le saludó la doncella que salió á abrir, lo decía todo. Pues por lo regular, en la manera como los criados tratan á una persona de fuera, se conoce la estima en que los amos la tienen...

Hizo Alvaro mi presentación y fuí recibido con verdadero agrado.

—Ya le conocíamos á usted mucho—me dijo la Marquesa,—aunque usted no se lo figure; porque Alvaro nos hablaba tanto de usted, que, sin haber tenido el gusto de conocerle personalmente, su nombre de usted puede decirse que era ya familiar en esta casa, y nos era usted simpático á todos sin haberle visto nunca.

—Muchas gracias, señora,—murmuré.

—Sí: crea usted—continuó—que Alvaro habla siempre de usted con un cariño y con un entusiasmo...

—Y como Alvaro es tan formal—añadió Isabel,— cuando se entusiasma hay que creer que es con justo motivo...

Volví á dar las gracias como pude, con poca elocuencia ciertamente, y después que hubo pasado el chaparrón de elogios y finezas, hablé llana y desembarazadamente con las tres personas de la casa, formando de todas ellas excelente juicio.

El hermano de Isabel me pareció un buen muchacho, de carácter tímido, ó, como se suele decir, corto de genio, pero no de inteligencia, pues noté que entendía pronto las cosas y juzgaba de ellas con mucho mayor acierto que el que hacía sospechar su modestia excesiva. Muy cariñoso, además, con su madre y con su hermana, me pareció que estaba también no poco satisfecho con la futura boda.

La Marquesa me gustó muchísimo. Todas las más nobles cualidades propias de una señora se destacaban en ella con vigor, y al mismo tiempo con tranquilidad, como en quien tiene de ellas verdadero dominio; su actitud, sus modales de gran distinción, sin ser afectados; su amabilidad sin fingimiento; su llaneza, no despojada de gravedad, me inspiraron en seguida respetuoso cariño. Me hacía recordar á mi madre...

Isabel me pareció un encanto ó un montón de ellos. De vista la conocía ya, y ya he

dicho que en lo físico la encontraba hermosa; pero lo moral lo encontré en ella desde luego superior á lo físico. Es verdad que la fisonomía, la mirada, la sonrisa, el timbre de la voz, todo era en ella muy agradable; pero todo resultaba mucho más agradable, mucho más hermoso, sazonado como estaba por una sencillez, una dulzura, una modestia y una discreción extraordinarias. Las ponderaciones que de su bondad me había hecho algunas veces Alvaro, no llegaban á la realidad ni con cien leguas. Me expliqué perfectamente el cariño que la Condesa de Villamoros la tenía: lo que no me hubiera podido explicar eran las volubilidades de su hijo, si no supiera el atractivo, la fascinación que ejercen sobre el infeliz corazón humano lo desconocido y lo nuevo.

—¿Te ha gustado mi tía?—me preguntó Alvaro cuando bajábamos la escalera.

—Muchísimo—le contesté:—ella y sus hijos: son una familia excelente. Salgo encantado...

—Cuánto me alegro... Son muy amables y muy buenos, ya te lo había dicho. Y no creas que ahí hay nada de apariencias: es verdad.

—No, ya se conoce...

—Y de Isabel en particular ¿qué te ha parecido?—me dijo ya dentro del coche.—Aunque dices que la conocías...

—Sí; pero no conocía lo mejor, que es su alma, mucho más hermosa que su rostro, según lo que de ella he podido ver esta noche... Es una criatura preciosa, una mujer excepcional... Para un hombre como tú, con vocación al matrimonio, toda la felicidad posible en la tierra...

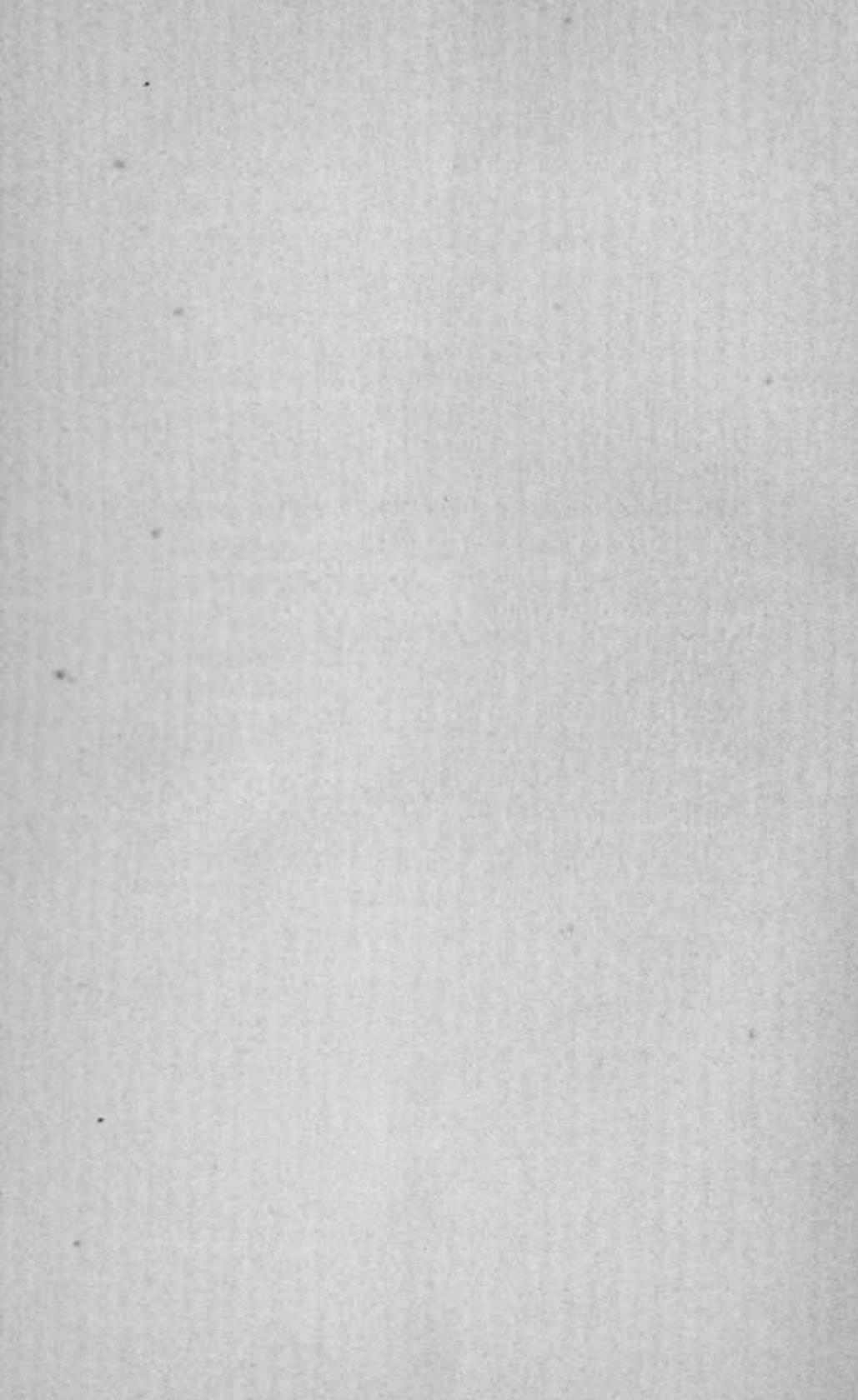
—Pero... ¿no te ha parecido que está mala?... Esta noche la he encontrado peor que los días pasados... Algunas veces temo que se va á morir antes que nos casemos.

—¡Hombre, no lo querrá Dios!... Sí, está algo demacrada; pero puede ser efecto del insomnio... Ya ves que dice que apenas duerme, que está muy nerviosa... quizás á causa de las emociones de esta temporada... Si es así, si sólo se trata de un desarreglo nervioso, se corregirá fácilmente...

Estas y otras cosas vine diciendo al pobre Alvaro cuando me traía al hotel, por no desconsolarle ni afligirle; pero la impresión que yo había sacado de la visita de aquella noche, era la de que Isabel estaba tísica.

ÍNDICE

	Páginas.
I.—Función de lujo.	5
II.—La playa.	49
III.—La aparición.	29
IV.—Una romería y vísperas de otra.	41
V.—Entre la espada y la pared.	67
VI.—El día de la fiesta.	91
VII.—Más diversiones.	143
VIII.—Donde se acaba el jolgorio.	131
IX.—El pesar del proverbio.	163
X.—Columpios.	189
XI.—Consejos.	247
XII.—El baile de los chinos.	269
XIII.—Antecedentes.	323
XIV.—Últimas noticias.	339



PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

*Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda é hijos de
M. Tello, el 14 de
Abril de
1903*





LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, 48.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas.
Ripios aristocráticos (6. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios académicos (3. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios vulgares (2. ^a edición): un tomo en 8. ^o	3
Ripios ultramarinos (primero, segundo, tercero y cuarto montón, 2. ^a edición; el cuarto montón nuevo, con el retrato del autor): cuatro tomos en 8. ^o ..	16
(Se venden separados.)	
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (3. ^a edición): cuatro tomos en 8. ^o	12
(Encuadrados en tela, 45.) (Se venden separados.) (Del tomo 3. ^o sólo hay en tela.)	
Des-trozos literarios : un tomo en 8. ^o	3
La Condesa de Palenzuela , novela.— ¡A buen tiempo! , idem.— Inconsecuencia , idem.— La prueba de indicios , idem.— Metamorfosis , idem.—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de Novelas menores	3
Capullos de novela (2. ^a edición): un tomo en 8. ^o en tela.....	4
Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8. ^o	6
(Se venden separados.)	
Rebojos (zurrón de cuentos humorísticos): un tomo en 8. ^o	3
Historia del corazón (idilio). Agotada.	
D. José Zorrilla , estudio crítico-biográfico.....	4
Pedro Blot , traducción de Paul Feval.....	2
Cuentos de barbería , edición ilustrada.....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENSA

Parábolas.

EN PREPARACIÓN

El Beato Juan de Prado.

Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín.

Ratoncito Nosemás, novela.

Fe de erratas, tomo V.

Diccionario de la lengua castellana.

VALBUENA



AGUAY

TUREBIA

3 pesetas



G-13294